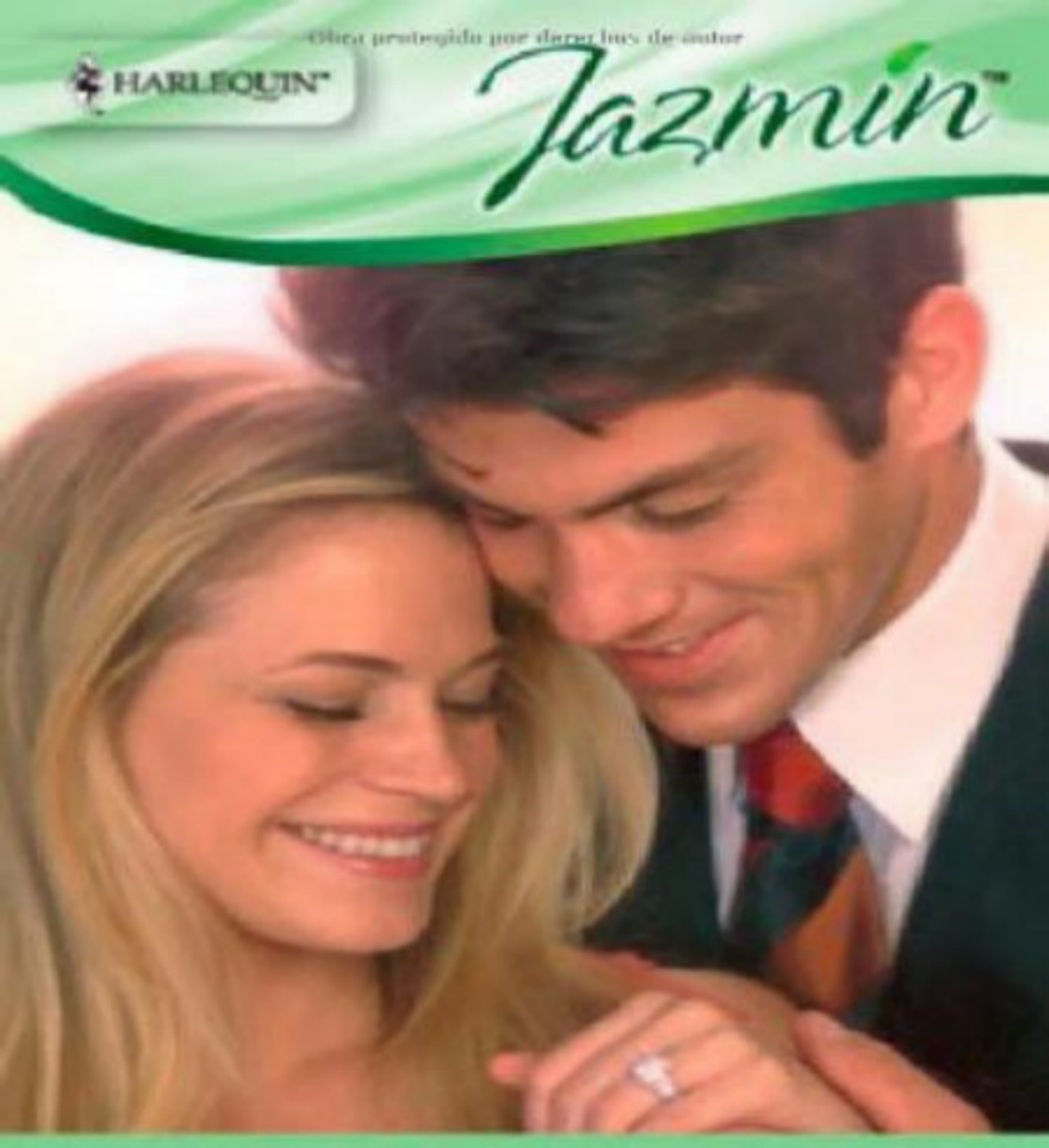
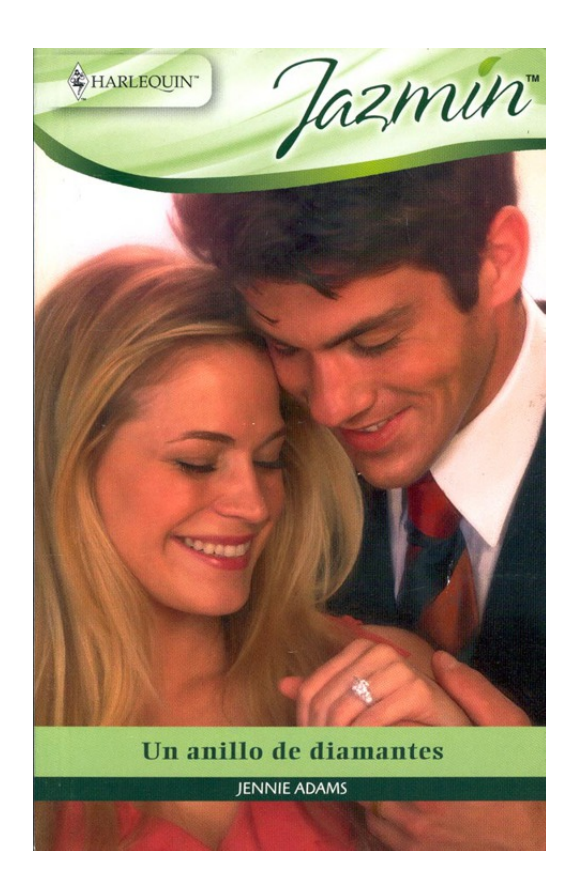


Obra protegida por derechos de autor
HARLEQUIN
Jazmín
Un anillo de diamantes
JENNIE ADAMS

Un anillo de diamantes
Jennie Adams



Un anillo de diamantes (2010)
Título Original: Australian boss, diamond ring (2009)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2326
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Brent MacKay y Fiona Donner

Argumento:

¡Secretos, destellos y sorpresas!

Desde el momento en que Fiona Donner apareció en la oficina de Brent MacKay con su radiante sonrisa, su increíble entusiasmo y su risa contagiosa, sumió su ordenada vida en el caos. La atracción entre ellos le hizo creer a Brent que Fiona podía ser la mujer que lo liberara de sus temores y de los secretos con los que había vivido siempre. Y, si lo era, sería la mujer en cuyo dedo deslizara un hermoso anillo.

Capítulo 1

Un leve escalofrío recorrió la espalda de Fiona Donner al sentir los seductores ojos verdes de Brent MacKay clavados en ella mientras le ofrecía el puesto de trabajo.

—Gracias. Lo acepto encantada. Puedo empezar este mismo lunes —dijo, compensando la inesperada reacción con su tono más profesional.

¡El famoso millonario, excepcional y creativo diseñador de jardines Brent MacKay quería que trabajara para él! Eso justificaba un escalofrío. Trabajaría para él durante doce meses con la posibilidad de prorrogar el contrato si todo iba bien. ¡Era el trabajo de sus sueños!

Brent sonrió.

—Puede que el ritmo de trabajo te resulte excesivo inicialmente. Trabajo intensamente en varios proyectos a un mismo tiempo y te mantendré informada de todos ellos.

—Tener mucho trabajo no me asusta. Estoy deseando empezar —Fiona era sincera—. Un trabajo como éste es una oportunidad excepcional. Justifica los dos años y medio que he dedicado al diseño gráfico.

Y la oferta de MacKay significaba una inyección de confianza en sus habilidades artísticas. MacKay no la contrataría si no creyera en su capacidad. Iba a ocuparse del diseño por ordenador de los nuevos proyectos, dibujando cuadros para los clientes. Además, sería responsable de la fotografía para la publicidad. ¡Estaba deseando ponerse manos a la obra, y poder demostrar a su madre que era capaz de desenvolverse en ese medio con éxito!

Irguió la espalda y se estiró la chaqueta que cubría unas generosas curvas que la mortificaban.

—Espero que mantengas el mismo entusiasmo después de la primera semana de trabajo —dijo Brent, mirándola fijamente por unos instantes antes de deslizar la vista hacia los estantes que cubrían dos de las paredes del despacho.

Fiona siguió su mirada y la dirigió hacia el ventanal desde el que se divisaba una concurrida calle del Sidney de la clase trabajadora. Sidney en su mejor faceta: la del trabajo y el goce de la vida. De haberlo querido, Brent podría haber fijado sus oficinas en el corazón financiero de Sidney, en un lujoso rascacielos con vistas al puerto, con la ciudad a sus pies. Sin embargo, había preferido permanecer en el territorio de las personas corrientes, un lugar en el que Fiona se sentía cómoda porque le gustaba vivir en la realidad.

—Haré todo lo que sea necesario para satisfacerle —dijo. Se produjo un breve silencio en el que Fiona se lamentó de no haber elegido mejor sus palabras. Como solía hacer cuando se ponía

nerviosa, se acarició la cola de caballo en la que recogía su largo cabello rubio y se concentró en no ruborizarse.

Su nuevo jefe la miró intensamente una fracción de segundo antes de decir en tono grave:

—Hasta ahora he trabajado solo, pero estoy decidido a dar este paso. Me han dado muy buenas referencias tuyas en el centro de diseño gráfico y después de hablar contigo estoy seguro de que eres la persona adecuada.

—Prometo intentar adaptarme sin causarle molestias.

—Te lo agradezco. Estoy seguro de que nos… llevaremos perfectamente.

A Fiona le desconcertó sentir que se le ponía la carne de gallina: No eran más que unas palabras amables, pero le llegaron al corazón.

—Trabajaré con todas mis fuerzas en lo que me pida.

—Gracias —Brent respiró con fuerza—. Me gustaría presentarte a todo el equipo, pero muchos de mis empleados están fuera. Sólo somos veinte. Conocerás a uno de los equipos el lunes. A los demás, con el paso de los días —se puso en pie, se acercó a Fiona y cuando ésta se levantó, la tomó por el codo y la condujo hacia la puerta.

Era un hombre alto, sin un gramo de grasa; de hombros anchos y caderas estrechas, con el cabello negro y ondulado. Tenía labios sensuales, nariz aguileña y unos increíbles ojos verdes enmarcados por pobladas cejas.

—Me encantará conocerlos a todos, señor MacKay.

—Por favor, llámame Brent. Desde el lunes vamos a estar juntos manchándonos las manos de barro, podemos prescindir de las formalidades. Por cierto, será mejor que te pongas vaqueros.

Mientras hablaba, una mujer entró en el edificio, y con ella el fresco aire de mayo. En un mes empezaría el invierno oficialmente, pero por el momento la temperatura era todavía agradable. Fiona miró a su jefe, que llevaba una camisa blanca y pantalones grises: informal pero elegante. Transmitía un envidiable aire de seguridad en sí mismo y Fiona rezó para tener la fuerza y la concentración suficientes como para estar a su nivel.

A punto de cumplir los veintiséis años, sabía que no debía estar tan obsesionada por ponerse a prueba, y sabía que en parte se sentía así por el escaso apoyo que le daba su familia.

—Gracias…, Brent —Fiona aspiró el perfume ácido del *aftershave* de Brent y trató de ignorar el calor que recorrió su cuerpo hasta las puntas de los dedos.

Brent la llevó hacia los despachos de una planta diáfana.

—Imagino que vendrás a vivir por la zona. La dirección que aparece en tu currículo está lejos, en el centro de Sidney, donde estudiaste diseño —Brent se detuvo ante el primer escritorio y esperó

a que Fiona y una empleada intercambiaran unas palabras.

Cuando continuaron, Fiona respondió.

—Compartía un apartamento cerca de la escuela de diseño, pero prefiero mudarme aquí cerca —le hacía ilusión mudarse a aquella zona, en la que vivían algunos de sus mejores amigos—. Voy a ponerme a buscar casa inmediatamente.

—Ya hablaremos de eso cuando termine de presentarte —Brent la guió por la planta, deteniéndose en aquellos puestos donde había algún empleado.

Fiona intentó concentrarse en recordar los nombres y los puestos que ocupaba cada uno.

Finalmente, Brent la llevó a la cocina que quedaba al fondo de la planta. Allí había dos hombres de pie. El más joven llevaba traje, y el mayor, un mono de trabajo. Ambos los miraron en silencio mientras se les acercaban.

—Fiona, éstos son Linc y Alex MacKay, mis hermanos —dijo, señalándolos—. Chicos, os presento a Fiona Donner, nuestra diseñadora gráfica desde hace… —miró el reloj—, diez minutos.

—Encantado de conocerte —Linc estrechó la mano de Fiona—. Soy el dueño de los invernaderos que, entre otras cosas, proveen a Brent.

Linc era alto y moreno, y tenía los ojos grises, y compartía con su hermano Brent una mirada a un tiempo alerta y reservada.

Fiona comentó:

—No sabría decir cuál de vosotros es el mayor. Tenéis edades muy parecidas —según hablaba, se dio cuenta de que en realidad no tenían demasiado parecido físico.

—Brent es el mayor. Casi nadie se da cuenta —dijo Linc con aire sorprendido.

El hermano menor le tendió la mano sin darle tiempo a seguir pensando.

—Yo soy Alex. Tengo un negocio de exportación, pero también soy accionista de la compañía de Brent. Espero que disfrutes de tu trabajo con nosotros.

—Estoy ansiosa por empezar.

Alex era claramente más joven que sus dos hermanos. Como ella, tenía los ojos azules, y una sonrisa cautivadora.

Fiona sintió curiosidad por conocer mejor a aquella familia, aunque sólo tenía ojos para la sonrisa de su jefe. Como jefe, por supuesto. No tenía ningún interés por los hombres en general. Su papel era el de «buena amiga», y no le importaba. Era mucho menos angustioso que tener relaciones sentimentales que fracasaban. Y le bastaba con que su madre criticara su lamentable inhabilidad para sacarse partido, como para que un hombre se sumara a ella.

—Quizá podría sacar algunas fotografías en uno de tus

invernaderos —comentó a Linc—. Serían perfectas como fondo de los diseños gráficos.

Linc la miró fijamente.

—Podemos arreglarlo.

—Cuando podamos ir los dos —intervino Brent bruscamente al tiempo que su cabeza sufría un tic hacia la derecha, y fruncía el ceño.

Linc arqueó las cejas e intercambió una rápida mirada con Alex.

Sin saber muy bien qué sucedía, Fiona dijo:

—Espero no haber dicho nada inapropiado.

—No es eso —Brent metió las manos en los bolsillos—. Sólo es que…

—Se ha distraído —le cortó Alex.

—Se ha desconcentrado —apuntó Linc.

—Estaba pensando —corrigió Brent—. En cuanto pueda, organizaré una visita a los invernaderos de Linc, Fiona —Brent hizo un esfuerzo por disimular la peculiar tensión que se había creado—. Es una buena idea que tomes unas fotografías. Y me gusta visitarlos regularmente para recordar las plantas que podemos usar. Por eso estaría bien que fuéramos juntos.

—Gracias —dijo Fiona, relajándose al comprobar que no había metido la pata.

Entonces, ¿qué habría causado la reacción de Brent?

«Nada que a ti te importe», se dijo. «No tienes por qué saberlo todo de él».

Fiona tenía cierta tendencia a querer conocer las motivaciones ocultas de las personas… o al menos de eso le acusaba su madre.

Tras un breve silencio, Linc carraspeó y se dirigió a Brent.

—¿Has hablado ya con Fiona de un posible alojamiento?

—Era el siguiente punto de la lista —Brent se volvió hacia ella—. Linc tiene algunas propiedades en alquiler que puede que te interesen. A diez minutos de aquí tiene un apartamento de una habitación que cuenta con garaje.

—¿De verdad? ¡Eso es fantástico! —dijo Fiona con una sonrisa resplandeciente.

Vio en los ojos de Brent un brillo que la dejó sin habla. Había algo en las reacciones que despertaba en ella que le resultaba desconcertante. Respiró lentamente para recobrar la calma y se dirigió a Linc:

—¿Por cuánto lo alquilas? Tengo un presupuesto limitado —cuando Linc nombró la cifra, Fiona dijo—: Puedo pagarlo.

Tener resuelto ese problema suponía un alivio y le permitiría preocuparse de las cosas importantes que tenía entre manos…y no de una mirada que le hacía pensar en su vida, y despertaba su curiosidad por conocer la de Brent.

—¿Cuándo puedo firmar el contrato? No necesito verlo, no quiero que se me escape.

Se pasó las manos por los muslos a la vez que se irritaba consigo misma por hablar con nerviosismo.

Aunque Brent había guardado silencio durante el intercambio, Fiona notó que seguía el movimiento de sus manos con la mirada y que contenía una exclamación antes de apartarla. Al instante, Fiona asumió que se debía a que había llamado su atención sobre la solidez de sus muslos, y reprimió un suspiro. Su cuerpo era así, no podía remediarlo. No podía cambiar ni su constitución ni su excesiva altura, y mucho menos sus curvas, que según su madre, no eran más que el producto de un exceso de comida.

Eso no era cierto, pero su madre, la menuda Eloise Donner, parecía querer encogerla, y al mismo tiempo, cambiar su personalidad por otra mucho más práctica.

En cualquier caso, Brent debía haberla mirado sin verla. Seguro que ni siquiera se había dado cuenta de qué aspecto tenía.

Y eso era lo mejor para ambos.

Linc le alargó un documento y unas llaves.

—Si estás de acuerdo, puedes firmar el contrato y dejárselo a Jaimie. Ya lo recogeré el próximo día que venga. Brent te dirá dónde está.

Los dos hermanos se marcharon. Fiona se volvió a Brent.

—Tu hermano ha sido muy generoso. Muchas gracias.

—De nada. Linc tiene muchas propiedades.

Brent siguió a sus hermanos con la mirada, antes de mirar a su nueva empleada. Hacía unos segundos había seguido sus manos involuntariamente. Era una mujer excepcional. Alta, con un espectacular cuerpo, voluptuoso allí donde debía serlo. Una mujer a la que no tumbaría una ráfaga de viento y a la que un hombre podría abrazar sin temor a romperla.

Además era de una exquisita femineidad. Con su cabello rubio recogido en una alta cola de caballo, sus vivos ojos azules, sus perfectas cejas, su nariz recta y su boca generosa, resultaba tan suave como una flor, e igualmente dulce.

A Brent le desconcertaron sus pensamientos. No tanto por el hecho de que su belleza no le hubiera pasado desapercibida, puesto que era imposible, sino por la intimidad de la que estaban teñidos. Pensamientos como qué se sentiría al abrazarla, o cuánto le gustaría protegerla de todo daño. Brent se había pasado la vida protegiéndose a sí mismo y a sus hermanos. Su padre le había obligado a ser fuerte, a ocultar sus defectos para no ser juzgado como Charles lo había juzgado. Brent nunca había tenido una relación con una mujer que le hiciera desear.

Ni la tendría. Quedaba fuera de los límites que se había marcado. Y Fiona tenía el aspecto de una mujer que se merecía ese tipo de atención.

Lo que le recordó que debía apreciar su atractivo como si se tratara de una pieza de museo. Y no le costaría hacerlo. Sólo se había distraído una fracción de segundo. Por eso se le había escapado el giro de cabeza unos minutos atrás, pero ninguna de las dos cosas volvería suceder.

—Vayamos a ver a Jaimie para que firmes el contrato con nosotros y el del apartamento.

Cuando hubieron concluido, Brent señaló hacia su despacho.

—¿Te gustaría que te explicara alguno de los proyectos en los que estoy trabajando?

—Sí, por favor. Así podré pensar en ellos durante el fin de semana.

Brent entró en su despacho y abrió la puerta del aledaño.

—Tú trabajarás aquí. Espero que te guste.

Fiona observó la amplia habitación con entusiasmo.

—Tiene un tamaño magnífico y muy buena luz, además de suficientes superficies para los ordenadores.

—Supongo que necesitas espacio para trabajar.

—¿Puedo vestir informalmente cuando pinte? Imagino que cuando tengamos reuniones con clientes, tendré que ir más elegante, pero… —Fiona frunció el ceño—. Quizá lo más sencillo sea vestir bien y traer un delantal o algo para taparme cuando dibuje. Tiendo a mancharme, pero tendré que mejorar.

—Tenemos un vestuario en el que yo guardo alguna ropa. Tú puedes hacer lo mismo —dijo Brent, al tiempo que se decía que no necesitaba imaginarse a Fiona cambiándose de ropa—. El lunes tenemos que concluir el diseño de un jardín y voy a querer que saques unas fotografías y que hagas algunos bocetos para unos clientes. Son muy amables y estarán conformes con lo que les propongas. Las fotografías formarán parte de un álbum para los clientes y del portafolios en el que enseñamos los trabajos que hemos hecho. Sólo concedo entrevistas ocasionalmente, así que si algún periodista te llama, espero que consultes conmigo al instante.

—Así lo haré —dijo Fiona. Aunque su expresión revelaba que no comprendía la razón, a Brent le bastó que la aceptara—. Tener que hacer un dibujo sin haber formado parte del proyecto desde el principio no es lo ideal, pero supongo que se trata de una excepción.

A Brent le gustaba que fuera una mujer; se corrigió: una persona capaz de decir lo que pensaba. Siempre desde la distancia de un mero observador, claro.

—No te preocupes. En el futuro entrarás en el proyecto desde el principio. De hecho, llevo tres semanas volviéndome loco con uno con

el que no consigo convencer a mi cliente. Confío en que me ayudes a pensar en algo apropiado.

—Espero poder ayudarte —dijo ella, cuadrando los hombros para mostrar determinación.

Brent pasó a explicarle algunos de los proyectos y a comentarle otros asuntos. Siempre se sentía cómodo hablando de trabajo.

Una hora más tarde, Fiona se despedía de él en la puerta del despacho.

—Estoy deseando que llegue el lunes. Iré a la obra con mi equipo fotográfico.

—Muy bien. Debes incluir todo tu material en el seguro de la empresa.

—De acuerdo. ¿Puedo llamar más tarde y dar los detalles?

—Sí. Dáselos a Elizabeth, mi recepcionista —una vez resueltos los asuntos laborales, Brent añadió—: Si necesitas ayuda con la mudanza…

Fiona sonrió y sacudió la cabeza.

—Tommy llevará las cajas grandes en el camión. Mis amigos sabían que venía a una entrevista de trabajo y, si tenía suerte, prometieron ayudarme este fin de semana.

A Brent le irritó alegrarse de que Tommy no fuera más que otro de sus amigos.

—Me alegro. Entonces será mejor que te vayas y te organices.

Fiona se balanceó sobre las puntas de los pies.

—Un trabajo nuevo, y una casa nueva en una nueva parte de la ciudad. Estoy feliz de enfrentarme a tantos cambios. Muchas gracias otra vez, Brent.

—De nada —dijo él.

Y tras despedirse, se quedó observando el movimiento de caderas de su nueva empleada antes de enfrascarse en el plano de uno de sus diseños, donde podía estructurar sus ideas con nitidez y dedicar tanto tiempo como fuera preciso a cada detalle. Su cabeza sufrió una sacudida hacia la derecha, pero no le importó porque estaba a solas y no debía ocultarse de nadie.

Al menos la enfermedad que padecía contribuía a que se concentrara en su trabajo, y tenía todo el derecho del mundo a mantenerla en secreto. El comportamiento de su padre en el pasado se lo había dejado bien claro. Se enfrascó en el trabajo y ahuyentó de su mente la imagen de la preciosa sonrisa de Fiona Donner.

Capítulo 2

—Media docena de arbustos para ti, Russ.

Un empleado colocó los arbustos en el suelo antes de ir por otros tantos.

Era lunes por la tarde y el primer día de trabajo de Fiona estaba a punto de acabar. Había disfrutado trabajando en el exterior, ayudando con las plantas al tiempo que sacaba fotografías para su cuadro y para el catálogo de la compañía. Sonrió para sí mientras los empleados se lanzaban comentarios.

—Oye, Phil, a ver si me dejas la azada diez minutos.

—Has hecho un gran trabajo con la buganvilla, Chelsea —le llegó la voz de Brent—. Sigue así.

Estaba cayendo la tarde y la parcela de una urbanización de las afueras de Sidney hervía de actividad. Brent era un jefe motivador y positivo, y sus trabajadores respondían a su entusiasmo entregándose en cuerpo y alma. Era evidente que se sentía como en su casa. Y esa nueva faceta de su jefe sólo contribuyó a incrementar el interés que Fiona sentía por él.

—Vamos a acabar a tiempo —dijo el encargado, un hombre pelirrojo de unos treinta años. En un murmullo añadió para información de Fiona—. Lo sabía. Nunca nos hemos retrasado ni aun teniendo dificultades, como el retraso que sufrimos hace unos días con unas plantas. No creo que Brent vuelva a comprar nada que no proceda de los invernaderos de Linc.

Brent había dedicado una docena de trabajadores extra a aquel trabajo. Fiona había participado en la distribución de las plantas y en los trasplantes. Tal y como le había advertido Brent, se había manchado, tenía barro en las rodillas y en el trasero, pero le daba lo mismo. De hecho, estaba feliz.

—No parece que quede mucho trabajo por hacer —comentó.

—Bastará con media hora más.

Fiona terminó de plantar un arbusto y se sacudió las rodillas mientras observaba a su jefe preparando un agujero para una planta. Por la destreza con la que se movía, era evidente que tenía mucha práctica. A lo largo del día, había capturado su expresión de concentración en muchas fotografías. Y en aquel momento sintió el impulso de tomar una más… Para el catálogo.

Miró a su alrededor con disimulo, pero ninguno de los trabajadores parecía darse cuenta de la atención con la que lo observaba.

Recogió su equipo y fue en busca de un lugar desde el que fotografiar la puesta de sol. Sacó el iPod del pantalón y se colocó los auriculares, dejando que la música, la luz y el ambiente, la inspiraran.

Su único interés era el trabajo. ¡El único!

* * *

Brent encontró a Fiona en un extremo de la propiedad, con la cámara sobre el trípode. Era evidente que esperaba algo, aunque Brent no supo de qué se trataba. Y mientras esperaba, se mecía inconscientemente al son de una música que sólo ella podía escuchar.

En vaqueros y con una ajustada camisa roja, con el cabello despeinado y manchas de barro en diversas partes parecía una chica cualquiera, ordinaria. Brent estuvo a punto de convencerse a sí mismo de esa impresión, hasta que le oyó lanzar una exclamación al tiempo que se inclinaba y tomaba algunas fotografías, antes de incorporarse con expresión satisfecha, quitarse los auriculares y comenzar a recoger el equipo.

Fiona no tenía nada de ordinario, y menos con el brillo en los ojos que le había provocado la última fotografía.

Brent suspiró y dio un paso adelante.

—¿Has acabado?

Fiona se sobresaltó.

—¡No me había dado cuenta de que estabas ahí! Estaba sacando una fotografía de la puesta de sol. He sacado unas cien fotografías hoy. No usaremos todas, pero creo que tengo una buena perspectiva de lo que un equipo puede lograr en una sesión de trabajo. Dime que no estaba cantando ni haciendo nada ridículo mientras trabajaba.

—No has dicho palabra, te lo juro. He esperado porque no quería desconcentrarte.

Los dedos de Brent rozaron los de ella cuando alargó la mano para tomar el trípode, y fue suficiente para que Brent se quedara paralizado. Sólo se trató de una fracción de segundo, pero le preocupó sentir que perdía el control y que el corazón le daba un salto. Aún le preocupó más que Fiona lo observara con la cabeza ladeada y una indisimulada curiosidad. Había ciertas cosas de él, tal y como le había enseñado un maestro del engaño, que era preciso mantener ocultas.

Pero lo más inquietante de todo era el hecho de que aquella mujer pudiera hacer que se manifestaran síntomas de su enfermedad que ninguna otra persona, ni aquéllas que más le habían impresionado, le habían provocado. Y su obsesión por mantener el secreto se acrecentaba ante la mujer que lo hacía más difícil.

—Creo que acabo de sacar dos fantásticas fotos —dijo ella, alzando la vista hacia la copa del árbol bajo el que se encontraban—. El sol se filtraba por las hojas como si fuera una celosía. Creo que basaré mi cuadro en esa idea.

—Me parece muy bien —Brent pasó el pulgar una y otra vez sobre un tornillo de la pata del trípode hasta que se ordenó parar—. Me alegro de que hayas reunido el material que necesitabas.

—Basta con esperar al momento adecuado.

Fiona pareció a punto de preguntar algo, pero se limitó a dirigir la mirada hacia el perímetro exterior del jardín donde habían estado aparcados los vehículos del equipo hasta hacia unos minutos.

—No me había dado cuenta de que era tarde —dijo a modo de disculpa—. ¿Llevas tiempo esperándome?

—No demasiado, y no ha sido ninguna molestia —Brent lo dijo en un tono que parecía contradecir sus palabras, pero lo cierto era que había disfrutado observándola—. ¿Podemos irnos?

—Claro —dijo Fiona. Y caminó con prontitud hacia la furgoneta.

Brent le abrió la puerta y luego se sentó al volante.

—La oficina estará cerrada para cuando lleguemos, pero puedes entrar a recoger lo que necesites. Luego me gustaría que vinieras a cenar con mis hermanos y conmigo para comentar tus impresiones sobre el trabajo.

Había quedado con Alex y Linc en sondear la opinión de Fiona sin darle tiempo a reflexionar para que sus respuestas no perdieran espontaneidad.

Además, Brent estaba convencido de que la presencia de sus hermanos lo ayudaría a poner en perspectiva lo que fuera que despertaba aquella mujer en él. Intentaba convencerse de que era el resultado de demasiado tiempo de abstinencia. Nunca le faltaban las ofertas, pero pocas le interesaban y sólo por un breve espacio de tiempo.

—Linc, Alex y yo somos socios en cada uno de nuestros negocios —explicó—, así que también tendrás que tratar con ellos.

—Me parece perfecto —Fiona bajó la mirada hacia sus pantalones—, pero estoy un poco sucia.

Brent condujo entre el tráfico.

—No pasa nada. Cenaremos en casa, y saben que venimos directamente del trabajo.

—Por mí no hay ningún problema —dijo ella con una amplia sonrisa.

Lo cierto era que se sentía feliz, y charlaron animadamente del trabajo y de los demás empleados de camino a la oficina, donde Fiona recogió su coche para seguir a Brent hasta su casa-almacén.

—Por aquí —dijo él cuando Fiona salió del coche, acompañándola a la entrada del almacén que sus hermanos y él habían transformado en vivienda.

Fiona se paró en medio del vestíbulo y miró a su alrededor con expresión de sorpresa.

—¡Es precioso! Desde el exterior nadie imaginaría…

—Ésa era nuestra intención: crear la ilusión desde fuera de que no es más que un viejo almacén —Brent carraspeó—. Lo preferimos así.

Posó la mano en la barandilla de la escalera tallada que daba acceso al piso superior y empezó a subir mientras observaba de reojo a Fiona fijarse en cada detalle del único lugar en el que se sentía plenamente a gusto. En un extremo del vestíbulo había un sofá de cuero y varias butacas. Los cuadros que decoraban las paredes, tan grandes como el espacio que los rodeaba, tenían colores vivos y luminosos. Fiona los observó detenidamente antes de comentar:

—¡Son magníficos! No reconozco al artista.

—A Alex le va a encantar que aprecies su trabajo —dijo Brent con una punzada de orgullo, a la vez que se decía que estaba demasiado pendiente de las reacciones de Fiona—. Busquemos a mis hermanos —añadió, indicándole que lo siguiera—. Cada uno tenemos nuestro propio piso. Hoy vamos a cenar en el patio de la planta superior.

—Es maravilloso que estéis tan unidos —dijo ella sin poder evitar un tono de melancolía que sorprendió a Brent.

Recordaba haberle oído hablar de su familia, y si ella era tan especial, sus padres también debían serlo. Antes de que pudiera profundizar en sus reflexiones, oyó a su invitada dirigirse a su hermano menor.

—Alex, tus cuadros son espectaculares.

—Gracias —dijo Alex, apartando la vista de la barbacoa para agradecerle el cumplido con una sonrisa—. Brent trajo tu portafolios el fin de semana para enseñarnos tu trabajo. Es mucho mejor que el mío.

—Es distinto —le corrigió Fiona—, no mejor.

Linc puso un cuenco con ensalada sobre la mesa.

—Contratar a una diseñadora gráfica ha sido un gran paso para Brent. Está acostumbrado a trabajar solo, pero finalmente llegó a la conclusión de que era una necesidad.

—Espero no decepcionarle —dijo Fiona, incluyendo a los tres en su mirada.

—Ahora que te he visto en acción, estoy seguro de haber tomado la decisión correcta.

Fiona se alegró de haberle impresionado a pesar de la tensión que había sentido todo el día ante él, y que confiaba en que fuera disminuyendo cuando se acostumbrara a su presencia.

—Muchas gracias por poner tu confianza en mí, Brent.

Le emocionaba el contraste que significaba aquella fe comparada con la frialdad de su familia desde el día que había anunciado que quería dedicarse a una carrera que amaba, aunque no fuera la que habían planeado para ella. Igualmente fría había sido la respuesta cuando llamó contando que había conseguido el trabajo de sus sueños y que se iba a mudar.

Así que el apoyo de Brent representaba una inyección de

autoestima.

—No podría ser de otra manera —dijo él. Y tras mirarla prolongadamente, sonrió —. Tienes talento y entusiasmo. Justo lo que la compañía necesita.

—Gracias —dijo ella, emocionada por sus palabras y la sinceridad con la que las había expresado. Para disimular su azoramiento, contempló los manjares que había en la mesa y carraspeó—. ¡La comida tiene un aspecto maravilloso! Tengo que admitir que tengo un poco de hambre.

Se sentaron a la mesa de tipo *picnic* con bancos corridos a ambos lados, Linc y Alex en un lado, Fiona y su jefe en el otro.

«Concéntrate en la comida, Fiona, y sé una buena invitada».

Había *kebabs* vegetales hechos con tomates *cherry*, calabacín, cebolla y champiñones marinados al estilo provenzal, carne y patatas a la brasa con nata y cebollino.

—¿Quién es el cocinero? —el patio estaba bordeado de plantas y arbustos, lo qué creaba un ambiente acogedor e íntimo.

—Yo he hecho lo fácil. Rosa ha preparado los *kebabs* —dijo Alex—. Es nuestra asistenta, pero nos ayuda con otras cosas —frunció el ceño —. Es como una madre o algo así.

Se expresó de tal manera que sonó como si no hubieran conocido a la suya, lo que hizo recordar a Fiona lo poco que se parecían los hermanos entre sí. ¿Tendrían madres o padres diferentes? ¿Habrían tenido una vida familiar complicada? En eso ella era una experta, aunque el resto de su familia pensara que la única que no encajaba era ella.

—Pues dadle mi enhorabuena a Rosa —dijo.

—Cuéntanos qué te ha parecido tu primer día de trabajo —dijo Linc, mientras cortaba un trozo de carne.

—He tomado algunas fotografías que servirán como publicidad —explicó los conceptos que habían guiado sus decisiones y le alegró ver que Brent asentía y mostraba su aprobación—. También he tomado otras como base para los cuadros —la idea de completar cada diseño de jardín con un cuadro le parecía brillante, y estaba ansiosa por empezar con el primero—. Si los clientes cuelgan la obra en su casa, hablarán del proyecto y servirá de propaganda para Brent. Trabajar con plantas y ayudar en el terreno me ha servido para comprender mucho mejor el trabajo en su conjunto. Ha sido muy interesante.

Miró de reojo a Brent y durante unos segundos que parecieron una eternidad sus miradas quedaron atrapadas. Fiona se preguntó si él sentiría la misma conexión que ella percibía.

Un instante después Brent pestañeó y rompió el contacto.

—También quiero que diseñes un nuevo logo —dijo él—. Creo que ha llegado la hora de cambiar el que tenemos. Nunca me ha gustado.

—Seguro que se me ocurren algunas ideas. Puede que te guste algo sencillo, de trazos gruesos. Suelen ser muy efectivos.

Brent entornó los ojos mientras consideraba la idea.

—Puede que sí —sonrió de nuevo—. Me gusta tu forma de pensar.

—Gracias.

Siguieron comiendo y charlando, y pronto estaban tan enfrascados en la conversación que Fiona olvidó su nerviosismo.

El aroma de la barbacoa y de la ciudad impregnaba el aire. Arrastrados por el entusiasmo de las propuestas, Brent y ella hablaban cada vez más rápido, sus rostros estaban cada vez más cerca, como si conspiraran. Hasta que Fiona se dio cuenta y volvió a sentir la tensión que le producía estar junto a él.

Se quedaron en silencio y cuando Brent la miró detenidamente, ella sintió un escalofrío igual al que la había recorrido cuando le ofreció el trabajo. Lo provocaba la calidez en su mirada y… un evidente interés masculino en ella, que Brent borró de su rostro rápidamente.

Ésa era una reacción con la que Fiona estaba familiarizada y que no por ello dejaba de herirla. La había visto por primera vez en los ojos del primer hombre en el que había confiado, y aunque habían pasado años, siempre la reconocía. Pero puesto que Brent no era más que su jefe no tenía por qué importarle. No debía olvidarlo.

—Necesito práctica para adaptarme a tu visión —dijo, para concentrarse en el trabajo—, para presentar cada proyecto desde la mejor perspectiva. La emoción que pones en…

El rostro de Brent se endureció y sus dedos tamborilearon sobre la mesa antes de que todo él quedara completamente paralizado mientras la miraba fijamente.

—Hago cada proyecto lo mejor posible, eso es todo —dijo al fin—. Si percibes emoción será que la pones tú.

Su mirada revelaba que creía en lo que decía, y a Fiona le desconcertó que no fuera consciente de que se entregaba al cien por cien a lo que hacía, cuando era evidente para cualquiera que se fijara.

Ella llevaba dos años estudiando su trabajo. Desde que había comenzado a estudiar, el diseño de jardines le había fascinado, y el trabajo de Brent le había atraído precisamente por lo que veía en él: fuerza y convicción, imaginación y generosidad…

—Quiero reflejar tu visión de cada proyecto —eligió salir del apuro de forma diplomática—, pero estoy dispuesta a aportar mi propia perspectiva.

—Esa es la mejor manera de planteártelo —Brent pareció satisfecho con la respuesta, y la conversación volvió a incluir a los dos hermanos.

Al cabo de un rato, Alex se puso en pie.

—Disculpad, pero tengo que ir a hacer unas llamadas a un socio del extranjero antes de que se haga más tarde.

Linc se incorporó a su vez. Fruncía el ceño.

—Yo voy a ver a Cecilia. No me he quedado tranquilo después de la pelea que hemos tenido por teléfono.

Fiona lo observó mientras se marchaba, y se volvió a Brent con una ceja enarcada.

—¿Problemas de mujeres?

Brent se puso en pie y empezó a recoger la mesa.

—Cecilia es la encargada de su mayor invernadero. Cualquiera sabe qué ha pasado. Los dos tienen una personalidad muy fuerte y tienden a enfrentarse.

—Ah —Fiona lo ayudó con el resto de los platos—. ¿Dónde los llevamos?

—A mi piso —Brent la precedió por un pasillo hasta que llegaron a una puerta—. Los meteremos en el friegaplatos.

—Y cuando acabemos, será mejor que me vaya —Fiona sujetó los platos con cuidado mientras esperaba a que Brent abriera la puerta—. Me ha encantado la comida y la conversación. Espero que a tus hermanos les hayan convencido mis comentarios.

Sabía que en ocasiones casi había olvidado su presencia y que tendría que evitarlo en el futuro.

—Nos han convencido a todos. La cocina está por aquí —dijo Brent, pasando de largo precipitadamente por una sala y entrando en una cocina blanca con suelo de pizarra negra.

A Fiona le llamaron la atención tres cafeteras y varios otros útiles eléctricos.

—Deduzco que te gusta el café… Y los cachivaches —bromeó.

—Tomo distintas mezclas según la hora del día. Por la noche, descafeinado —sonrió al tiempo que miraba a su alrededor—. Y sí, me encantan las máquinas y ver cómo funcionan. Tengo más de las que necesito.

Como si hubiera hablado demasiado, sacó dos tazas del armario y alzó una a modo de pregunta muda.

—Sí, gracias.

Aquel nuevo ángulo de la personalidad de Brent la intrigó aún más, pero decidió no hacer preguntas.

—Ese café huele demasiado bien para ser descafeinado —comentó.

—Es una marca especial. Tengo que reconocer que me doy algunos caprichos, al menos en mi casa —Brent sirvió las tazas y le pasó una a Fiona.

—No me pareces demasiado caprichoso. Y sentir curiosidad es una cualidad. Ella nos lleva a aprender —Fiona dijo espontáneamente. Brent ganaba dinero, y nadie podía criticarle por comprar café de

importación o comprar objetos que no necesitaba—. Además, un buen café es siempre una gran inversión.

Se llevó la taza a los labios, cerró los ojos y bebió un sorbo. El perfumado e intenso líquido bajó por su garganta, arrancando de ella un suspiro de placer.

—¡Qué bueno! Tu curiosidad ha sido recompensada con creces.

—Tienes una manera peculiar de ver las cosas —dijo él.

—¿Y de qué otra manera podría verlas? —Fiona abrió los ojos y descubrió a Brent mirándola fijamente, con una expresión que no dejaba lugar a dudas y que no pudo ocultar a tiempo por más que desviara la mirada al instante.

Fiona se concentró en su taza al tiempo que intentaba frenar su corazón. Tenía que superar la hipersensibilidad con la que reaccionaba a todo lo que Brent hacía. Que la encontrara atractiva en aquel instante no significaba absolutamente nada. En cualquier caso, era su jefe y sería una estupidez dejarse llevar por los sentimientos que pudiera inspirarle, o creer que él sentía algo por ella.

Cabía la posibilidad de que le gustaran sus opiniones y que el resto no fueran más que imaginaciones suyas.

Bebieron el café apoyados en la encimera. En el silencio que siguió, Fiona miró hacia el salón, en el que se veían un par de sofás, unas sillas tapizados de color chocolate, y una serie de pilas de revistas en perfecto orden sobre tres mesas de café. Había también libros y papeles que parecían planos.

—Veo que te traes trabajo a casa y que eres muy ordenado —comentó.

Brent se frotó la nuca.

—A veces me obsesiona acabar un proyecto aunque ello suponga traérmelo a casa. Una vez empiezo, no soy capaz de parar. Siempre he sido así. Hay quien lo encuentra censurable, pero no puedo hacer nada por evitarlo, y la verdad es que no quiero cambiarlo.

—No tienes por qué —si cambiara podría perder parte de la intensidad que caracterizaba su trabajo. Fiona no comprendía qué tenía de malo—. Creo que a mí me pasa algo parecido.

Brent pasó su taza vacía de una mano a otra.

—Es hora de que me vaya —Fiona hubiera seguido en su compañía… para hablar de trabajo. Pero dejó la taza sobre la encimera y fue hacia la puerta.

—He disfrutado de la conversación que hemos tenido —Brent la siguió.

Al llegar junto a la puerta, Fiona vio un *collage* con fotografías de Brent y de sus hermanos. Lo miró detenidamente y la historia que había detrás de las imágenes fue tomando forma hasta dejarla sin palabras. Cuando finalmente salió de su estupor no fue capaz de

articular lo obvio: «No tenéis padres, ¿verdad?» o «No sois hermanos de sangre».

Porque lo que pensó fue que habían creado una verdadera familia. Primero en aquel frío edificio que aparecía al fondo de varias de las fotografías; y más tarde, a medida que encontraron la libertad, estableciéndose por su cuenta en el hogar que habían creado.

Se trataba de tres hombres que se habían tenido que hacer mayores antes de tiempo y que se habían apoyado el uno en el otro a lo largo del camino. Todo eso se veía en la fotografía, había sido captado en las expresiones de determinación y desconfianza de los tres jóvenes, y en la risa, la sonrisa esbozada y la reserva de los hombres del presente. ¿Cómo les había afectado crecer solos y sin padres? En el caso de Brent, convirtiéndolo en un hombre que valoraba su privacidad por encima de todo. También sus hermanos. No había más que fijarse en la casa en la que habían elegido vivir. Sus hermanos debían haber cambiado de apellido, o quizá los tres habían elegido apellidarse MacKay.

—Desde el primer momento he tenido la sensación de que tú y tus hermanos teníais una relación muy estrecha. Ahora me doy cuenta de por qué.

Fiona no había experimentado ese tipo de vínculo en su propia familia. Era algo en lo que prefería no pensar, pero que en aquel instante se hizo patente y le resultó especialmente triste. Y eso que Brent y sus hermanos debían haber pasado por un calvario. Sus circunstancias no se podían comparar.

—Siempre nos hemos apoyado. La gente que mira esas fotos no suele darse cuenta —dijo Brent, abriendo la puerta.

—¿De que sois una «familia elegida» en lugar de por nacimiento?

Eran la prueba viviente de que la primera podía ser aún más sólida que la segunda.

—Sí. «Elegida» es la palabra adecuada —Brent salió con ella al pasillo—. Te acompaño al coche.

Fue una forma de poner final a la conversación, y Fiona lo respetó, reprimiendo las ganas de seguir haciendo preguntas. Caminaron en silencio. Pronto estaban junto al coche.

—Mañana tenemos una cita con una clienta en su casa —Brent se frotó el mentón—. Es la clienta difícil de la que te hablé el viernes.

Fiona repasó mentalmente su vestuario.

—Estaré preparada.

—Puede que entre los dos consigamos que deje de bloquear el proyecto —Brent esperó a que se sentara y cerró la puerta.

Fiona arrancó y bajó la ventanilla. Brent se apoyó en ella.

—Conduce con cuidado. Nos vemos mañana.

—Buenas noches, Brent.

Fiona se marchaba con muchas cosas sobre las que pensar. La familia que Brent había creado, su procedencia, su reserva emocional, su obsesión por el orden, la obsesión por proteger su privacidad.

—Buenas noches —contestó él.

Con un último movimiento de la mano a modo de despedida y con la cabeza llena de preguntas sin respuestas, Fiona se fue, a pesar de que hubiera preferido quedarse.

Capítulo 3

—O llegamos hoy a un acuerdo con la señora Fuller o abandonamos el proyecto. Tengo una docena esperando, así que en algún momento voy a tener que valorar qué le interesa más a la compañía —comentó Brent a Fiona mientras esperaban en el impecable salón de la acaudalada señora Fuller.

Llevaban veinte minutos esperando y su anfitriona no se había dignado a aparecer.

—Tienes razón. Está haciéndote perder el tiempo. Es una grosera —dijo Fiona, que trataba de convencerse de que no tenía nada de malo sentir el impulso de proteger a su jefe.

En ese momento se abrió la puerta corredera y entró una sirvienta con el té. Rose Fuller la seguía.

—Gracias, Lilly. Puedes servir el té y marcharte —dijo, haciendo un ademán con su delgada mano hacia la criada antes de volverse a sus invitados—. Veo que ha traído una ayudante, señor MacKay.

Por cómo lo dijo, sólo le faltó haber añadido: «insignificante».

—Señora Fuller, le presento a mi diseñadora gráfica, Fiona Donner. Estábamos a punto de marcharnos, pero ya que finalmente ha venido, veremos qué podemos hacer en el poco tiempo que nos queda disponible —dijo Brent con el grado perfecto de frialdad.

Se puso en pie para estrechar la mano de la mujer y se echó a un lado para dejar paso a Fiona.

—Fiona, te presento a la señora Rose Fuller.

El rostro y el nombre, que le habían resultado familiares, se concretaron cuando Fiona recibió una estudiada sonrisa acompañada de una mano que estrechaba la suya blandamente. «Casada con un político. Muy ambiciosa. Los medios de comunicación se han hecho eco de su ascenso social».

—Me alegro de conocerla, señora Fuller. He estado estudiando el proyecto que Brent ha diseñado para usted —Fiona sacaba a la señora Fuller una cabeza. En la coqueta sala, mientras la doncella servía el té en unas traslúcidas tazas de porcelana, Fiona tuvo que hacer un gran esfuerzo para no sentirse como una gigante, y en consecuencia, como la antítesis de la femineidad, a pesar de que ser alta y no ser femenina, por mucho que su madre hubiera insistido en lo contrario, no tenían por qué ser sinónimos—. Debe de estar encantada de contar con Brent. Es el mejor paisajista de la ciudad.

—Ya sé que el señor MacKay tiene una buena reputación, aunque es muy esquivo cuando intento verlo fuera de su horario de trabajo.

—Lamento no haber aceptado su invitación a cenar, señora Fuller —dijo Brent con una sonrisa forzada—. Leí la crónica al día siguiente en el periódico.

—Sí, fue todo un éxito —dijo la señora Fuller, entusiasmada. Luego retomó el tema del jardín—. Temo no poder tomar una decisión sobre los proyectos que me ha presentado. Mi marido es muy exigente y quiere que la casa sea un reflejo de nuestro estilo de vida y que sirva a sus necesidades profesionales y sociales —hizo un gesto para indicar que tomaran asiento y esperó a que la doncella sirviera el té y repartiera las tazas.

—Es muy comprensible —Fiona se volvió hacia la vista que se contemplaba a través de la puerta de cristal que daba al jardín.

La casa estaba en un alto y el terreno descendía en una suave pendiente hacia la costa de Sidney. Aquella vista, una vez se llevara a cabo el proyecto, sería perfecta para el cuadro… si es que conseguían que la señora Fuller tomara una decisión.

—Señora Fuller, usted ya ha dejado claro lo que quiere. Ahora ha llegado el momento de que confíe en que nosotros podemos llevarlo a cabo —Brent dejó la taza de té en la mesa sin probarlo, y apretó los puños sobre los muslos.

Fiona decidió intervenir.

—Por otro lado, señora Fuller, puede usted ser una de nuestros primeros clientes en contar con una novedad: la entrega de una obra de arte a la conclusión del proyecto. Pienso que su casa se merece un lienzo de dos metros por uno. Pero si usted no puede decidirse, tendremos que atender a otros clientes. Tiene que comprender que mi jefe está muy solicitado, y que mis obras, con las que he ganado numerosos premios, son muy apreciadas.

—Me parece un cuadro muy grade… No sabía que… ¿Qué premios ha ganado? —preguntó la mujer con un súbito interés.

Fiona, sólo porque quería que Brent consiguiera el trabajo, le proporcionó detalles de su prestigioso currículo.

—Ahora recuerdo… —la señora Fuller irguió la espalda aún más —. ¿Así que usted es esa Fiona Donner? Uno de los cuadros era un paisaje…

—Sí. El paisaje es uno de mis temas favoritos —Fiona, consciente de que estaba ganando terreno, siguió presionando—. A estas alturas, tenemos una idea muy clara de lo que necesita, señora Fuller. Ha repasado todos los detalles con mi jefe, y él los ha comentado conmigo en profundidad. Ha llegado el momento de que se desentienda de un asunto tan tedioso para poder dedicarse a sus muchas obligaciones: su marido, sus compromisos sociales…

Fiona creyó oír a Brent carraspear para ocultar una risa sarcástica, pero al volverse a él, vio que mantenía un gesto impasible.

—Para nosotros sería un placer liberarla del peso de seguir tomando decisiones —intervino Brent con extrema amabilidad—. Sólo tiene que olvidarse y esperar a disfrutar de su jardín una vez esté

acabado. Personalmente, sigo pensando que el proyecto inicial es el que más se adecúa a sus necesidades.

Charlaron, o mejor, Brent continuó hablando en tono confiado y firme mientras la señora Fuller intentaba, ocasionalmente, señalar detalles con los que no llegaba a estar de acuerdo, pero respecto a los que Brent no tardaba en convencerla. Mientras tanto, Fiona bebía té.

Finalmente, después de haber repasado el proyecto de principio a fin, Brent se inclinó hacia adelante en su asiento.

—Bien, señora Fuller, ahora la decisión es suya: ¿tenemos un plan de trabajo que nos satisfaga a ambos, o lo olvidamos todo y cortamos nuestra relación en este momento?

—Quiero que lleve a cabo el proyecto tal y como lo diseñó originalmente y que me hagan un cuadro —la señora Fuller dejó la taza en el plato—. No entiendo por qué no me explicó todo esto en nuestra primera cita.

Se produjo un breve pero tenso silencio.

Fiona no fue consciente de que se movía hasta que se dio cuenta de que estaba de pie. Brent le susurró al oído:

—Recuerda que el cliente siempre tiene razón —se había puesto en pie a la vez que ella y le había susurrado mientras sonreía a la señora Fuller.

Fiona se mordió la lengua y contuvo las palabras que habían estado a punto de escapar de su boca, acusando a la señora Fuller de maleducada. Pero se dio cuenta de que era absurdo pretender educarla. Bastaba con que Brent hubiera alcanzado su objetivo.

Tras despedirse de su anfitriona, dejaron la casa. Brent abrió la puerta de la furgoneta para Fiona y luego se sentó tras el volante.

—Tienes una habilidades sociales extraordinarias, Fiona —dijo con una sonrisa que hizo brillar sus ojos—. Has sido de gran ayuda.

—No he tenido que hacer nada. La señora Fuller tenía que haberse dado cuenta desde el principio de que el proyecto es magnífico —Fiona quitó importancia a su papel al tiempo que intentaba hacer lo mismo con su enfado—. Pero al final ha salido bien, y estoy segura de que a pesar de las dificultades iniciales, la señora Fuller acabará diciendo maravillas del trabajo y poniéndote por las nubes —aun a su pesar, no pudo evitar añadir—: Me ha parecido una grosería lo poco que valora tu tiempo y su insinuación de que tú eres el culpable de que llevéis semanas dándole vueltas al proyecto.

Brent rió.

—Ya me he dado cuenta, y agradezco que te preocupes por mí —arrancó el coche—. Has sido muy diplomática con la señora Fuller. Con esa habilidad serías capaz de doblegar a toda la gente que acude cada año a los Premios de Paisajismo.

—Tú no sueles faltar —las palabras escaparon de la boca de Fiona

irreflexivamente—. Bueno, supongo que acudes a los actos que te da la gana…

—Y protejo mi privacidad el resto del tiempo —dijo él en tono firme.

—Los premios Deltran de paisajismo son muy prestigiosos.

—Sí, y este año estoy nominado a uno de ellos —Brent la miró de soslayo—. Me gustaría que acudieras conmigo a la ceremonia. Así podría presentarte como el nuevo fichaje de la compañía.

—Iré encantada —Fiona contestó espontáneamente.

Tenía que reconocer que la idea de pasar una tarde con Brent le resultaba peligrosamente atractiva, y sabía que no debía tener ese tipo de sentimientos.

—Pues apúntalo como una cita —en cuanto Brent pronunció aquellas palabras, frunció el ceño y tamborileó con los dedos sobre el volante—… de tipo profesional, claro está. Creo que es un acontecimiento que la compañía no debe perderse.

Y por eso convenía que ella acudiera con su jefe.

—Quizá debía enfocar de la misma manera una cena a la que mi madre me ha obligado a acudir —dijo Fiona aprovechando la leve similitud en las circunstancias para cambiar de tema—. Debería cubrirme las espaldas y llevar un acompañante.

—Por lo que dices, acudes por obligación —comentó él en tono de sorpresa.

Era evidente que mantenía una buena relación con sus hermanos. Todo lo contrario a ella, que formaba parte de una familia que la consideraba «rara» y «distinta» a los demás. Y eso que la familia de Brent sí que era peculiar.

—Bueno…, aunque vaya por obligación puede que acabe divirtiéndome —dijo con escepticismo.

Brent aparcó delante de la oficina y se volvió hacia Fiona.

—Hagamos un trato: tú me acompañas a la celebración de los premios y yo te acompaño a la cena. ¿Cuándo es?

Fiona creyó haber oído mal.

—Gra-gracias. Será un honor —balbuceó los detalles del encuentro mientras bajaban de la furgoneta y entraban en el edificio.

Brent pareció tensarse y Fiona temió que se hubiera arrepentido de la oferta.

—Si no puedes…

—Será una buena oportunidad para conocer a tu familia —Brent tomó el correo de encima de su escritorio y lo ojeó—. Tengo la intención de que trabajes para nosotros mucho tiempo, así que lo lógico es que conozca a tu familia.

—Claro que sí. Será estupendo.

Y lo era. Maravilloso, y práctico, y además, no tenía por qué

significar nada. Ya era bastante que fuera a disfrutar de la compañía de su jefe y de que éste conociera a su familia. No tenía por qué pensar en segundas intenciones.

«Puede ser la oportunidad de que mis hermanas y mis padres vean que tengo un trabajo serio y no un capricho artístico, como dijo mi madre cuando le anuncié que había conseguido el trabajo».

Y además, comprobarían que lo hacía bien. Habían pasado pocos días, pero Brent parecía satisfecho con su trabajo. Había llegado el momento de que su familia comprendiera que era capaz de tomar decisiones acertadas y de que podía tener éxito.

En cuanto a las dificultades que estaba encontrando para ignorar a Brent como hombre… Tendría que conseguirlo.

Tras despedirse, fue a su despacho para seguir trabajando.

—¡Concéntrate, Fiona! —el tono de voz de Eloise Donner dirigiéndose a su hija irritó a Brent.

—Estoy seguro de que quiere reflexionar antes de contestar la pregunta del juego —dijo, haciendo un esfuerzo sobrehumano para parecer educado y no perder los nervios.

Habría querido marcharse y llevarse a Fiona consigo. La actitud crítica de su madre con Fiona era sutil y disimulada, mucho peor que si se tratara de una actitud abiertamente hostil a la que Fiona pudiera enfrentarse de la misma manera. Tal y como se producía, impedía que le planteara quejas a su madre sin que ésta pudiera acusarla de exagerar o de convertir en problema lo que no lo era. Brent intuía que Eloise Donner debía ser una maestra diciendo cosas por el estilo.

Era miércoles por la noche, algo más de una semana desde que Fiona había empezado a trabajar para él, y estaban en la cena a la que ella se había referido como una reunión forzada, y a la que Brent se había invitado.

Tenía que admitir que aunque lo había hecho como jefe, había habido en ello un componente de curiosidad personal por conocer a su familia. O tal vez había sentido ganas de estar cerca de una familia en la que había padres…

«Hace mucho que no los echas de menos, MacKay».

Su padre le había facilitado esa labor.

Fuera cual fuese el motivo de su deseo de conocer a la familia de Fiona, la respuesta a su curiosidad era que no tenía nada que ver con lo que había anticipado.

Fiona era dulce y amable, y él había asumido que su familia también lo era. Sin embargo, se trataba de gente racional, crítica, práctica y fría… No parecían tener alma.

Ni siquiera se parecían físicamente a Fiona. Su madre y sus

hermanas eran menudas y frágiles. Nada que ver con ella, que era alta y vibrante. Su padre era un hombre corriente tanto en su físico como en su personalidad. Evidentemente, la belleza interior de Fiona había surgido en ella a pesar de su familia.

Fiona miró la carta que tenía en la mano. Estaban jugando un juego particularmente estúpido, en opinión de Brent. Había ocho personas en torno a la mesa: la familia de Fiona, ellos dos y otra pareja.

Fiona lo miró de reojo antes de forzar la misma sonrisa que llevaba practicando toda la velada.

—Lo siento, pero no sé la respuesta, mamá. Voy a tener que pasar.

—Seguro que la sabes —su padre, Terence Donner, la miró con irritación—. Todas las preguntas de este juego se pueden responder.

—Si a uno le gustan los documentales, puede que sí —dijo Brent, rozando involuntariamente la rodilla de Fiona con la suya al cambiar de postura.

La corriente que lo sacudió lo tomó por sorpresa. ¿No había decidido no pensar en Fiona de aquella manera? ¿Por qué no lo estaba consiguiendo?

«Has pensado en ella como mujer desde el primer minuto. Lo más que puedes hacer es intentar evitarlo».

Y eso era lo que tenía que hacer. Seguir esforzándose. Porque Fiona despertaba en él sentimientos que llevaba décadas intentando reprimir, y que deseaba mantener bajo llave.

—Lo siento, papá, pero no puedo contestar —Fiona se encogió de hombros e indicó que era el turno del siguiente jugador, pero habló como si le faltara el aliento.

Y una vez más, Brent reaccionó con más intensidad de la que hubiera querido.

El juego concluyó y él se puso en pie. Quizá no tenía todas las respuestas, pero sabía cuándo había alcanzado su límite. Y estaba seguro de que Fiona también había alcanzado el suyo.

—Me alegro mucho de haberos conocido, pero estamos lejos de casa y será mejor que nos marchemos.

Cuando salieron al exterior, Brent respiró el frío aire de la noche y al pensar en Linc y en Alex se sintió muy afortunado. Tener una familia elegida en lugar de una biológica representaba, en su caso, una bendición. Ese pensamiento le aclaró las ideas, lo que a su vez contribuyó a que supiera cómo ocuparse de Fiona: como un compañero de trabajo que la admiraba como tal…

De camino a casa de Fiona, la entretuvo charlando de asuntos triviales con la esperanza de hacerle olvidar la desagradable velada, y de paso olvidar cuánto había deseado tomarla en sus brazos y besarla para compensar por lo mal que la trataban. Pero ese deseo no era

nada profesional.

—¿Qué demonios les pasa? No parece que… —preguntó, expresando en alto sus pensamientos involuntariamente.

—Me alegro de que hayas conocido a mi familia, y de que ellos hayan podido hablar contigo un poco del trabajo que hago —Fiona habló como si no le hubiera oído, en un tono falsamente animado y como si le faltara el aliento, tal y como había sucedido cuando sus rodillas se habían rozado—. Espero que haya servido para que mis proyectos les resulten algo más aceptables.

¿Un poco más aceptables? Su familia le hacía sentir como un ser raro cuando era una persona excepcional. Brent intuía que no era un fenómeno nuevo, sino algo que llevaba soportando una parte considerable de su vida, lo que a su vez le hizo sentir más cerca de ella.

Aparcó delante de la urbanización de Fiona, le abrió la puerta y la ayudó a bajar.

—Tienes un buen trabajo dentro de tu campo profesional. Eso debería bastar para que tu familia se sintiera orgullosa de ti.

—Gracias… Puede que lo estén —dijo ella, pero se notó que hizo un esfuerzo consciente por transmitir una seguridad que no sentía. Luego sonrió antes de añadir—: Prometo devolverte el favor sirviéndote de apoyo el día de la entrega de premios.

—Tu compañía bastará —dijo Brent—. Déjame acompañarte hasta la puerta.

Debía asegurarse de que llegaba a su piso con seguridad y marcharse, en lugar de permanecer allí, de pie, halando de vaguedades y deseando que pasaran cosas que no sabía definir, pero que tenían que ver con proximidad, consuelo y bienestar.

¿Qué le estaba pasando? ¿De dónde salían esos pensamientos?

Cuando llegaron a su casa, Fiona metió la llave en la cerradura y se volvió hacia Brent.

—Espero que no te hayan hecho preguntas indiscretas sobre tu negocio mientras he estado fregando los platos.

Brent metió las manos en los bolsillos y las sacó. Fruncía el ceño.

—No, no han sido particularmente indiscretos.

Fiona pareció sentirse aliviada.

—¿Quieres un café antes de irte?

—No, gracias, pero quiero entrar contigo —tenía que asegurarse de que la dejaba sana y salva en su piso. No era más que pura cortesía.

Entro siguiéndola y cerró la puerta tras de sí. En el suelo había una colorida alfombra en naranjas, rojos y azules que hacían juego con los almohadones y con un cuadro de la propia Fiona.

Había creado un espacio acogedor, tan alegre y vibrante como ella. Brent deseó sentarse en el sofá y quedarse allí, entre los objetos que la

representaban… Como si, haciéndolo, fuera a satisfacer un anhelo de pertenencia.

Aquel pensamiento lo sacudió con todavía más fuerza que todos lo que había tenido sobre Fiona, que ya eran suficientemente confusos y desconcertantes. Fue tan sorprendente, que se quedó paralizado en mitad de la habitación.

Debía marcharse.

Quería quedarse.

¿Desde cuándo tenías sentimientos como los que le asaltaban aquellos días? Nunca había habido en él un ápice de sentimentalismo.

Quería a Linc y a Alex, de eso no había ninguna duda, pero eso era todo. Su incapacidad para mantener una relación con su padre le había enseñado cuáles eran sus límites. Nuca había superado su autismo. Con Alex y Linc las cosas habían sido distintas, pero eso era porque se habían unido para superar sus demonios juntos.

Respecto a Fiona, ni siquiera estaba preparado para sentirse atraído hacia ella. Él no tenía interés en mantener una relación, y ella se merecía un hombre dispuesto a entregarse.

«Por eso mismo, despídete y vete. Hazlo antes de que no puedas resistir la tentación».

—Muchas gracias —dijo ella.

—Debería marcharme —dijo él simultáneamente.

Fiona lo miró con aquellos increíbles ojos azules que le hacían pensar en el azul del cielo un día de verano.

Tampoco tenía nada de malo admirarla por su belleza. ¿O sí? Brent no tenía respuestas, y no conseguía obligar a sus pies a que se dirigieran a la puerta de salida. Así que sacó un tema sobre el que quería tener respuestas.

—Tu familia no se ha interesado por ti —quizá Fiona no quería hablar de ello, pero él lo necesitaba. Alargó la mano y acarició el dorso de su mano. Su piel era delicada como el pétalo de una rosa. Ya era demasiado tarde para arrepentirse de haberla tocado—. Tus padres podían haber hecho un esfuerzo por hacer algo que te gustara.

—Quieren que me parezca más a ellos, pero… Aunque lo he intentado, no lo consigo —Fiona suspiró—. A pesar de todo, los quiero mucho. No intentan hacerme daño a propósito —hizo un ademán con la mano como quitándole importancia—. En cualquier caso, gracias por haberme acompañado.

—De nada —tenía que marcharse. Fue hasta la puerta. Tras abrirla y mascullar—: Echa la llave cuando me vaya —salió. Luego se quedó al otro lado, esperando a oír el ruido de la llave y por fin se marchó.

Lo que él pensara sobre la familia de Fiona o sobre lo que había ocurrido aquella noche en casa de sus padres daba lo mismo. No tenía nada que ofrecer, y menos a una mujer como ella.

Eso sí que no debía olvidarlo.

Capítulo 4

Brent aparcó el coche y se dirigió hacia la puerta de la discoteca.

Fiona se había dejado las llaves de su apartamento en el escritorio del despacho, escondidas entre unos papeles.

Brent las había encontrado al retirar de la superficie los envoltorios de unas chocolatinas. Fiona no las había dejado allí, sino él, que las había encontrado en un cajón del escritorio al buscar un cuaderno mientras revisaba el trabajo de su diseñadora gráfica. Inicialmente había intentado resistir la tentación, pero al mismo tiempo que se decía que no debía tocarlas, las sacó y las fue comiendo distraídamente. Tenía que recordar sustituirlas para que Fiona no las echara de menos el lunes por la mañana.

Fiona estaba en la pista de baile. En cuanto Brent la vio, olvidó cualquier otro pensamiento. ¡Estaba espectacular! Una minifalda negra, botas de tacón alto y un top color crema le daban un aspecto irresistible.

Cuando la canción terminó, Fiona sonrió a su acompañante, al que sacaba media cabeza de altura, y salió con él de la pista. En el preciso momento en el que Brent tenía que admitir que sentía celos de él, la pareja se reunió con un grupo de amigos que ocupaban varias mesas. El hombre rodeó los hombros de otra mujer y le besó la mejilla.

—Brent —exclamó Fiona al verlo acercarse—. ¿Qué te trae por aquí?

—Tú —dijo él con voz grave y ronca, como si sus pensamientos se filtraran por las rendijas de sus defensas.

Con sus tacones, Fiona tenía prácticamente la misma altura que él. Brent hubiera querido recorrer cada una de sus curvas con la punta de los dedos. Tenía que tratarse de una manifestación de su autismo latente: la necesidad de procesar por medio del tacto las respuestas que buscaba.

«Seguro, MacKay. ¿De verdad te lo crees?»

—Te has dejado las llaves de tu casa en el escritorio —ésa era la razón por la que había ido a buscarla. Ésa y ninguna otra—. A lo mejor tienes un juego de sobra, pero por si acaso, he preferido traértelas.

—Lo tengo, pero me temo que también está en el despacho. ¡Qué tonta soy! —Fiona escrutó el rostro de Brent—. Siento muchísimo haberte causado este inconveniente. Ni siquiera tengo el móvil encendido porque aquí dentro no lo oiría. ¿Cómo sabías que…?

—Te he oído mencionar este lugar cuando te marchabas hablando por el móvil. No hace falta que te esculpes. No podía dejarte sin tus llaves.

—Gracias —repitió Fiona.

Brent, que inconscientemente se había inclinado hacia ella, se irguió y ladeó la cabeza. Ella lo miró intensamente, tan consciente de su presencia como él lo estaba de la de ella. En Brent se libraba una batalla interior entre la necesidad de proteger su privacidad y el deseo que sentía por Fiona.

Pero, ¿qué era lo que verdaderamente quería? ¿Explorar la atracción física que sentía hacia ella? Eso era lo único que podía permitirse. Para él, cualquier forma de proximidad emocional, de verdadera intimidad, era inconcebible.

«¿Te has preguntado alguna vez por qué te pasa eso, por qué mantienes a todo el mundo a distancia?»

Claro que sabía la respuesta: porque era diferente, y lo era en un sentido que no resultaba fácil de entender para el resto de la gente. Por eso guardaba el secreto. Le resultaba más cómodo y le creaba menos problemas. ¿Quizá también le hacía sentir a salvo?

Prefería no verlo desde esa perspectiva. En cualquier caso, tenía derecho a valorar su privacidad sin tener que buscar motivaciones ocultas tras su comportamiento.

Fiona seguía escudriñando su rostro y Brent no pudo apartar la mirada de sus ojos azules hasta que notó que sus amigos lo miraban fijamente. Fiona apartó la mirada y la dirigió a su grupo.

—Chicos, éste es mi jefe, Brent —dijo, sonriendo.

Los presentó de uno en uno y Brent aprovechó la situación para calmar la reacción que Fiona había despertado en él… Aunque eso no significó que consiguiera anularla, puesto que la sentía bajo la superficie y se activaba con cada mirada, con cada intercambio de palabras… No conseguía comprender por qué seguía pasándole cuando había llegado a la conclusión de que debía evitarlo. En el pasado, una decisión tomada era una decisión cumplida. ¿Qué le estaba pasando?

—Tengo que marcharme.

—¿Te gustaría…? —Fiona dejó la frase en el aire y apretó sus sensuales labios.

Brent sacó las llaves del bolsillo y las dejó sobre la mano que Fiona le tendió.

—Gracias —dijo ella, metiéndolas en el bolso que tenía colgando del respaldo de la silla—. Por favor, permíteme que por lo menos… No sé… ¿Puedo invitarte a una copa? Me siento fatal habiéndote hecho venir hasta aquí. Vayamos a la barra. No hay demasiada gente. Casi todo el mundo está bailando.

La barra ocupaba todo un lateral y estaba más alejada de la música que las mesas.

—De acuerdo, tomemos una copa —dijo Brent.

Y en cuanto empezaron a bordear la pista hacia la barra, tuvo la

certeza de estar equivocándose.

Cuando llegaron pidieron un par de copas. Fiona observó a Brent a través del espejo que había detrás de la barra, y vio la imagen que proyectaban juntos. Una cabeza morena y otra rubia. Un rostro de rasgos marcados y otro femenino. Le pareció que hacían una buena pareja y ese pensamiento le llevó a otros en los que sabía que no debía detenerse, ni tan siquiera admitir.

¿Qué querría Brent?

«Nada que tú puedas ofrecerle, Fiona. No lo olvides».

—Espero no haber perturbado tus planes por tener que venir a traerme las llaves —dijo ella, evitando mirarlo de frente—. Ya sé que no es asunto mío, pero sería terrible haber impedido que…

«Volvieras junto a tu ¿novia? ¿Amante?», pensó Fiona, diciéndose que no debía prestar atención al hecho de que le resultara doloroso.

—¿Has venido con alguien? —preguntó en alto.

—No quiero interrumpir… —dijo él simultáneamente.

Ambos callaron y sus miradas se quedaron atrapadas en medio de un denso silencio cargado de curiosidad y duda.

—Espero no haber…

—No has interrumpido nada —replicó Fiona. Y sintió que su corazón le golpeaba el pecho con fuerza.

Los dos desviaron la mirada para concentrarla en la copa que el camarero les entregó en ese momento. Cuando Brent alzó la suya, parecía tenso.

—Esto…

—He estado pensado en el proyecto Doolan —comentó Fiona, confiando en que hablar de trabajo los ayudara a olvidar la electricidad que se producía cada vez que sus miradas se encontraban en el espejo. No debía pensar en la calidez y en la atracción que desvelaban y que tantos esfuerzos hacían ambos por ocultar.

Una parte de ella ansiaba volver a percibir esas emociones aunque sabía que adentrarse en ese camino con Brent sólo podía causarle dolor, sobre todo cuando podía predecir, por su experiencia con otros hombres, lo que sucedería con Brent: su interés por ella se enfriaría antes o después. Fiona había atisbado esa capacidad en él en el poco tiempo que se conocían.

«Así que céntrate en hablar de trabajo, Fiona, y luego deja que se marche».

—Ya sé que la pareja está enfrentada por todo en su vida personal, pero se me ha ocurrido una idea para que los dos estén de acuerdo con el diseño del jardín.

—Adelante. Ya sabes que tus sugerencias me resultan muy valiosas.

El cambio de tema también pareció aliviar a Brent, y Fiona hizo lo

posible por ignorar la leve punzada de dolor que le produjo el darse cuenta de ello. Después de todo, también ella quería moverse en terreno seguro.

—Si nos centramos en las pautas generales que nos ha proporcionado uno de los dos, el otro rechazará el resultado. Estaríamos dándoles un motivo más para discutir, y la compañía se encontraría en medio de un fuego cruzado.

Brent bajó la mirada y sus pestañas proyectaron una sombra sobre sus mejillas. Algo en la vulnerabilidad de su expresión, enterneció a Fiona. Quizá habría sido mejor que, como los Doolan, también ellos tuvieran más motivos para discutir que para comprenderse. Así no habría tenido aquella constante lucha consigo misma por dejar de pensar en Brent como hombre. Por mucho que pudiera percibir que Brent se sentía atraído por ella en alguna medida, era su jefe y, obviamente, hacía un esfuerzo consciente por reprimir ese impulso y comportarse como si, como mujer, le resultara indiferente. ¡Y ella tenía que dejar de analizar todo!

Brent sonrió.

—Así que piensas que entre tú y yo podemos llegar a un término medio que les satisfaga a los dos.

Fiona se irguió en su taburete.

—Sí. Tanto por el bien del proyecto como de la compañía. Sólo requiere que pongamos nuestras mentes a trabajar.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Brent en un tono profesional que desmintió un vestigio de calidez en su mirada que Fiona intentó ignorar.

Bebieron en silencio hasta que Fiona comentó:

—En cuanto a tu pregunta de antes, he venido con Stacey, pero supongo que ella piensa ir luego a casa de Caleb —la pareja era una de sus «causas» personales, y había conseguido que volvieran a hablarse después de varios meses de enfado—. Yo me iré pronto. No quiero acostarme demasiado tarde.

Acabaron las copas y sin decir nada se pusieron en pie.

—Gracias por traerme las llaves.

—¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó él pon una mirada precavida, como si se preparara para recibir una respuesta negativa.

Fiona pensó que estaba imaginándose cosas. Cómo si a Brent pudiera importarle que ella rechazara su oferta. Se trataba de un hombre rico, con talento, atractivo, que tenía el mundo a sus pies. «Y sin embargo, no es eso lo que ves en sus ojos cuando baja la guardia, ni lo que viste en las fotografías con sus hermanos».

Pero lo que Fiona buscaba y lo que solía creer ver en los que la rodeaban eran asuntos de los que debía protegerse. Lo había aprendido de la incomodidad que representaba para su familia esa

característica suya. Intentó dar una respuesta igualmente neutra.

—He dejado el coche en casa de Stacey. Tomaré un taxi.

—¿En qué barrio? —cuando Fiona contestó, Brent dijo—: Te llevo, me queda de camino. Es una tontería que gastes dinero en un taxi.

—Gracias. Me siento culpable de haberte robado tanto tiempo, cómo si no tuvieras cosas mejores que hacer que ir a buscar a tu diseñadora gráfica para darle las llaves de su casa.

—Eres una artista, y como tal, tienes derecho a olvidarte de las cosas ocasionalmente. Hay quien piensa que es incluso una obligación —habían llegado junto a los amigos de Fiona, y Brent esperó a que se despidiera.

Ya en la calle, la llevó enseguida al coche, subió y lo puso en marcha. Al principio no hablaron. En el silencio de la noche, el interior del vehículo resultaba íntimo… aislado del mundo exterior.

Fiona hubiera hecho cualquier cosa por dejar de estar pendiente de Brent, pero no lo conseguía. Cuando estuvieron cerca de la casa de su amiga, se giró hacia él y estudió su perfil en la penumbra.

—Has debido quedarte a trabajar hasta tarde.

—Sí. Quería… ponerme al día con algunos temas —dijo Brent con una pequeña vacilación.

—Ahora estoy en deuda contigo, y mañana voy a tener que esforzarme el doble cuando te acompañe a la entrega de premios —bromeó ella, al tiempo que le indicaba cómo llegar a casa de Stacey.

Brent aparcó el coche y apagó el motor. Se trataba de un barrio residencial y Fiona había aparcado su coche bajo una farola.

—Sólo te pido que si surge la ocasión, hables de tu trabajo en la compañía —dijo él, bajando para abrirle la puerta y ayudarla a bajar —. Permite que te acompañe a tu coche.

Cuando llegaron, Fiona tenía las llaves preparadas y se volvió para despedirse precipitadamente, pero al hacerlo, se golpeó la nariz contra el cuello de Brent porque ambos se habían movido al mismo tiempo y de pronto, todos sus esfuerzos por ignorar la tensión sexual que había entre ellos se desbarataron porque era completamente imposible negar lo innegable.

Brent olía tan bien. ¿Habría apretado su nariz contra él por una fracción de segundo? ¿Había girado él su cabeza hacia ella levemente, como si quisiera animarla?

Tras un profundo suspiro de cada uno de ellos, se separaron el uno del otro en un silencio prolongado durante el que se miraron y en el que Fiona descubrió una incertidumbre en Brent que no se correspondía con su carácter habitual.

—No debería hacer esto. Es un error —dijo él, expresando con palabras lo que ella había intuido.

Y Fiona quiso saber más.

—Entonces, por qué…

—Puedo echar la culpa a las botas que llevas. Son tan buena excusa como cualquier otra —Brent tomó a Fiona por el brazo. Sus ojos brillaban con un fuego que se abrió paso entre la indecisión.

Fiona sintió que el corazón se le paraba, y en su interior surgió una mezcla de anticipación y nerviosismo, de necesidad de lanzarse y de protegerse al tiempo que pensaba: «Va a besarme».

Precisamente lo que llevaba anhelando que sucediera aunque no había querido admitirlo. Si sucedía, ¿daría lugar a tantas complicaciones como las que podía atisbar?

Pero Brent se mantuvo erguido, paralizado. Su cabeza sufrió un par de sacudidas hacia la derecha, y la magia se evaporó.

—Buenas noches —masculló él. Y dejando caer la mano, se alejó hacia su coche.

Capítulo 5

—El autismo está delatándome. Últimamente no consigo controlarlo y hace que me sienta nervioso delante de la gente —comentó Brent a su hermano Linc al día siguiente mientras caminaban por el corredor de su casa hacia la salida. Se estiró el cuello almidonado de su camisa blanca—. Ya sabes lo mal que me sienta que me pase en público.

Sabía que había empezado a sucederle cuando conoció a Fiona. Por eso mismo, además de por muchas otras razones, sabía que no podía alcanzar ningún grado de intimidad con ella. Aparte de ser su empleada, se merecía a alguien mucho mejor que él.

—Tu autismo es indetectable. Aun cuando tienes algún tic es dificilísimo que la gente identifique la causa —Linc suspiró y escudriñó el rostro de su hermano—. ¿Estás seguro de que es eso lo que te preocupa?

—¿Qué otra cosa podría ser? —dijo Brent con innecesaria vehemencia.

Del piso de abajo les llegó un murmullo de voces que Brent identificó al instante: su hermano Alex y Fiona. Debían haberse encontrado en el exterior antes de que ella llamara a la puerta.

A Brent le alivió concluir la conversación con Linc.

—Buena suerte esta noche —se despidió su hermano.

—Gracias —Brent le dijo adiós y empezó a bajar las escaleras.

Cuando Alex lo vio, se despidió de la invitada, intercambió unas palabras con Brent a mitad de las escaleras y se fue, dejándolo solo con la mujer que lo esperaba en el vestíbulo. Fiona estaba absolutamente espectacular. Llevaba un vestido de tonos grises y rosas, con un corpiño ceñido de escote en forma de uve tanto por delante como por detrás, y una falda que caía con delicadeza hasta media pierna. El escote dejaba intuir el principio de sus firmes senos, y por la espalda, el delicado hueco entre sus omóplatos.

El vestido contribuía a acentuar su belleza, pero fue ésta en sí misma la que hizo que el corazón de Brent se detuviera por un instante antes de que lo invadiera un sentimiento profundo y cálido, al que era incapaz de poner nombre.

Sólo sabía que Fiona era dulce y voluptuosa, y que él quería sumergirse en su dulzura, en su cuerpo, en su mente… Que le provocaba algo aún más profundo que tenía que ver con el cariño del que él había carecido toda su vida.

Pero eso era lógico. Cualquier otro hombre habría sentido lo mismo. No tenía por qué significar nada especialmente profundo. Brent sintió que el cuerpo se le tensaba.

—Buenas noches. Estás preciosa —dijo con voz ronca y una mirada

más intensa de lo que hubiera deseado.

—Buenas noches, Brent. Y gracias. He pensado en no ponerme tacones, pero al final he decidido que no te importaría que estuviera tan alta como tú —dijo ella, dando un paso adelante sobre sus altísimos tacones.

Llevaba el cabello recogido en lo alto con un broche en forma de mariposa, y unos mechones acariciaban su nuca. Parecía un poco insegura sobre los altos zapatos.

¿Cómo era posible que no se diera cuenta de lo increíblemente hermosa que era? Brent alzó la mirada de sus zapatos a su rostro.

—Claro que no me importa —quizá acabaría volviéndose loco precisamente porque no le importaba, pero era la verdad.

Fiona pareció relajarse y recorrió con la mirada a Brent. Éste, que acababa de empezar a relajarse, vio los ojos azules de Fiona ganar intensidad, al tiempo que una sonrisa curvaba sus labios y un delicado rubor cubría sus mejillas. Una corriente de deseo pasó entre ellos, prendiendo una pequeña pero luminosa llama.

—Tú sí que estás guapo, Brent —dijo ella con una convicción no carente de timidez—. Espero no haber llegado demasiado pronto. Alex me ha abierto. Tal y como sugeriste, el taxi está esperando.

—Has llegado en el momento perfecto.

Para Brent, todo lo relacionado con Fiona era perfecto. Por eso mismo la medida más inteligente era marcharse lo antes posible y pensar en el evento al que iban a acudir, que, después de todo, era puramente profesional.

—Estoy seguro de que lo de hoy va a ser un buen ejercicio de relaciones públicas.

—Estoy ansiosa por llegar —Fiona charló sin cesar en cuanto salieron, como si también ella necesitara distraerse—. La lista de invitados incluye gente de la profesión y posibles clientes.

—Si conseguimos hacer algunos contactos, la noche habrá valido la pena —coincidió Brent con ella.

Habría valido la pena hacer una aparición pública, salir de su guarida y bajar las murallas de protección para dejar que el mundo exterior descubriera algo del hombre que había tras ellas.

Llevó a Fiona sujetándola del codo, y ésta tembló levemente, casi imperceptiblemente, pero lo bastante como para que él no pudiera romper el contacto.

Una vez se sentaron en la parte de atrás del taxi, encerrados en un espacio cerrado y aislado a pesar de la presencia del conductor, Brent volvió a tener la misma sensación de intimidad que le invadía cuando estaba con Fiona, y que tomaba forma en la proximidad de sus cuerpos, en sus muslos rozándose…

—Estoy encantada de acudir a la ceremonia de los premios contigo

—Fiona sonrió al tiempo que lo miraba.

Su sonrisa no lograba ocultar una emoción que Brent debía haber preferido no ver. Pero una parte de sí que se negaba a obedecerle, por más que enumerara todas las razones por las que no debía disfrutar particularmente de aquella noche.

—A mí los actos sociales no me gustan particularmente, pero éste es importante para el negocio.

—A mí tampoco —admitió Fiona—, pero el de hoy es especial. Quiero que ganes. He estudiado todos los proyectos nominados y el tuyo es el mejor.

La fe que tenía en él hizo sonreír a Brent.

—Muchas gracias, pero hay competidores con mucho talento.

Durante el resto del trayecto, hablaron sobre los diseñadores de los demás proyectos. Aunque no lo pareciera, Brent en ningún momento dejó de ser consciente de Fiona como mujer y del olor de su piel, que le hacía recordar a una playa tropical en una noche de verano.

Cuando llegaron a la mansión en la que se iba a celebrar la ceremonia, Fiona le dijo con vehemencia que él sería el ganador. Brent habría querido darle un beso en los labios por su apasionada declaración, pero se conformó con hacerle una leve caricia en el antebrazo mientras cruzaban varios salones hasta llegar al principal. Sabía que tenía que distanciarse y sin embargo, con cada minuto que pasaba se sentía más cerca de ella.

El edificio, que acogía varias ceremonias en sus distintos salones, era un hervidero de gente. En lugar de centrarse en la parte social del acontecimiento, Brent se concentró en la mujer que lo acompañaba, con la excusa de que los dos estaban allí como representantes de la compañía y debían proyectar una buena imagen.

—¡Ojalá se saltaran todos los formulismos y anunciaran directamente los premios! —dijo Fiona con un suspiro de frustración al oído de Brent al tiempo que se sentaban en una mesa junto a otras parejas.

Sabía que no debía haberse inclinado tanto hacia él y menos para susurrarle al oído, pero en aquel momento todo eso le daba lo mismo.

A lo largo de la velada los dos habían mantenido un comportamiento ejemplar, socializando con la gente, pero sin perder en ningún momento el contacto entre ellos. Algo había cambiado, aunque Fiona no sabía si tenía que ver con ella o con Brent, o si era el acontecimiento en sí lo que hacía que la atracción que sentían el uno por el otro fuera casi palpable.

Brent dejó escapar una carcajada, y se volvió hacia ella sonriente, tan deprisa que los labios de Fiona rozaron su oreja. La sonrisa de Brent se volvió entonces sensual, y Fiona sintió un hormigueo cuando sus miradas se encontraron. Un instante después, ambos se irguieron

en sus asientos, atentos a la introducción que el presentador del acto estaba dedicando a los premios. El corazón de Fiona latía desbocado a causa de la expresión que había visto en los ojos de Brent, pero logró disimular su turbación.

—El premio —masculló. Eso era lo único importante. No debía haber protestado sobre lo largo que era el discurso del presentador. De haber esperado pacientemente, no habría acariciado con sus labios la oreja de Brent.

Pero en aquel momento carecía por completo de paciencia. Lo que acababa de suceder le había dejado los nervios a flor de piel. ¡Y quería que su jefe ganara el premio!

«¿Estás segura de que quieres el premio para él y no a él mismo?»

Aquella noche, vestido de etiqueta, con camisa blanca y pajarita, parecía James Bond. Quería atribuir a su vestimenta el impacto que le había causado verlo.

«¡Qué estupideces se te ocurren, Fiona!»

Sabía que atribuir lo que sentía hacia él a meros atributos externos era tanto como querer engañarse a sí misma.

Brent se inclinó hacia ella y, evitando aproximarse en exceso, susurró:

—Sabes que no tiene importancia que gane o que pierda, ¿verdad?

En cierta medida tenía razón. Seguiría siendo el mejor paisajista del país. Pero Fiona quería que la industria lo reconociera públicamente, y que sus colegas y conexiones sociales lo vieran aquella noche como un ganador.

Cuando iba a explicarle todo eso, él posó su mano sobre la de ella, que descansaba en el inmaculado mantel de lino blanco.

Con voz grave, Brent dijo:

—Relájate. Veamos las cosas positivas. Pase lo que pase, hemos disfrutado de la cena.

—Tienes razón —dijo ella riendo. Y, girando la mano, entrelazó sus dedos con los de él—. Para que tengas suerte —explicó, aunque sabía que había otros motivos.

Brent no hizo ademán de intentar separarse, sino que le acarició la mano con el pulgar mientras el presentador anunciaba el tercero y el segundo premio. A continuación, tras una pausa en la que se hizo un silencio sepulcral, dijo:

—Y el ganador del premio de paisajismo Deltran de este año es… Brent MacKay, por su diseño de los jardines Tarroway.

—¡Lo sabía! ¡Estoy tan orgullosa de ti, Brent! ¡Enhorabuena! —espontáneamente, Fiona rodeó el cuello de Brent con los brazos. Los de él se cerraron alrededor de ella y Fiona sintió sus dedos acariciarle la espalda y la presión de los brazos de él en los suyos. El aroma del *aftershave* de Brent la envolvió, y sus labios se apretaron contra su

cabeza. El momento de las felicitaciones y la emoción se convirtió en algo más íntimo, algo que Fiona había deseado a lo largo de toda la noche.

Pero la gente aplaudía, y los dos recordaron que no estaban solos. Brent se puso en pie y, sin soltarle la mano, tiró de ella para que subiera con él al estrado.

La presentó y explicó cuál era su posición en la compañía, después hizo un breve comentario sobre el trabajo que le había hecho ganar el premio, y durante todo el tiempo, mantuvo la mano de Fiona agarrada.

Su discurso fue conciso e ingenioso. En cierto momento hizo una pequeña pausa y sus hombros se tensaron, pero apretó la mano de Fiona y pareció volver a relajarse.

Al finalizar, con el premio en la otra mano, volvieron a la mesa, donde sus colegas de profesión acudieron a darle la enhorabuena; y la velada transcurrió en una atmósfera relajada, en la que algunos tomaron una copa mientras otros se inclinaban por un reparador café.

Entre los que se aproximaron a Brent hubo varios de sus clientes difíciles que de pronto habían descubierto el prestigio de su trabajo y gracias al premio lo valoraban en su justa medida. Brent repartió tarjetas de visita, advirtiendo que había un mes de espera. Fiona permaneció a su lado, disfrutando del reconocimiento público del que estaba gozando su jefe. El orgullo se mezclaba con otros sentimientos hacia él.

Finalmente, salieron del salón y recorrieron el pasillo hacia la salida. La puerta de uno de los salones se abrió cuando estaban a punto de llegar a su altura, y dos hombres salieron al pasillo. Uno de ellos, de aspecto vulgar, hablaba a toda velocidad; el otro, cuyo rostro quedaba oculto para Fiona y Brent, intentaba librarse de las efusiones de su acompañante, o al menos eso era lo que dejaba intuir su lenguaje corporal.

Fiona se inclinó hacia la estatuilla que Brent llevaba en la otra mano y comentó:

—Es bastante elegante, ¿no te parece? Podríamos exponerla en una vitrina a la entrada de los despachos.

Brent parecía distraído por los dos hombres.

—Sí —contestó—. Y al lado, pondremos tus premios.

Los dos hombres dirigieron la mirada hacia ellos cuando llegaron a su altura. Era probable que hubieran escuchado lo que decían, y puesto que no se trataba de nada privado, Fiona no comprendió por qué despertaron en ella cierta inquietud.

—Estaría muy bien exponer todos los premios —musitó.

La intensidad con la que uno de los dos hombres los miraba, le llamó la atención, y al mismo tiempo oyó que Brent dejaba escapar

una exclamación entre dientes.

Brent tomó a Fiona por la muñeca con delicadeza para que se detuviera, y cuando ella lo miró vio su rostro tocado por una expresión sombría, de temor.

Fiona no hizo nada porque le soltara y dudó que él fuera consciente de estar sujetándola.

Brent podía haberse evitado aquel mal trago, pero se quedó mirando al hombre que lo observaba, esperando a que lo reconociera. ¡A él no le había costado nada identificar a Charles! A éste, a su padre, le llevó más tiempo.

Los recuerdos golpearon a Brent. Su padre enfadado, empujándolo dentro del coche mientras decía que no podía ser padre de un monstruo. Él había hecho todo lo posible por disimular los síntomas de su enfermedad. Siempre había sido así y siempre había continuado siéndolo. Incluso en aquel preciso momento podía sentir sus músculos en tensión para evitar cualquier movimiento incontrolado que diera pistas del autismo que padecía.

Pero no había servido de nada y su padre lo había entregado a un orfanato antes de desaparecer para siempre.

—Hace mucho que no nos vemos —Brent se alegró de ser capaz de mantener un tono neutro, y rezó para que su rostro presentara la misma calma.

Charles había envejecido y tenía el pelo cano, pero la expresión de disgusto y rechazo que se formó en su rostro al reconocerlo, fue la misma que solía mostrar años atrás.

Por un momento Brent pensó que no se molestaría en hablar con él, y supo que no lo iba a consentir. Por primera vez no estaba dispuesto a ser ignorado.

Charles se volvió hacia su acompañante.

—De haber sabido… —comenzó, pero frunció el ceño y miró de nuevo a Brent.

Brent también recordaba bien aquel gesto, y una presión en la base del cuello hizo que se concentrara intensamente para evitar cualquier indeseada sacudida.

La forma en que Fiona lo miró le hizo pensar que se había dado cuenta de la tensión que había en el ambiente. Le había soltado la mano y era ella quien le sujetaba por la muñeca. Brent creyó oírle murmurar:

—Ahora recuerdo dónde he visto esos síntomas… —antes de arrimarse a su costado. A continuación, forzó una sonrisa encantadora y en un tono neutro, preguntó—: ¿No piensas presentarnos, Brent?

—Fiona Donner, éste es Charles MacKay —Brent no se molestó en presentar a Fiona a Charles como a su padre.

Las aletas de la nariz de Fiona se dilataron y la chispa que estalló

en sus ojos se apagó para convertirse en una fría indiferencia. Miró al padre y al hijo alternativamente en un cargado silencio.

El compañero de Charles fue el primero en hablar.

—Veo que ha ganado un premio. Enhorabuena —dijo, inclinándose para estudiar la estatuilla. O no era consciente de la creciente tensión o estaba convencido de poder romperla—. ¡Ah, es el premio de paisajismo! El otro día leí algo al respecto. ¿Qué te parece, Charlie? —añadió, volviéndose.

¿Qué pensaría «Charlie»? ¿Le habría sorprendido el éxito de Brent? ¿Le alegraría? ¿Le incomodaría?

«No me importa. Sus opiniones no tienen ningún valor desde hace mucho tiempo».

—El parecido físico es sorprendente —dijo Fiona con voz grave. Y las palabras que no pronunció aparecieron reflejadas en su rostro.

Aquél era el hombre que había abandonado a su hijo.

A Brent le desconcertó que fuera tan intuitiva, y una nueva oleada de sentimientos del pasado lo asaltó: el rechazo, la búsqueda de comprensión, la incapacidad de su padre de amar al hijo que había creado.

Brent borró tantas emociones antes de que lo ahogaran. Pertenecían al pasado y no tenía que revivirlas. En cierta medida se alegraba de que aquel encuentro hubiera tenido lugar. Al menos ya se lo había quitado de encima en lugar de continuar el resto de su vida temiendo un encuentro fortuito con su padre.

Pero si se sentía de verdad aliviado, ¿por qué no estaba más entero?

«Porque Charles está actuando exactamente igual que siempre, y puede que en el fondo confiaras en que…».

—Será mejor que nos vayamos, Fiona. Ya hemos acabado —según hablaba, notó la presión de Fiona en su muñeca, que estaba rígida como si fuera de acero. Posó la mano que le quedaba libre sobre la de ella.

Fiona tiró de él con fuerza, como si quisiera alejarlo de allí lo antes posible, y aquel gesto protector emocionó a Brent más de lo que se había emocionado en toda su vida.

—¡Caramba! —exclamó el animado compañero de su padre.

Quizá en cuestión de segundos iba a expresar en alto la sorprendente conclusión de que debían ser padre e hijo.

¿Qué explicación le daría Charles, que había actuado siempre como si su hijo no existiera? ¿Cómo lo habría explicado todos aquellos años? ¿Cómo un accidente desafortunado que le había arrancado a su hijo al poco de sufrir la pérdida de su esposa? De ser así, la «resurrección» de Brent debía representar una verdadera sorpresa para sus conocidos.

—Si nos disculpan… —eligió la frase más apropiada y amable que se le ocurrió mientras ejercía un control férreo sobre sus músculos. No iba a permitir que su cabeza sufriera ni la más mínima sacudida ni que sus dedos tamborilearan. Delante de aquel hombre, jamás. Comenzó a alejarse.

—Supongo que sabías que hoy era el acto más importante de todo el año en la industria —las palabras de su padre le obligaron a detenerse. Ni siquiera se había esforzado por disimular su desagrado ni el hecho de que sólo pensara en sí mismo—. Deberías permanecer alejado de los focos. No puedo permitirme que…

—Hago lo que me da la gana. Llevo muchos años cuidando de mí mismo —Brent dejó que su enfado emergiera, pero también lo dominó. No valía la pena.

Su padre no era capaz de sentirse orgulloso de su éxito; sólo temía la vergüenza que sentía por la existencia de su hijo.

«Permites que su sentimiento de vergüenza te afecte, tanto en cómo vives como en cómo te presentas ante los demás».

¿Sería verdad? ¿Habría podido enfrentarse a su autismo de otra manera si Charles hubiera tenido otra actitud hacia él?

En cualquier caso, ya nada de eso podía cambiarse.

—Si te molesta, lo mejor será que evites cualquier sitio en el que yo pueda aparecer.

En cuanto al trabajo de Charles, Brent no tenía ni la menor idea de cuál era la «industria» a la que pertenecía. Le resultaba indiferente que sus caminos volvieran a cruzarse. No estaba dispuesto a que la necesidad de evitar a su padre determinara sus actos. En cualquier caso, ¿qué podía hacer Charles? ¿Rechazarlo?

Eso ya lo había hecho. Y, afortunadamente, Brent había creado una familia de verdad con Linc y Alex.

Pensar en sus hermanos, por contraste con la frialdad del hombre que tenía ante sí, le devolvió la calma.

—Buenas noches. Si es que volvemos a encontrarnos, no te sientas en la obligación de hablarme…

—Debes estar tomando mucha medicación para poder disimular todos tus tics —dijo su padre, con una mezcla de arrogancia y desconcierto—. No sabía que el autis…

Brent le contestó mirando por encima de su cabeza.

—Se ve que no sabes nada. Adiós.

Y dando media vuelta tras saludar cortésmente con un leve movimiento de cabeza al acompañante de Charles y, contando con la agilidad de Fiona, se alejó a grandes zancadas hasta que salieron y pudo respirar profundamente el aire fresco del exterior.

—Ahí hay un taxi. Vámonos de aquí y alejémonos de ese… —Fiona hizo un gesto a un taxi con mano temblorosa.

Brent la miró y se sintió poseído por un profundo deseo de cuidar de ella. Cuando habló lo hizo con delicadeza.

—No te preocupes. No pasa nada…

—Claro que pasa —Fiona sacudió la cabeza con vehemencia.

¿Habría oído la última palabra de Charles? ¿Habría adivinado que iba a decir: «autismo»?

En pocos segundos estaban en el taxi y Fiona apretaba su hombro contra el de Brent para estar lo más pegada a él posible mientras indicaba su dirección al conductor sin apenas mirarlo. Toda su atención estaba concentrada en Brent y aunque a él en parte le incomodara la sensación, no podía negar que por otra parte…

—Te debo una explicación… —Brent carraspeó—. No es… No tiene…

—¿Qué? ¿No tiene importancia? ¿Te da igual que te rechazara porque fueras autista? —las palabras escaparon de la boca de Fiona irreflexivamente. Se mordió el labio—. Discúlpame. Lo he oído, pero ya sospechaba algo.

Una cosa era que sospechara, otra que gracias a Charles Fiona conociera el secreto que Brent había guardado celosamente toda su vida por temor a ser juzgado.

—Sí. Tengo un tipo de autismo. No me ocasiona los problemas que sufren otros, pero es una parte consustancial a mí.

No habría sido capaz de explicar la mezcla de emociones que le produjo hacer aquella declaración.

El rostro de Fiona se crispó.

—¿Cómo fue capaz de tratarte así?

Brent se dio cuenta de que por mucho que creyera que era un tema superado, el recuerdo seguía siendo doloroso.

—No lo sé.

En los ojos de Fiona había un brillo de rabia y de incredulidad que emocionó a Brent. Impulsivamente, entrelazó sus dedos con los de ella.

—Eso explica tu increíble capacidad de concentración cuando diseñas —comentó ella, pensativa.

Brent jamás había pensado en su enfermedad desde un punto de vista tan positivo, como si en lugar de una maldición, se tratara de un don. ¡Fiona era increíble!

—Bueno… —empezó. Pero dejó la frase en el aire.

Era consciente de que estaba entregándose al placer de estar junto a ella, de respirar su aroma, de sentir la presión de su cuerpo, y de que, si no hacía nada para evitarlo, iba a olvidar todas las razones por las que no debía permitir que sucediera nada entre ellos.

—Sé que ese hombre ha revelado algo que prefieres mantener oculto —dijo Fiona con voz teñida de lástima, rabia y dolor—. No

tenía derecho a hacerlo, pero puedes confiar en mi discreción. Aun así no puedo evitar estar furiosa por…

—No tiene importancia —dijo él, aunque no podía negar ni su rabia ni su rencor—. No necesito la aprobación de Charles MacKay.

—Puede que no. Pero necesitas su amor y su aceptación —Fiona se volvió para mirarlo de frente y con toda la rabia concentrada en su mirada. Apretó los dedos de Brent—. Probablemente ni siquiera quieras pensar en él, así que vamos a hablar de la velada como si no le hubiéramos visto. Lo he pasado muy bien. ¿Ves como ibas a ganar? Te lo merecías.

Brent dejó la estatuilla en el suelo para concentrarse exclusivamente en Fiona.

—He superado el abandono de mi padre hace mucho tiempo.

—¿Qué sucedió para que la decisión de… abandonarte fuera sólo suya?

—Mi madre murió cuando yo era pequeño. Sólo recuerdo que le costaba ocuparse de mí. Ahora tiene el problema de que he crecido, me he forjado una carrera, y no quiere admitir que existo.

—Él sí que debería avergonzarse de existir —dijo Fiona. Y dejó que Brent interpretara el resto de lo que pensaba en su mirada: el sentimiento protector que despertaba en ella a pesar de que era evidente que podía cuidar de sí mismo.

Y por primera vez en su vida, Brent se dijo que sería agradable que una mujer cuidara de él. Pero era completamente imposible. Nunca se arriesgaría a ser rechazado por su enfermedad.

—Ya hemos llegado —anunció el conductor, poniendo freno a los pensamientos de Brent.

Mantenía su mano sobre la de Fiona y seguía sintiendo su cuerpo pegado al de él. El deseo se abrió camino entre sus temores y acarició su mano instintivamente.

Fiona sentía las emociones bullir en su interior, y cuando Brent ordenó al conductor que esperara y caminó con ella hacia su casa, las emociones se transformaron en puras sensaciones físicas: el roce de los dedos de Brent en su codo, su pulso acelerado mientras se debatía entre invitarle o no a pasar para charlar sobre la velada…

Para ella, el mejor momento de la noche, y también el más emotivo, había sido el viaje en taxi con sus cuerpos pegados. Brent había sido rechazado por su padre por una enfermedad que él había logrado transformar en beneficio para su trabajo. Su excepcionalidad hacía que fuera distinto a todos.

Y en aquel momento la sujetaba por el codo y ella sentía su corazón acelerarse porque aquel contacto le gustaba más de lo que debería.

¿Podía ser arriesgado? Lo sería si no se trataba de mera atracción,

si sus sentimientos estaban implicados. Eso no podía permitirlo. Brent era su jefe. Debía darle las buenas noches y entrar.

—Brent, gracias por… —comenzó al llegar a la puerta.

—Gracias por haber acudido a la ceremonia de entrega de premios conmigo —tras una pausa, Brent añadió—: Como intercambio de una velada con tu familia, creo que he salido ganando.

—Lo que pasa en mi familia no puede compararse con lo que ha sucedido esta noche —Fiona sacudió la cabeza. En aquel momento sus problemas familiares parecían insignificantes—. Brent no sé qué hacer para…

—No sientas lástima por mí —la interrumpió él con delicadeza al tiempo que apretaba la mano de Fiona en la que ésta sujetaba las llaves—. El pasado no puede cambiarse, pero se supera.

—Puede que sí, pero has seguido ocultando una parte de ti de la que no deberías preocuparte tanto como lo haces —Fiona se mordió el labio inferior y pareció a punto de llorar—. No puedo seguir…

¿Hablando? Brent prefería dejar el tema.

—Pues no hablemos más de ello —dijo en tono animado—. Prefiero hacer esto —se inclinó y acarició los labios de Fiona con los suyos.

Fue un intercambio leve, delicado, lleno de dulzura y lo bastante intenso como para que Fiona fuera consciente de cuánto tiempo llevaba ansiándolo.

Fiona se asió a los brazos de Brent y éste posó las manos en su cintura.

Durante unos maravillosos segundos, Fiona se entregó a aquel beso. Brent acarició sus labios sin dejar de mirarla a los ojos, hasta que ambos los cerraron y la realidad se diluyó entre sensaciones y sentimientos, y Fiona sintió su corazón latir desbocado y un intenso calor recorrer todo su cuerpo.

La intensidad de su reacción confirmó sus peores temores, y saber que sentía algo por Brent hizo que le asaltara el pánico. En ese preciso instante, notó que también en él se producía un cambio de actitud.

Brent alzó la cabeza, dejó caer las manos y dio un paso atrás. Fiona pudo ver en su expresión que se arrepentía de lo que acababa de suceder.

—No debería haber hecho eso. Tú y yo nunca podríamos…

Dejó la frase inconclusa, pero Fiona podía terminarla por él.

Al conocer la realidad, la verdadera naturaleza de sus generosas curvas, su deseo se había enfriado. El castillo de naipes erigido sobre el deseo, el placer, la esperanza y la proximidad, y que nunca hubiera debido construir, colapso.

Fiona alzó la barbilla y se dijo que no le importaba. No le importaba en absoluto.

—Buenas noches, Brent.
—Buenas noches. Lo…
«Siento».
Afortunadamente, no llegó a decirlo.
Tras dedicarle una última mirada de inquietud, Brent se marchó.

Capítulo 6

«Repite conmigo: Soy una profesional, soy una profesional. Estoy centrada en mi trabajo, en mi carrera, y en mis objetivos».

Fiona intentó descubrir por enésima vez cuál era el problema con las plantas que había pintado, pero desde la noche que Brent la había besado para abandonarla a continuación, no era capaz de poner en orden sus pensamientos.

—¡Qué porquería! —tomó el bote de pintura ocre del estante.

Quizá mezclándola con un poco de blanco conseguiría el tono que estaba buscando.

—No debería insultar a los cuadros. El problema soy yo —masculló, al tiempo que empezaba la mezcla.

Había un error de punto de partida, y eso constituía un serio problema dado que el cuadro debía estar finalizado para el lunes.

Brent estaba trabajando en el despacho contiguo, o al menos eso asumía Fiona, que ni siquiera lo había visto porque llevaba toda la mañana con la puerta cerrada.

Le costaba imaginar que sufriera los mismos problemas de concentración que ella. De hecho, no parecía tener la menor dificultad en actuar como si no hubiera sucedido nada entre ellos la noche de la entrega de premios. No sólo el beso. Tampoco la revelación sobre su autismo, o el encuentro con su padre.

Quizá no se había tratado más que de un beso amistoso, como respuesta a lo disgustada que ella se había mostrado con lo sucedido.

Pensar que pudiera ser así la irritaba, porque para ella había tenido un significado muy distinto.

En cambio Brent, no sólo se había echado atrás, sino que parecía haber sentido repugnancia. Su comportamiento posterior conducía a esa conclusión.

Fiona removió la pintura con energía. Tenía que concentrarse en su trabajo, olvidar y limitarse a pensar en las responsabilidades que ella y su jefe compartían. Era la única actitud inteligente. Aceptar que Brent la rechazaba.

Eso era lo que iba a hacer.

Tomó el bote con la nueva mezcla y fue con él hacia el caballete.

—Tengo que ir a la montaña. El proyecto…

—Voy a centrarme en este cuadro… Ay…

Sus palabras se solaparon al tiempo que Fiona chocaba contra una pared de sólido músculo. La pintura salpicó el pecho de Brent, la mano de Fiona y goteó hasta el suelo.

—¡Oh, no! —Fiona consiguió poner el frasco vertical, pero el daño ya estaba hecho.

—Debería haber llamado antes de entrar —dijo Brent en tono de

sorpresa, llevándose la mano al pecho.

—Ha sido culpa mía. Debía haber estado más atenta —Fiona también levantó la mano, pero se quedó paralizada al ver que Brent, en lugar de intentar quitarse la mancha, la acariciaba con los dedos como si quisiera sentir su textura.

Fiona no recordaba haber visto nada tan sensual como aquella caricia, y Brent debió percibir algo en su quietud, porque detuvo el movimiento súbitamente y la miró inquisitivamente al tiempo que sus mejillas se coloreaban.

¿Le daba vergüenza? ¿Por qué?

«Porque es otro de los síntomas de su enfermedad».

—Debo parecerte muy extraño.

—Siento haberme quedado mirando, pero es que me ha resultado tan…

Fiona no pudo concluir la frase porque no podía decir que había imaginado aquella caricia sobre su piel.

—He… Te he estropeado la camisa —balbuceó lo que era evidente al tiempo que intentaba recuperar el aliento—. Estoy intentando arreglar este cuadro, pero no creo que el cambio de tono hubiera servido de nada. Necesito ver con mis propios ojos las vainas de las plantas que he pintado, pero no las desarrollan hasta que alcanzan cierta madurez y todas las que hay en invernaderos son jóvenes.

Brent dirigió la mirada hacia el cuadro inacabado.

—Lo que llevas hecho está… bien.

—Precisamente. «Bien» es sinónimo de «mediocre» —Fiona miró el cuadro con el ceño fruncido—. Necesito una muestra real.

Brent miró a Fiona y al cuadro alternativamente.

—Supongo que si no encuentras una solución te vas a subir por las paredes, ¿no?

—Sí. ¿Cómo lo…?

—¿Cómo lo sé? —Brent sacudió la cabeza—. Porque llevo toda la mañana trabajando en un proyecto sin llegar a ninguna conclusión porque necesito estudiar las formaciones rocosas sobre el terreno. Y si no me equivoco, en ese mismo lugar se pueden encontrar las plantas a las que te refieres. De hecho, fue allí donde las vi por primera vez antes de incorporarlas al diseño. No suelen encontrarse en invernaderos. Linc está cultivando algunas para mí.

—Si pudiera verlas… —sin pensar lo que hacía, Fiona tomó la mano de Brent manchada de pintura y la limpió con el faldón de la camisa—. Espero que no sea una camisa a la que tengas especial cariño. Te compraré otra —empezó a desabrochársela, pero él le sujetó la mano por la muñeca para detenerla.

—No me… —Brent calló bruscamente—. Te vas a manchar.

—Es demasiado tarde para preocuparme de eso.

De hecho Fiona se dio cuenta de que era demasiado tarde para preocuparse de unas cuantas cosas, como por ejemplo, del impacto que podía causarle ver una fracción del torso de Brent. Bajó la mirada para ocultar su turbación.

Estaba segura de que a Brent le gustaban las mujeres menudas con preocupaciones más interesantes que las plantas y sus frutos.

—Deberías darte una ducha —añadió—: la pintura habrá traspasado la camisa. Menos mal que no era de las más caras.

—No te preocupes ni de eso ni de la camisa —Brent vaciló mientras escrutaba el rostro de Fiona—. Has trabajado muchas horas en este cuadro. No debería haberte pedido que pintaras algo para un proyecto en el que no has estado implicada desde el principio. Como ya te dije, no volverá a suceder.

—No importa.

—Claro que importa, pero espero compensarte —Brent se frotó las manos en la camisa—. Había venido a decirte que iba al campo a estudiar las formaciones rocosas. Quizá quieras venir conmigo para fotografiar las plantas o dibujarlas.

Un día junto a él. No. Una salida de trabajo, ésa era la forma correcta de verlo.

—Soy una profesional y deberías ser capaz de resolver el problema sin necesidad de ir de excursión.

—No estoy de acuerdo —Brent la miró con determinación—. Recoge mientras yo me ducho. Pasaremos por tu casa y por la mía por ropa. No olvides las botas de trabajo que llevabas el otro día. Las necesitarás para la caminata que vamos a hacer.

—De acuerdo —dijo ella. No tenía otra opción. Y le estaba agradecida. Asintió mientras miraba de nuevo el cuadro.

—Muy bien —Brent se giró hacia la puerta—. Ah, y pasaremos la noche fuera.

Salió antes de que Fiona reaccionara.

—Ése es un papagayo de cola plana, ¿Lo ves? —Brent señaló la rama de un árbol a la izquierda del camino. Llevaban una hora estudiando la flora y la fauna, y jugando a adivinar cuando desconocían los nombres, aunque Brent conocía casi todos.

Fiona había sacado fotografías y hecho bocetos de las plantas, y lo que era aún más importante, las había estudiado desde todos los ángulos, había explorado su textura, y comprobado el peso y la aspereza de las vainas.

Brent también había manifestado una tendencia a necesitar experiencias táctiles, acariciando las hojas afiladas de un arbusto, tocando y observando en detalle las plantas autóctonas… Su atención

al detalle era lo que, en opinión de Fiona, hacía que sus diseños fueran excepcionales; pero prefirió no imaginar si trasladaba aquella necesidad de tocar a otras facetas de su vida.

El autismo lo convertía en un ser único, especial, y sin embargo él lo rechazaba y prefería mantenerlo oculto. Como ella debía ocultar la atracción que sentía por él. Por eso debía haber rechazado la sugerencia de Brent de pasar el día juntos, pero él no habría aceptado una negativa por respuesta porque parecía convencido de que les iba a hacer bien.

Y no se había equivocado. Lo estaban pasando maravillosamente. El único problema era que Fiona tenía que estar permanentemente en guardia para que sus sentimientos no la condujeran en la dirección equivocada.

—¿Se llama así de verdad o te lo estás inventando? —se sintió orgullosa del tono de broma con el que se expresó—. Creo haberlos oído nombrar, pero como soy una chica de ciudad…

—Se llaman así —dijo él, esbozando una sonrisa de complicidad.

Pero sus miradas se encontraron y el aire se electrizó al instante, cambiando completamente la atmósfera de camaradería que habían creado.

Una parte de Fiona se regocijó con la idea de que Brent no hubiera conseguido enterrar del todo la atracción que despertaba en él como mujer. Pero la parte más racional la recriminó por dejar cabida a una esperanza que sólo podía causarle desilusión y dolor.

La cabeza de Brent sufrió una leve sacudida, pero lo bastante notoria como para que todas las emociones que Fiona había experimentado la noche en que se habían encontrado con su padre emergieran a la superficie.

—Las familias deberían amarse incondicionalmente —las palabras escaparon de su boca—. Ésa es una máxima que no admite excepciones. Tu padre cometió un grave error al rechazarte. Si no fue capaz de ver que eras único y excepcional, al menos debería haberte hecho ver que valías tanto como los demás.

—Puede que no valga menos, pero no cabe duda de que soy diferente —a la izquierda del camino se abrió un mirador. Brent guió a Fiona por unos escurridizos peldaños hasta él y, apoyándose en la barandilla para contemplar el paisaje, añadió—. Formé una familia con Linc y con Alex que me hace verdaderamente feliz.

Fiona estaba segura de que no mentía. Brent era feliz con sus hermanos, y eso era maravilloso.

—Pero eres muy reservado.

—Crecer en un orfanato tiende a hacerte así. Linc y Alex son muy parecidos. Me temo que ninguno vamos a poder librarnos de ese estigma.

—En parte lo entiendo, pero la gente puede cambiar —Fiona sabía que estaba sobrepasando la línea, pero si lo hacía era porque Brent le importaba. Se volvió hacia el paisaje y no pudo evitar hacer un último comentario—. En mi opinión el autismo sólo contribuye a que seas único, a que tu trabajo sea excepcional, así que es un motivo de celebración.

—Eres muy… generosa, y agradezco tus palabras —las agradecía y lo emocionaban.

Continuaron caminando en silencio. Fiona temió haber dicho demasiado, pero las circunstancias de Brent le afectaban de una manera muy profunda.

Aunque había dicho que no tenían nada que ver con las de ella, lo cierto era que había ciertas similitudes. También ella era tratada con displicencia por su familia.

Prestó atención al crujir de las hojas a su paso, a las ramas de los árboles meciéndose en el viento. Los cantos de los pájaros y el zumbido de los insectos resonaban en el aire.

Miró de reojo a Brent y dejó el tema en ese punto porque no tenía nada más que añadir.

—Gracias por el paseo. Ahora creo que podré terminar el cuadro.

—A mí también me ha sido muy útil, así que no ha sido una pérdida de tiempo. Vayamos a casa.

Mientras llegaban a la furgoneta, Brent explicó cómo había comprado aquella casa en las montañas a la que él y sus hermanos acudían cada vez que querían salir de la ciudad.

—Estoy deseando verla.

Brent arrancó y la observó con una mirada en la que Fiona intuyó la incertidumbre, la necesidad de protegerse y la curiosidad. Ella deseó con toda su alma romper las barreras y conocer al hombre detrás de aquellos increíbles ojos verdes, aunque ello pudiera romperle el corazón y aunque Brent, tras besarla, hubiera dejado claro que no quería nada con ella.

—El cinturón.

Brent esperó a que se lo abrochara. Que Fiona supiera que padecía autismo lo incomodaba. En su vida adulta, los únicos que lo sabían eran sus hermanos y habría preferido que siguiera siendo así.

Pero no era eso lo que le hacía sentir el corazón pesado. Aquel abatimiento tenía su origen en lo que su padre había hecho con él, y en el hecho de que se había engañado a sí mismo al creer que lo había superado.

Su mente volvió a concentrarse en la mujer que ocupaba el asiento del acompañante. Era hermosa por dentro y por fuera, y eso se estaba convirtiendo en un problema. Podía haberle dicho que se olvidara del cuadro, pero había elegido pedirle que lo acompañara, y durante el

paseo había buscado cualquier excusa para tocarla.

La noche de la ceremonia la había besado. En el momento, ni siquiera se lo había cuestionado. Se había inclinado y había sentido sus cálidos labios contra los suyos, tal y como había deseado desde el instante en que se conocieron.

El problema era que seguía deseándolo. Deseaba a Fiona y la dulce actitud con la que enfocaba su autismo, la determinación con la que quería comprender… Todo ello la hacía irresistible.

Sus dedos empezaron a tamborilear en el volante.

—¿Está lejos? —preguntó Fiona, mirando por la ventana.

—No, pero prefiero llegar con la luz del día —Brent suspiró—. Pararemos en un pueblo que hay de camino para comprar algo de comer.

La situación no tenía nada de excepcional y así era como debía tratarla. Decidido a pensar de esa manera, Brent aparcó en el pueblo. Compraron un pollo asado, patatas con bechamel y una bolsa de ensalada para la cena; y leche, fruta y bizcocho para el desayuno.

—¡Voy a engordar! —bromeó Fiona. Pero la risa no iluminó sus ojos y Brent recordó que su madre había hecho un inoportuno comentario sobre su sobrepeso, al que en el momento no dio importancia.

Evidentemente, se había tratado de otra de sus críticas, como si creyera que había algo censurable en la voluptuosidad de Fiona. ¡Como si debiera hacer algo por evitarlo!

—No necesitas preocuparte por engordar. Tienes un cuerpo perfecto —dijo.

Fiona lo miró pensativa y lo precedió hacia la caja de la tienda, mientras Brent la seguía sin poder apartar la mirada del vaivén de sus caderas.

Mientras esperaba a que le cobraran sus dedos tamborilearon ininterrumpidamente, pero no hizo nada por evitarlo. Fiona debía verlo y darse cuenta de lo irritante que podía llegar a ser. Por muy comprensiva que quisiera ser, tenía que ver su enfermedad tal y como era, y no a través de cristales de color rosa.

Capítulo 7

—Debería montar el caballete y trabajar en el cuadro.

Fiona había recuperado la inspiración y el entusiasmo, pero también estaba relajada y cómoda tras la escena, durante la que habían charlado de asuntos intrascendentes.

Había temido que dominara la tensión entre ellos, pero no fue así. De hecho, estaban tan a gusto el uno con el otro que daba miedo pensar en ello.

—Ahora sí sé lo que quiero plasmar en el lienzo, aunque signifique empezar de cero.

—Déjalo por hoy —dijo Brent con voz firme—. Descansa. Puedes empezar mañana.

—¿Y tu trabajo?

—Tengo lo que me hacía falta —Brent se tocó la frente—. Voy a dejarlo madurar aquí un par de días antes de ponerlo sobre el papel.

Y cuando tomara forma, plasmaría un diseño espectacular. Su creatividad no tenía límites.

Brent también estaba relajado. Quizá porque halan cenado delante del ventanal donde, casi en silencio, habían contemplado la puesta del sol y la niebla descendiendo sobre las montañas hasta que se hizo de noche. Tal vez se había relajado gracias a que Fiona se había retirado a un segundo plano cuando, al llegar, Brent había guardado la compra y organizado la nevera de manera sistemática, casi militar.

Fiona tuvo la sensación de que actuaba tal y como habría hecho estando sólo, no tanto por la libertad que le otorgaba que conocería su secreto como porque quisiera demostrarle lo que su enfermedad significaba verdaderamente.

—Podemos poner el MP3 que te has traído y escuchar música —sugirió él.

—¡Qué buena idea! Lo he dejado en mi dormitorio por si quería escuchar algo de música al acostarme.

Sería una manera apropiada de prolongar la velada de forma distendida… Y segura.

Fue a su dormitorio, al final de pasillo, y volvió con el aparato de música. Se sentaron en el sofá y la pusieron como fondo de una conversación que siguió en la misma línea que durante la cena. Tras una hora, tomaron un té y la selección musical empezó a ser más movida.

En ese momento pasaron dos cosas: Fiona, que había llevado las tazas vacías al fregadero, regresó al salón bailando sin pensar en lo que hacía. Brent, que la había seguido y había guardado un paquete de galletas en un armario, clavó la mirada en sus sinuosas caderas y al instante sintió despertar su lado masculino con tanta intensidad, que

también Fiona lo percibió.

—¿Quieres… Quieres escuchar más música o ir a la cama? —preguntó ella. Y se mordió el labio por las inoportunas palabras. El rubor le coloreó las mejillas al tiempo que apartaba la mirada para no fijarla en Brent.

Se sentó en el sofá y miró al suelo. No sabía si sentirse más avergonzada por haber bailado, o porque a su jefe le hubiera gustado. O, peor aún, por lo que acababa de decir.

—Lo que querría es bailar contigo —Brent pareció tan sorprendido por sus palabras como la propia Fiona.

Carraspeó y, metiendo las manos en los bolsillos, se sentó en el sofá.

Fiona había aprendido a interpretar ese gesto. Lo hacía para evitar que sus dedos tomaran vida propia. Controlar cada minuto aquello que le salía automáticamente y que más odiaba hacer debía exigir de él un esfuerzo titánico.

—Me encantaría bailar contigo.

—No suelo bailar…

¿Por culpa del autismo? ¿Le causaría problemas de coordinación? Fiona no lo había observado en ningún otro contexto.

—Si no quieres, no tienes que…

Brent la observó durante varios segundos desde detrás de sus pobladas pestañas. Luego se puso en pie y le tendió la mano. Fiona la tomó y la mantuvo sujeta mientras daban unos primeros pasos al compás de la música.

Resultó… agradable. Una corriente de nerviosismo circulaba por debajo de la aparente calma que los dos manifestaban, y Fiona, en lugar de preocuparse por ello, decidió relajarse y dejar que Brent se relajara y disfrutara del instante.

—Supongo que la otra noche bailaste con varios de tus amigos —musitó él—. Me refiero a bailar de verdad. No a esto.

—Tengo suerte de que sea un grupo al que le gusta bailar, y no sólo en pareja —se sentía afortunada, y segura, aceptada tal y como era. Y porque siempre estaba dispuesta a escuchar sus penas amorosas. Pero no quería que Brent sintiera que lo que estaban haciendo no alcanzaba el mismo nivel—. También me gusta esto —quizá las palabras le salieron un poco roncas, un poco jadeantes.

Brent le apretó la mano. Fue un pequeño gesto, y sin embargo, cambió la atmósfera por completo, como si se tratara de la promesa de algo más por venir.

Se separó de ella un momento y cerró las cortinas. Un segundo después, tomaba las dos manos de Fiona y siguieron bailando.

—La noche que te llevé las llaves pensé que estabas con el hombre con el que bailabas —a la vez que Brent hablaba, la luz de la lámpara

parpadeó antes de apagarse.

Los dos miraron hacia la bombilla. La música seguía sonando, pero se habían quedado a oscuras.

—Creo que no tengo más bombillas —la voz de Brent sonó más grave en la oscuridad—. No recuerdo haber visto ninguna en los cajones.

—Ya las buscaremos por la mañana, con la luz del día —dijo Fiona —. Hace años que no bailo en penumbra —mucho tiempo, y jamás como en aquella ocasión. Se esforzó para disimular un temblor en la voz que no tenía nada que ver con el ejercicio físico—. Solía hacerlo a veces con mis amigas. Era la manera de bailar como queríamos sin ser juzgadas.

—Pues entonces, baila en la oscuridad —dijo Brent. Y atrayéndola hacia sí, posó las manos en su cintura—. Y yo me quedaré contigo.

Fiona alzó las manos hacia sus hombros. Parecía lógico aproximarse a él. Dejarse mecer en sus brazos y disfrutar del momento.

La mirada de Brent se había adaptado a la oscuridad lo bastante como para poder percibir la mirada ensoñadora de Fiona y la relajación de sus labios que le indicaron que se habían trasladado a un punto al que no debían haberse permitido llegar. Sabía bien lo que podía o no hacer con Fiona. Y lo que estaba pasando entraba en la categoría del «no».

Debía soltarla en aquel mismo instante y dejar la habitación.

Pero no lo hizo.

No quería hacerlo, y por una vez en su vida iba a darse el capricho de hacer lo que no debía. Sólo por cinco minutos; diez, como mucho. ¿Qué mal podía hacer sujetarla mientras bailaba? No se trataba del fin del mundo; no tenía por qué causarle problemas.

A no ser que sentirla en sus brazos fuera más una necesidad que un deseo… Pero no era así. Por supuesto que no.

Un nervio empezó a pulsar en la base de su cuello, y tampoco quiso pensar en ello ni darle importancia. Prefirió concentrarse en Fiona, aspirar su aroma, moverse con ella. Durante unos minutos consiguió olvidarse de sí mismo y se limitó a ser.

Bailaron durante horas, o al menos eso fue lo que le pareció a Fiona. Brent la miraba fijamente en la semioscuridad. Llegaron las baladas y Brent se acercó aún más a ella, al tiempo que susurraba:

—Pones todo tu corazón en el baile. ¡Es precioso!

Subió la mano desde su cintura, tomó una de las de Fiona y se la llevó al corazón, y para ella fue un sueño sentir aquella conexión física y saber que él la había buscado, comprobar que, aunque fuera en aquel lugar y por un instante, eso era lo que Brent deseaba.

Entrelazó sus dedos con los de él y dejó que el latido de su corazón

marcara el ritmo de sus pasos.

«Confía en mí, Brent. Baila conmigo y confía en que, a mi lado, puedes ser tal y como eres».

Ansiaba de tal manera conseguirlo que casi le dolía físicamente. Anhelaba que Brent llegara a relajarse y ser quien era.

—Tú también bailas maravillosamente.

Quería que Brent la estrechara aún más en sus brazos para que sus cuerpos estuvieran en contacto. Al mismo tiempo sabía que era más seguro mantener cierta distancia porque a muchos hombres, y Brent se lo había demostrado ya en otra ocasión, no les resultaba atractivo el tamaño y la altura de su cuerpo cuando la tenían demasiado cerca.

La canción terminó y comenzó otra, la balada de una conocida película romántica. Brent la trajo hacia sí y al sentir su pecho, sus muslos y sus brazos en torno a ella, Fiona perdió la capacidad de pensar. Bailaron de verdad. Como dos personas sobre el suelo deslizante de una casa perdida en una montaña de un lugar remoto, como lo harían dos amantes.

¿Cómo podía pensar en el trabajo o en que era su jefe el hombre sobre cuyos hombros quería reposar la cabeza y sentirse segura?

Bailaron una canción, y otra, y otra, hasta que Brent posó una mano en la nuca de Fiona y dijo:

—Pensaba parar a los diez minutos. No sabía que fuera capaz de hacer esto. Creía que…

¿Temía hacer algo que le resultara incómodo o embarazoso?

—Me gusta cómo bailas —«y cómo haces muchas otras cosas».

Brent puso su mejilla contra la de ella y se balanceó al compás de la música.

—A mí me gustas tú bailando.

—Pero estamos bailando. Juntos —Fiona enfatizó.

Y tenía razón. Bailaban con el cuerpo y el corazón conectados, envueltos por la música. Precisamente lo que, sin saberlo, Fiona había anhelado: sentirse profundamente ligada a él.

No supo cómo pasó, cuándo dejaron de bailar, quién de los dos movió los brazos para convertir su proximidad en un abrazo. Sólo supo que sucedió, y que la sensación era maravillosa. Fiona no quería pensar en todas las cosas negativas que su familia había destacado en ella sobre su cuerpo y su personalidad. Cuando alzó la mirada hacia Brent, él no intentó ocultar el brillo de deseo y añoranza que había en sus ojos. En ellos Fiona leyó también una pregunta, y la respondió inclinando la cabeza hacia atrás al tiempo que los labios de Brent descendían sobre los suyos.

Él se paró en seco y la besó. Hundió los dedos en su espalda, como si la masajeara, y la besó. Recorrió con ellos sus brazos, por debajo de las mangas de la camisa, que llevaba desabotonadas, y no dejó de

besarla.

Aquél era el tipo de reacción que preocupaban a Brent porque no las controlaba. No le gustaba que le fallaran los mecanismos de control.

Por contra, para Fiona, que hiciera lo que le salía espontáneamente era halagador, porque significaba que a Brent le gustaba tocarla. Se entregó a su boca y a su abrazo, fundiéndose con él, gozando de cada sensación. Le tomó el rostro entre las manos y aspiró su aroma, rogando que aquel beso no acabara nunca.

Cuando Brent la apretó aún más contra sí, mostrando abiertamente cuánto la deseaba, Fiona se derritió.

—Deja que… Necesito… —la voz de Brent sonó ronca y grave.

Cualquier cosa. Lo que quisiera.

—Fiona… —pronunció su nombre, ocultó el rostro en su cabello y aspiró profundamente a la vez que se le tensaban los músculos.

—Brent —ella posó las manos en su espalda y se la masajeó para ayudarlo a relajarla.

Brent hizo un tic con el cuello. Y otro. Otro más.

Suspiró hondo, puso las manos en los hombros de Fiona y, separándose de ella, las dejó caer. Fiona pudo ver las barreras elevándose de nuevo. Brent cerró los ojos, tomó aire y lo exhaló lentamente. Cuando los abrió, la miró fijamente.

—Crees que puedes aceptar mi autismo porque para ti no representa más que una serie de características sin importancia.

—Porque no la tienen. A mucha gente le pasan cosas parecidas.

—Tú no has visto lo que vio mi padre —Brent calló bruscamente como si se hubiera desconcertado a sí mismo—. No tengo nada que ofrecer en una relación… normal. Con mis hermanos he encontrado afecto, atención y cariño, pero no puedo darle nada a nadie más. Sólo te haría daño. Tú te mereces todo eso y mucho más, y yo no podría dártelo. No es por ti…

¿No lo era? Una cosa era que Brent creyera de verdad lo que decía sobre su capacidad de dar a los demás, y era bueno que lo analizara con tanta claridad. Pero en cualquier caso, Brent la rechazaba a ella, igual que su padre lo había hecho con él. Fiona no tenía otra manera de defenderse de ese sentimiento que batirse en retirada y olvidar aquella faceta de su relación con él… para siempre.

—Tienes razón. No saldría bien. Gracias por haber parado las cosas a tiempo. De ahora en adelante, los dos debemos mantener nuestra relación en un nivel puramente profesional, y mantenernos alejados de situaciones como… ésta.

Le dio las buenas noches en un susurro y fue en la oscuridad hasta su dormitorio. Al llegar a la puerta, se dirigió a él en la oscuridad, poniendo toda su concentración en sonar firme y segura, aunque se

estuviera desgarrando por dentro.

—Creo que podré pintar por la mañana. Después de todo, ésa es la razón de que hayamos venido. Y para que tú vieras las formaciones rocosas. Espero que te haya ayudado.

Era verdad que Fiona estaba lista para pintar. Ya no estaba bloqueada porque había encontrado lo que necesitaba: las emociones que tenía que plasmar en el lienzo.

Había encontrado calor, afecto, esperanza y placer.

Brent había intentado borrarlas de un plumazo, pero permanecían en ella, así que las proyectaría y las liberaría en su obra.

Capítulo 8

Fiona se levantó y pintó con todo su corazón y con el de Brent, tal y como ella lo percibía: complejo, tierno, receloso. Un corazón que había negado la posibilidad de intimidad con ella, convencido de que era lo mejor para ambos.

Con ello la había salvado de padecer a la larga un dolor todavía mayor.

Debía estarle agradecida, y adoptar una actitud resolutiva. Pero no podía.

Entregó el cuadro a los clientes, que lo recibieron entusiasmados. Pasó una semana. Brent permaneció encerrado en su despacho o trabajando desde casa, como si intentara evitarla.

El lado profesional de su relación se estaba resintiendo, y Fiona estaba a punto de plantar cara a la situación.

Aparcó el coche, sacó un cuadro pintado a medias y se dirigió hacia la puerta de la casa de los hermanos MacKay. Cuando alargaba la mano para llamar al timbre, sonó su móvil.

—He estado trabajando en el proyecto del que hablamos el viernes —la voz de Brent perforó su oído—. Tengo los diseños sobre la mesa de mi casa y me gustaría que les echaras un ojo. ¿Vas de camino a la oficina? ¿Te importaría pasarte por aquí?

—Pues…, claro —la determinación de Fiona se evaporó. Brent realmente había estado concentrado en el proyecto y no evitándola. ¡Qué arrogante había sido al creer que estaba queriendo marcar distancias!—. Precisamente quería que vieras un cuadro que he empezado. Estoy en la puerta de tu casa. Iba a llamar.

Confiaba en que Brent no atribuyera ninguna otra intención a su visita.

Tras una breve pausa, Brent dijo:

—Muy bien. Bajo a abrirte.

Unos segundos después le hacía entrar y con una mirada pareció registrar toda la información que necesitaba sobre su estado de ánimo.

—Sube. Debía haberte pedido que vinieras antes —caminó sin mirarla—. Necesitaba tu opinión.

—Tenemos que mantener una buena relación de trabajo —Fiona eliminó toda incertidumbre de su tono—. Debe quedar al margen de todo lo demás.

—Precisamente… Todo lo demás debe quedar al margen.

Al instante, Fiona se sintió mucho mejor a pesar de saber que no era sensato alegrarse de que Brent sonara tan poco convencido como ella.

Subieron a su apartamento. Brent tenía los bocetos en una nítida fila que alcanzaba de un extremo del salón al otro.

Brent se detuvo bruscamente y se frotó la nuca.

—Es la mejor forma de verlo en conjunto.

—Tienes toda la razón —dijo Fiona sin titubear. Y le agradó ver que Brent relajaba los hombros.

—Deja que te sujete el cuadro. Quiero verlo.

Brent apoyó el cuadro en el respaldo de una silla y lo contempló mientras Fiona se lo explicaba. Brent comenzó a asentir y un brillo prendió en sus ojos.

Entonces la tocó por primera vez en días, asiéndole el brazo con fuerza a la vez que sonreía y la llevaba a ver el primero de sus bocetos.

—Intuía que estaba en el buen camino. Ahora que he visto tu cuadro, estoy seguro de ello. Hacemos…

No concluyó la frase, pero Fiona, que estaba mirando su trabajo, supo lo que iba a decir: «Hacemos un buen equipo». Y tenía razón.

Era una lástima que… ¡No, no lo era! Tenían lo que tenían y debía bastarle.

Se arrodilló para contemplar los dibujos. Brent había hecho un collage con distintas imágenes y anotaciones.

Su visión del proyecto estaba perfectamente definida, y la de ella encajaba a la perfección.

Saberlo le produjo un placer comparable a cualquier otra forma de intimidad.

Estudió con voracidad el resto del trabajo, hablaron, comentaron, se plantearon preguntas, y Fiona olvidó todas sus preocupaciones para sumergirse apasionadamente en la conversación, hasta que tuvo la certeza de entender el concepto en profundidad.

—Me alegro de que entiendas lo que quiero hacer y que coincidas conmigo —Brent le tendió la mano para ayudarla a incorporarse.

Fiona vaciló una fracción de segundo antes de tomarla, diciéndose que no lo hacía más que por cortesía. Se le habían dormido las piernas. Miró el reloj.

—¡Qué tarde se ha hecho! En la oficina deben estar preguntándose dónde me he metido.

Brent le apretó la mano y la ayudó a ponerse en pie. Fiona había trabajado de rodillas, respetando sin el más mínimo titubeo su necesidad de tener los planos desplegados en el suelo, aceptando una incomodidad que él ni siquiera se había cuestionado cuando le había asaltado la necesidad de que fuera a verlos. Ni siquiera era consciente de cuándo había decidido que necesitaba que los viera.

¿Tan desesperadamente lo habría necesitado? ¿O había necesitado otra cosa: sus manos unidas, tenerla cerca, volver a conectar con ella a través del trabajo?

Empezaba a pensar que Fiona tenía razón cuando decía que él

volcaba en sus proyectos las emociones que reprimía en otras áreas de su vida.

Y la tenía ante sí, respetando su autismo y los síntomas que lo marcaban. Y entregándose con todo su corazón.

No podía acercarse a ella emocionalmente. Había bajado lo bastante las barreras con ella como para no haberle preocupado lo que pudiera pensar de su obsesiva manera de trabajar. Y eso lo ponía aún más nervioso, porque dificultaba su lucha contra la creciente atracción que sentía hacia ella.

Entre ellos circulaba una corriente de pensamientos censurados e interrogantes que ambos se esforzaban por ignorar. Y él, con sus acciones, estaba demostrando su fracaso.

Había querido hacer el amor con Fiona en la montaña, pero con ella la experiencia sería demasiado intensa como para poder ejercer ningún control sobre sus reacciones espontáneas.

En cualquier caso, no tenía sentido pensar en hacer el amor con ella porque nunca sucedería.

Apretó los labios.

—Deberíamos ir a la oficina —dijo. Se había equivocado llamándola y pasando tanto tiempo con ella—. Imagino que querrás trabajar algo más antes de que acabe el día.

—Tienes razón —Fiona se sacudió el polvo de las rodillas y tomó el cuadro. También ella parecía darse cuenta de que se habían dejado llevar por el entusiasmo, y de lo fácil que habían vuelto a compartir un terreno común de intimidad.

Pero lo cierto era que habían aprovechado el tiempo y trabajado magníficamente juntos.

—Fiona…

—Me alegro de que volvamos a intercambiar ideas —su sonrisa, aunque animada, no llegó a iluminar sus ojos—. Después de… bueno, lo que pasó… A veces las circunstancias… Ahora ya lo hemos resuelto, ¿verdad?

Si era así, por qué la atracción que sentían el uno por el otro era tan fuerte que casi podía tocarse.

Iría diluyéndose a medida que fueran aceptando el papel que les correspondía. Seguro que sí.

Brent pensó que debía estar agradecido a la sensatez de Fiona, pero no podía evitar la sensación de que ninguno de los dos era del todo sincero.

—Me voy. Nos vemos en la oficina —Fiona fue hacia la puerta y Brent… no se lo impidió.

Era lo mejor.

En ese momento sonó su móvil. Podía haberlo ignorado, pero acostumbraba a comprobar quién llamaba por si era uno de sus

hermanos. Contestó enseguida.

—¿Qué hay Linc?

—Hay un incendio en uno de los almacenes. Acabo de verlo en la televisión que tiene Cecilia en el despacho del invernadero —dijo su hermano precipitadamente al otro lado—. No estoy seguro del todo, pero me ha parecido uno de los almacenes de Alex. Voy de camino, pero todavía tardaré en llegar.

—Nos vemos allí —Brent tomó las llaves del coche y fue hacia la puerta sin dejar de hablar—. ¿Has intentado hablar con él?

—Sí, pero no lo he conseguido ni en el fijo ni en el móvil —Linc maldijo—. Tengo que colgar. Hay niebla y esta mañana he estado a punto tener un accidente.

—Conduce con cuidado, Linc —terminaron la conversación y Brent ya salía a la calle cuando se dio cuenta de que Fiona lo seguía con el cuadro en la mano.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

Bajaron las escaleras mientras Brent se lo explicaba.

—Tengo que encontrar a Alex. Tengo que asegurarme de que está bien.

«Mi hermano tiene que estar a salvo».

Ese pensamiento le hizo darse cuenta de cuánto quería y necesitaba a sus hermanos. Eran las dos únicas personas que no lo habían rechazado, que lo querían a pesar de su enfermedad y con los que había formado una familia unida por lazos mucho más profundos que los de la sangre.

«Tampoco a Fiona le importa tu enfermedad, pero tú no le dejas acercarse. Y ella también tiene una historia familiar compleja, con unos padres que no la cuidan como se merece. Porque Fiona es perfecta…»

—Deprisa, Brent. Tenemos que localizar a Alex —Fiona subió a la furgoneta y tiró el cuadro en el asiento de atrás descuidadamente.

Brent no había contado con su compañía, ni siquiera había pensado en ello. Se volvió hacia ella y el gesto de preocupación que vio en su rostro lo enterneció al tiempo que sus temores por el estado de Alex se multiplicaron.

—No hace falta que…

—Pero quiero ir —lo interrumpió Fiona sin titubear.

Tenía que estar con Brent hasta que encontrara a su hermano. No había vuelta de hoja. Por una vez, no estaba dispuesta a renunciar a lo que necesitaba hacer, así que Brent tendría que hacerse a la idea.

—¡Deprisa, Brent!

Brent condujo apretando el volante con fuerza y con la mente puesta en su hermano. A Fiona le encantaba verlo cuando se concentraba tanto, porque sólo llegaba a ese estado cuando sus

sentimientos estaban implicados. Quizá no se daba cuenta, pero era innegable.

—Alex me dio muchos quebraderos de cabeza cuando lo saqué del orfanato —explicó Brent, como si recordara en ese mismo momento—. En cuanto cumplió los dieciséis años vino a buscarnos a Linc y a mí. Como yo era el mayor estaba más asentado —sonrió con tristeza—. Alex, siempre tan arrogante… Pero acabó amoldándose, y durante los últimos años he llegado a acostumbrarme a disfrutar de una situación económica saneada, a que estuviéramos a salvo…

Aquellos logros habían sido esenciales para tres hombres que durante años habían luchado contra su propio destino. Y juntos habían construido una casa común para permanecer unidos. Por eso para alguien como Fiona, eran una familia ejemplar.

—Ojalá mi familia se pareciera más a la que formáis Alex, Linc y tú —dijo, pensativa.

Su familia era incapaz de darle lo que debería proporcionarle automáticamente, por el mero hecho de serlo: amor. ¿No se darían cuenta de que los necesitaba? ¿Le devolverían el amor que tanto ansiaba si ella les daba todo del que era capaz?

Brent aparcó y bajaron. Tuvieron que dejar el coche a cierta distancia. Brent la tomó por el brazo y recorrieron la distancia al trote, sorteando a los curiosos que se arremolinaban en la acera.

Cuando ya llegaban, Brent suspiró profundamente.

—El incendio no es en su edificio.

Sacó el móvil y llamó.

—No contesta.

Alcanzaron la zona acotada por una cinta de seguridad a tiempo de ver a varios bomberos tiznados de negro saliendo del edificio en llamas. La visión era aterradora: dos bomberos con máscaras con dos empleados de la fábrica en brazos, las llamas elevándose a su espalda, el ruido del edificio colapsando…

—Ahí está, gracias a Dios. Podía haber muerto —dio un paso adelante—. Esto no es lo mismo que jugar a esperar en las vías la llegada de un tren. El fuego es impredecible.

Tomó a Fiona de la mano y pasó por debajo de la cinta de seguridad.

—¿Alex hacía eso? —Fiona no necesitó escuchar una respuesta que sabía afirmativa.

Alguien les gritó que no podían pasar, pero Brent no prestó atención. Mantenía la mirada fija en su hermano. Llevaba el rostro y el traje manchados de negro. Acababa de ayudar a una mujer a incorporarse levemente para darle de beber. Luego, con delicadeza, dejó su cabeza reposar de nuevo sobre el suelo, intercambió unas palabras con ella y cuando se acercó un camillero, le dejó su lugar.

—La mayoría de la gente hace un curso de formación antes de entrar en un edificio en llamas —Brent sonó tranquilo, pero Fiona intuía que estaba haciendo un gran esfuerzo para dominar sus emociones. Estrechó a Alex en un fuerte abrazo antes de separarlo el largo de los brazos y estudiarlo atentamente—. ¿No estás herido? ¿Por qué has entrado?

—Debía haber imaginado que me encontrarías antes de que pudiera limpiarme —dijo Alex con sorna—. Al menos no has venido a darme el sermón de que me aleje de los trenes y… —miró a Fiona, azorado.

—Acabo de contárselo —dijo Brent, sacudiendo la cabeza como si lo amonestara, pero sin perder la calidez en la mirada.

Fiona pensó súbitamente en los cuadros de Alex, en su estilo y colorido, y unió esa información con la de los trenes para llegar a una conclusión: *grafitis*…

—Veo que causaste a tu hermano muchas preocupaciones mientras ibas en busca de inspiración para tu… obra, Alex.

—Algo así —inclinó la cabeza con una tos nerviosa que se agudizó.

Brent le sacudió el hombro con firmeza.

—¿Has hablado con el personal médico?

—Sí. Y me han dicho que no vaya a trabajar, lo cual es una tontería porque sólo tengo un poco de tos. Sólo necesito una ducha y cambiarme de ropa —se giró hacia el edificio—. Menos mal que ha salido todo el mundo. Han sacado a los dos últimos justo cuando llegabais.

—Y tú necesitas descansar —Brent frunció el ceño—. Necesitas a Rosa, ella sabrá cómo cuidar de ti.

Siguió una acalorada discusión sobre si Alex debía descansar o hasta qué punto necesitaba los cuidados de Rosa. Entre tanto, habían llegado a la furgoneta y Fiona ocupó el asiento de atrás para que los hermanos siguieran discutiendo delante.

Brent hizo una llamada con la que, por más que Alex protestara, la conversación se dio por zanjada.

Fiona sonrió para sí mientras miraba las cabezas de los dos hermanos. Al ver que la de Brent giraba a menudo hacia su hermano, como si necesitara asegurarse de que el más joven de los MacKay estaba bien, la invadió una inmensa ternura.

—¿Cómo ha empezado el fuego? —preguntó Brent cuando llegaban a su casa—. ¿Y por qué has acabado interviniendo? Por tú aspecto, diría que has hecho más de un viaje al interior.

—Media docena. Pero he tenido mucho cuidado —Alex explicó que había visto el inicio del fuego desde su oficina, que había llamado a los bomberos y luego había ido directamente.

Brent asentía, pero era evidente que intentaba dominar el pánico

que le causaba el peligro que su hermano acababa de correr. Finalmente, tras meter el coche en el garaje y parar el motor se volvió hacia Alex y dijo:

—Entiendo que no pudieras comportarte de otra manera y que has salvado varias vidas, ¿cómo voy a recriminarte que hayas actuado así? ¡Menos mal que no te ha pasado nada!

Cuando bajaron, Brent marcó un número.

—¿Linc? Sí, está bien. Sólo tiene los pulmones llenos de humo. Ven a casa.

Fiona vaciló cuando llegaron a la puerta.

—Puedo acercarme a la oficina a hacer acto de presencia. No quiero entrometerme en una reunión familiar…

—Quédate —dijo Alex mirándola a ella y luego a Brent con una expresión inquisitiva que Fiona no supo interpretar.

Brent apretó los labios y subió los peldaños que los separaban de la puerta.

—Fiona y yo estábamos trabajando en un proyecto, por eso no hemos ido a la oficina —se giró hacia ella y añadió—. Iremos juntos cuando llegue el momento.

La expresión de Alex cambió sutilmente. Lo que Brent había querido aclarar ayudó a Fiona a entender en qué consistía el mudo intercambio entre los hermanos.

Alex había pensado que ella y Brent habían pasado la noche juntos, y por cómo los miraba, parecía estar deseando no equivocarse.

¿Por qué? Bueno, era el comportamiento propio de los solteros. Quizá era mejor no saber la razón. Fueron directamente al apartamento de Alex. Éste dejó sobre una mesa su móvil, que estaba destrozado, lo que explicó al instante la imposibilidad de contactar con él cuando lo habían intentado.

Se abrió la puerta y apareció Linc.

—No podía dejar de pensar en la vez que nos quedamos encerrados en el orfanato y se produjo un incendio. Creí que moriríamos asfixiados antes de que decidieran que era «seguro» abrir las puertas —mientras hablaba se acercó a su hermano, examinándolo con ojos escrutadores—. ¿Estás bien?

—Quiero que se duche y se quite el hollín —Brent intervino antes de que Alex contestara—. Cuando venga Rosa, puede ir a ver si…

—No. Rosa no puede venir y ver nada. Nada —añadió Alex, y suspiró al ver entrar a una mujer de mediana edad que sacudía la cabeza—. Y sí, Linc: estoy bien.

—Alex, Alex, ¡estás horroroso! —dijo Rosa, chasqueando la lengua —. Quítate la ropa y date una ducha —llevaba una bolsa de la compra y fue directa hacia la cocina mientras los tres hombres se quedaban donde estaban—. ¿No me has oído, Alex? Para cuando caliente la

sopa, tienes que estar listo.

Fiona tuvo que contener la risa.

—Rosa vive cerca —dijo Brent, como si sirviera de explicación.

Alex se fue obedientemente, y Linc llenó el silencio con una batería de preguntas.

Cuando el hermano más joven reapareció, Fiona no pudo evitar preguntarle:

—¿No tienes ningún corte?

—No. Sólo algunos moretones y algunas quemaduras, sobre todo en el pelo —sonrió con picardía—. Eso es lo peor. Tengo que estar guapo para las chicas.

Fiona rió.

Rosa dijo que ella arreglaría los trasquilones de Alex y, tras muchas protestas, consiguió que se sentara en el sofá y que le dejara recortarle el cabello.

Aquella mujer era una joya. No era difícil comprender que los tres hombres valoraran tanto a su asistenta, que se comportaba con ellos como una verdadera madre.

—Ahora podéis dejarme en paz —dijo Alex cuando Rosa terminó —. Puede que hasta me eche un rato.

Fiona no le creyó, pero podía entender que le agobiara seguir siendo centro de atención.

—Pienso quedarme toda la tarde —dijo Rosa con determinación—. He traído el punto —añadió, señalando la bolsa—. Si pasa algo, te llamaré, Brent.

—Muy bien. Hacía tiempo que no pasábamos por esto, ¿verdad, Rosa? —Brent sonrió y agarró a su hermano por el hombro—. Acepta que estemos pendientes de ti, ¿vale? Al menos Rosa sabe cómo hacerlo.

—Cuídate, Alex —dijo Fiona, y se volvió hacia Brent.

Cuando se iban, vio de reojo cómo Linc abrazaba a su hermano y le daba un beso en la frente como si fuera un niño pequeño, y una vez más le emocionó el amor que se profesaban y al mismo tiempo, las tristes circunstancias que les habían hecho unirse tan profundamente.

¿Podrían amar de la misma manera a una mujer? Estaba claro que Rosa era una excepción en sus vidas ¿Podrían aprender a dar y a recibir? ¿Querría Brent que ella lo ayudara?

«¡Qué estupidez! Brent no te ha manifestado la más mínima señal de sentir algo por ti».

Ni ella por él. Sólo se trataba de afecto, no de amor. Y de que le resultaba atractivo como hombre, lo cual complicaba un poco su relación.

Pero ya habían trazado las líneas que no debían sobrepasar y debía darse por satisfecha. Era lo mejor para todos.

Tras dar Brent unos últimos consejos a su hermano que no quería recibir ni uno más, pero que parecía necesitado de un profundo descanso, se marcharon.

Capítulo 9

—Alex se ha recuperado, pero fue muy valiente arriesgándose para salvar a esa gente —Fiona estaba en una cafetería del centro de la ciudad, con su madre y sus hermanas.

Era viernes por la tarde, el día en que las mujeres de su familia solían reunirse, aunque hacía meses que ella no había sido invitada.

Fiona había aprovechado un vacío en la conversación para hablar de su trabajo y contar la aventura de Alex, pero ninguna de ellas mostró ningún interés.

Hiciera lo que hiciera, aunque se esforzara por demostrar a su madre, a Kristine y a Judy cuánto las quería, no conseguía más que la reacción habitual: que la miraran como si fuera una extraterrestre.

Brent había tenido que ir a trabajar a aquella parte de la ciudad y se había ofrecido a llevarla. Luego la recogería.

Pero Fiona sentía que había sido una total pérdida de tiempo. Se quedó callada.

—He oído que tu puesto en el banco ha quedado libre —su madre dio un sorbo al café y se quedó mirando la taza en suspense, demostrando una vez más que no entendía a su hija.

—Espero que encuentren a la persona adecuada —dijo Fiona en tensión, aunque al mismo tiempo se decía que tal vez no era justo irritarse con sus hermanas y su madre por el desinterés que mostraban hacia sus cosas.

«Pero es que mi madre intenta hacerme encajar en un molde que no me corresponde».

Ese pensamiento se cruzó con la imagen de Brent tamborileando los dedos, tal y como Fiona imaginó que estaría haciendo en aquel momento de haber sido testigo de la escena.

Su madre tomó el bolso en un gesto que indicaba que era hora de marcharse. Fiona suspiró. Tendría que esperar a Brent unos diez minutos.

—Antes de que te marches, mamá, quiero darte mi regalo de cumpleaños.

Fiona tomó el cuadro envuelto en papel que había apoyado detrás de la silla. Había puesto en él todo su corazón. Se trataba de un paisaje de delicados colores, a juego con los tonos dominantes en el salón de su madre.

—Sé que tu cumpleaños no es hasta la semana que viene, pero quería que pudieras colgarlo ese día.

—Te has anticipado —su madre rasgó una esquina del papel, observó la pequeña parte que quedó a la vista y volvió a cubrirla—. Ah, uno de tus cuadros. Ya veré qué hago con él.

Fiona se sintió destrozada. Tuvo la tentación de quitarle el cuadro,

descubrirlo, y explicarle lo que significaba y el tiempo que le había dedicado, pero sabía que no tenía sentido. Nunca podría hacer nada qué la reconciliara con su familia. A nadie le gustaba que fuera diferente.

No tenía sentido seguir negando la evidencia. Brent había sufrido eso mismo, pero de forma mucho más dramática. No era de extrañar que su dolor le impidiera abrir su corazón y arriesgarse a ser herido.

Forzó una sonrisa y se puso en pie. Pagó su parte en la caja y vio partir a su madre y a sus hermanas en distintas direcciones.

Fiona sentía una presión en el pecho, allí donde llevaba tantos años intentando aceptar que no tenía una familia cariñosa, o que al menos no lo era con ella, y que mientras los demás se sentían cómodos con aquella frialdad, a ella le provocaba malestar e inseguridad.

—¿Fiona? —Brent posó la mano en su hombro—. Creía que tendría que esperarte.

—No te había visto —dijo ella, confiando en que él no hubiera podido ver en su rostro la desilusión que sentía—. ¿Has terminado de trabajar?

—Sí, me ha llevado menos tiempo del que calculaba. He estado mirando escaparates mientras te esperaba.

Fiona alzó la barbilla y se obligó a sonreír.

—Gracias. Podemos irnos cuando quieras. Y gracias por haberme traído.

—No ha sido ninguna molestia —la voz de Brent sonó extremadamente grave, que era el tono que usaba cuando se preocupaba por Fiona.

Y que intuyera que no se encontraba bien la conmovió profundamente. Tanto, que lo ojos se le llenaron de lágrimas y tuvo que desviar la mirada para que él no lo viera mientras caminaban hacia la furgoneta.

Creyó haber conseguido disimular hasta que Brent, sentado tras el volante se volvió hacia ella antes de arrancar.

—¿Piensas contármelo o tengo que adivinar? —preguntó, mirándola inquisitivamente.

—Mamá ha echado un ojo a una esquina del cuadro, lo ha tapado y ha sugerido que habría preferido algo más práctico —no tenía sentido ocultar la verdad cuando Brent la había adivinado por sí mismo—. Tampoco le ha hecho gracia que se lo diera por adelantado. Lo hago todo mal. Está claro que no aguantan que sea distinta al resto de la familia.

—Era un cuadro precioso al que le habías dedicado un montón de cariño y de tiempo. Además, los regalos de cumpleaños adelantados son los mejores —Brent tamborileó sobre el volante, y su cabeza se

giró hasta tres veces en un tic nervioso, antes de que añadiera—: Tu madre debía haberlo apreciado. Tenía que haber…

—¿Igual que tu padre te aceptó tal y como eras? —Fiona fijó la mirada en una cola de gente que se había formado ante la puerta de un restaurante—. Mi familia tiene un sentido muy práctico de la vida y les cuesta relacionarse conmigo porque soy diferente. Mis gustos no coinciden con los suyos. Debería haber elegido otro regalo. La próxima vez, lo haré —suspiró—. Pero acabo de aprender una lección: no puedo pretender que mi relación con ellos cambie. Y eso hará que en el futuro, sufra menos.

—Ésa es una lección que alguien como tú no debería aprender nunca —los labios de Brent se apretaban en un rictus de indignación contenida—. Tú eres cariñosa y buena. Mereces que te amen.

—La forma en que Charles te trató te ha dejado en una situación parecida, aunque mucho más profunda. Ha determinado tu relación con el mundo, lo que estás dispuesto a… —iba a decir «compartir», pero se detuvo.

El rostro de Brent reflejó al mismo tiempo sorpresa, desconcierto y un anhelo que hizo desear a Fiona tomarlo en sus brazos y acunarlo.

Habría querido acurrucarse junto a él y olvidar el mundo exterior, pero sabía que la intensidad de ese sentimiento era peligrosa, así que cambió de tema.

—Bueno, da lo mismo. Será mejor que nos vayamos.

Brent vaciló antes de señalar un restaurante que tenían delante.

—¿Te apetece cenar? Tenemos un largo recorrido hasta casa y Linc me ha dicho que ahí tienen un marisco espectacular.

De haber percibido la más mínima compasión en Brent, Fiona hubiera rechazado la oferta. Pero sólo percibió el deseo de seguir en su compañía, aunque ese mismo deseo le inquietara tanto como a ella.

—¿Te gusta el marisco? —preguntó Fiona.

—¡Me encanta! —dijo él enfáticamente.

—Muy bien. Cenemos. Pero sólo porque vamos a llegar tarde a casa —al menos pasarían más tiempo juntos y Brent, aunque evitara toda intimidad con ella, nunca le transmitía la frialdad de su familia. Y si Fiona necesitaba algo en ese momento era calidez humana.

—Perfecto —Brent esbozó una sonrisa de alegría que no estaba seguro que debiera sentir.

Pero lo cierto era que no quería dejar sola a Fiona en un momento como aquél… Y que quería gozar de su compañía.

Fiona se mordió el labio por si había aceptado la invitación con demasiado entusiasmo, pero el caso era que ya no podía echarse atrás. Además, ¿qué mal había en que cenaran juntos?

—Llevamos la ropa de trabajo —señaló, aunque sabía que no importaba.

Brent llevaba vaqueros y una camisa azul, y ella una de sus faldas de vuelo y una camisa rosa que se ajustaba a sus curvas. Estaba…

—Bueno, no estamos mal —añadió con una sonrisa—. A no ser que necesites ponerte corbata…

—Supongo que sí, pero eso no es un problema —Brent abrió la guantera y sacó una corbata azul—. Linc siempre lleva una de emergencia.

—¿Quieres que te haga el nudo? —ofreció Fiona.

Brent accedió, y disfrutó con el roce de sus dedos en el cuello y con la expresión de satisfacción con la que contempló el trabajo terminado al tiempo que daba una palmadita sobre el nudo. Sí, lo disfrutó en la misma medida que le gustaba que Fiona hubiera actuado sin pensarlo, con la espontaneidad con la que hacía aquello que quería.

«No seas ingenuo sintiéndote feliz al pensar que de verdad le interesas, MacKay. Deberías preocuparte y marcar distancias».

Brent frunció el ceño y abrió la puerta. Los dados estaban echados. No podía seguir analizando cada paso que daba.

En cuestión de minutos estaban sentados en una mesa al borde de la pista de baile. En aquel momento no bailaba ninguna pareja, pero Brent pudo imaginar a Fiona en el centro, moviéndose al compás de la música.

—¿Marisco para los dos? Hay una gran variedad —dijo Fiona, dejándole ver la carta. Inclinaron la cabeza para estudiarla hasta que llegó la camarera y le indicaron la selección que habían hecho.

Luego Brent volvió su atención hacia su… ¿Cómo llamar a su acompañante en una cena con baile? ¿Y por qué asumía que bailarían?

La tensión creció en su interior al tener ese pensamiento, pero al cabo de unos segundos desapareció y volvió a sentirse cómodo. Sonrió a Fiona, que también parecía más animada. ¿Y no era ésa la razón de que estuvieran allí?

Sus miradas se encontraron y una corriente de muda comprensión pasó entre ellos que hizo estremecer a Fiona. En su interior bullían sentimientos contradictorios: la desilusión por su familia, pensamientos relacionados con la situación de Brent, la alegría de estar con él, las alarmas que saltaban cuando sentía esa alegría…

Brent se había echado atrás la última vez. Después de besarla no había querido… ¿Y si aquella noche sí quería? ¿Podía ella permitirse que sus sentimientos se intensificaran sabiendo que él no podía corresponderla? Si Brent se sentía atraído por ella a ciertos niveles, pero no a otros, ¿quería saberlo?

«Como si pudieras elegir si quieres o no sentir algo hacia alguien, Fiona».

Esa creencia le había funcionado un tiempo. Había creído estar a

salvo. Y lo estaba. Aquella cena no era más que una cita excepcional debida a la hora, a que Brent quería animarla y a que estaban lejos de casa. No había nada de romántico en ella.

Y sí, también era cierto que le gustaría aprovechar la oportunidad para hablar con él de su situación porque Fiona estaba cada vez más convencida de que Brent no la había superado. Al menos no completamente.

—Se nota que la música forma parte de ti.

Las palabras de Brent sacaron a Fiona de su ensimismamiento, que sólo entonces se dio cuenta de que estaba balanceándose al tempo que marcaba la música.

—Me encanta la música de todas las épocas —comentó ante la atenta mirada de Brent.

Llegó la comida y Fiona rió ante la enorme cantidad que habían pedido.

—No te preocupes, la acabaremos —Brent sonrió—. No tienes ni idea de cuánto soy capaz de comer —tomó la tenaza para abrir la langosta—. No sé si te diste cuenta de que cuando dejamos la casa de la montaña no quedaba ni una miga de lo que habíamos comprado.

Tenía razón, Fiona no lo había notado.

—Debiste comerlo por la noche.

—Sí, me temo que soy un comilón de madrugada —Brent probó la langosta—. Es cuando tengo más hambre.

—Por eso te comes las provisiones de chocolate de los demás —bromeó Fiona—. Que conste que no me importó. Sólo me di cuenta porque dejaste más de los que tenía originalmente.

Brent la miró fijamente.

—No me di cuenta de que los había comido todos hasta que vi los envoltorios sobre la mesa.

—¿Te los comiste mientras explorabas el programa de gráficos? —Fiona dio un sorbo al vino mientras se preguntaba si Brent era consciente de lo que implicaba que estuviera dispuesto a hablar con ella de sus peculiaridades de una manera tan relajada—. Debía habértelo enseñado yo misma.

—Lo pasé bien curioseando.

Brent demostró que era capaz de comer en grandes cantidades, y charlaron amigablemente, hasta el punto que Fiona logró dejar de pensar en lo que Brent estaría pensando o en si estaba bien lo que estaban haciendo.

—Bailemos —Brent se puso en pie y le tomó la mano.

Fiona sintió al instante que todo su cuerpo reaccionaba. Brent bailó con ella sujetándola de las manos hasta que, al cabo de unos minutos, las apoyó en sus caderas y se quedó prácticamente paralizado mientras ella apoyaba las suyas en sus hombros y se mecía con la

música. Cerró los ojos y deslizó una mano hasta el corazón de Brent, entregándose al instante con toda su alma.

Sólo serían unos segundos… Nadie tenía por qué sufrir.

Capítulo 10

Brent contempló a Fiona mientras bailaba con los ojos cerrados. Era tan hermosa y él la deseaba tan intensamente…

Consiguió dominar sus movimientos reflejos y la tensión de su cuello y sus hombros para disfrutar del roce de Fiona. Su cabello olía a melocotones y caía sobre sus mejillas y su cuello como una cortina de seda. Le gustaba así, al final del día, sin lápiz de labios y con algunas arrugas en la ropa. Le gustaba verla bailar y que bailara con él.

En algún momento de la velada, las circunstancias habían adquirido una naturaleza distinta a la que se había propuesto inicialmente, y debía admitir que la culpa era suya.

Le había pedido que bailara con él porque ansiaba tocarla. Había querido consolarla tras el encuentro con su madre, pero ni siquiera había mencionado el episodio desde que llegaron al restaurante.

Brent la acercó levemente hacia sí. Sentía cada movimiento que ella hacía, cada sensual contacto de sus cuerpos. Fiona alzó la mirada con ojos brillantes. El resto de las personas que había en la pista se nublaron y Brent sólo tuvo ojos para ella.

—Me encanta cómo bailas —le dijo Fiona al oído.

Sus senos rozaban el pecho de Brent y éste, dando un suspiro la rodeó por la cintura y se movió con ella, con la sensación de sostener en sus brazos… un hogar, aunque ni siquiera supiera qué significaba esa palabra.

—A mí me gusta cómo bailas tú —su aliento acarició la oreja de Fiona.

La línea que los separaba era tan tenue que podía traspasarse en cualquier momento.

El suspiro de Fiona rozó la mejilla de Brent. Un suspiro de placer por lo que estaban haciendo y por sentir la proximidad de Brent.

Él se preguntó cuánto tardaría en perder la sensación de calma y en tener que concentrarse en controlar sus movimientos. Hasta que sucediera, se dio permiso para disfrutar del momento y de la deliciosa sensación de sentir sus torsos y sus piernas en contacto mientras bailaban. Quiso cerrar los ojos y dejarse llevar por la cadencia de la música. Y lo hizo.

Queriendo consolarla por el disgusto que le había causado su madre, y aunque no sabía en qué momento, Brent había bajado la guardia, había dejado caer las barreras. Y lo peor era que ni siquiera le importaba lo suficiente como para intentar volver a erigirlas.

Bailaron y aunque Brent apenas se movía, Fiona no recordaba haber experimentado nada tan maravilloso porque Brent no sólo bailaba con ella, sino que le hacía sentir que no había nadie más que ella en el mundo.

Fue inevitable que cada vez bailaran más juntos, que siguieran bailando de la misma manera aunque el tempo de la música variara, que Brent posara su mejilla en la de ella y subiera una de sus manos hasta el hueco entre sus omóplatos, y bajara la otra a la curva de su cintura con su trasero.

La atención de Brent logró hacer olvidar a Fiona su sensación de fracaso con su familia. Por contraste, él la aceptaba tal y como era, y aunque no quería aceptar la atracción que sentía por ella, al menos en aquel instante lo estaba haciendo. Y Fiona, por más que temía pecar de ingenua, quiso creer que quizá no fuera un sentimiento pasajero.

Le rodeó el cuello con los brazos. Permanecieron en silencio, con los ojos clavados el uno en el otro, bailando lentamente, hasta que, sin decir palabra, Brent la tomó de la mano y Fiona se limitó a dejarse llevar fuera de la pista, al exterior, hasta su furgoneta.

Ya en la carretera, Brent le tomó una mano y la pegó a su muslo.

—Había pretendido hablar de tu familia…

—¿No prefieres hablar de Charles…?

Brent aparcó el coche en el aparcamiento que había en el exterior de la urbanización de Fiona y se quedaron callados. La necesidad de hablar interfería con otros deseos más instintivos. Al no saber cómo actuar en ninguno de los dos sentidos, Fiona acudió a los buenos modales.

—Gracias por una velada maravillosa —a ciegas, buscó la manilla para abrir la puerta y bajó.

Brent había aparcado en el extremo más alejado de la casa. Estaba poco iluminado y reinaba un silencio total. Fue hasta el lado de Fiona y cerró la puerta después de que ella bajara.

—¿A qué estamos jugando, Fiona?

¿Abrió él los brazos o fue ella quien se acurrucó en ellos? ¿Tenía alguna importancia? Era inevitable que se fundieran en un abrazo.

—No sé que estamos haciendo —dijo ella, mirando a Brent a los ojos—. Tú te aíslas por lo que Charles te hizo, y no te das cuenta de que con ello le otorgas poder. No se trata sólo de tu autismo. Es parte de ti y es una parte maravillosa —dejó que las palabras fluyeran y expresaran lo que sabía intuitivamente aunque no fuera capaz de analizarlo.

Brent sacudió la cabeza.

—La belleza está en tu interior, en tu generosidad y en tu capacidad de ver lo mejor de cada persona.

Tal vez Brent no quería hablar de sí mismo o se limitó a reaccionar a un nivel puramente instintivo, pero se inclinó y la besó con toda su alma.

Fiona lo aceptó sin vacilaciones, absorbiendo y respondiendo a su beso, deleitándose en las sensaciones que él le transmitía al deslizar

sus manos por sus brazos y su espalda, hasta su trasero.

Se trató de un beso lleno de ternura y cariño, y Fiona lo atesoró como una valiosa joya.

Sin embargo, poco a poco fue cambiando de naturaleza. Los delicados besos se hicieron más exigentes, y sus lenguas se reclamaron en un baile de deseo y ansiedad. El fuerte cuerpo de Brent presionado contra ella exaltó sus sentidos y su corazón le susurró que tuviera cuidado.

¿Debía tener cuidado porque corría el peligro de entregar su alma?

—Te quiero más cerca, más cerca —susurró Brent antes de volver a besarla.

Y Fiona se sintió a salvo y en peligro, anhelante y desesperada a un tiempo.

También ella necesitaba más proximidad, tanto física como emocional, y esa certeza se acentuaba en cada jadeante suspiro que escapaba de su boca. Había querido estar cerca de él desde el principio, quizá hasta había sabido que Brent llegaría a ser tan importante como lo era para ella.

Se rumoreaba que era excéntrico y, sin embargo, ella sólo lo encontraba brillante, excepcional, encantador, dulce y fuerte.

—Fiona, si seguimos así no voy a poder detenerme… —Brent hundió el rostro en su cabello y ella notó que se le crispaban los hombros mientras con toda seguridad, batallaba consigo mismo y con sus odiadas respuestas físicas reflejas—. Creía que había elegido un sitio seguro. ¡Por Dios, estamos en un aparcamiento!

Brent tenía razón y sin embargo, Fiona había perdido toda noción de tiempo o lugar. Tenía que dominarse. En cualquier momento se separaría de él. Además, tenían que hablar. ¿No era eso lo que quería?

Brent le acarició la espalda y cuando le masajeó la nuca, todo pensamiento racional se diluyó con el suspiro que ella exhaló. Sus labios se relajaron y tomó el rostro de Brent entre sus manos al mismo tiempo que él reprimía una exclamación y la besaba de nuevo.

Cuando Brent introdujo la lengua en la cueva de su boca, ella lo imitó. Brent la estrechó con fuerza y gozó una vez más de la maravillosa sensación que le producía la perfección con la que sus cuerpos encajaban. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Fiona con las piernas enlazadas a su cintura.

Brent no supo cómo llegaron a la puerta de su apartamento, pero siguió besándola mientras ella buscaba a tientas en su bolso las llaves. Unos segundos más tarde estaban dentro.

Una lámpara encendida sobre una mesa era la única iluminación que Brent registró antes de volver a abrazar a Fiona y besarla.

«Frena, frena».

Pero era un coche cuesta abajo sin frenos, que adquiría velocidad

con el impulso.

¿Cómo era posible que necesitara aquello tan desesperadamente? Brent encontró la respuesta en los recovecos de la boca de Fiona, en la presión de sus labios contra los suyos, en el roce de sus dedos sobre sus brazos, sobre su pecho.

Su corbata se deslizó de los dedos de Fiona al suelo. Se echaron sobre el sofá sin separarse, sin dejar de besarse. Brent le acarició los senos a través de la blusa, asimilando su firmeza, su tamaño… Vio un brillo de bienvenida en los ojos de Fiona y se preguntó qué veía en él. Y desde ese instante dejó de pensar para sólo sentir y experimentar con todo su ser, incluidas las partes que tanto se esforzaba en reprimir.

Facetas contaminadas por el dolor que Charles le había causado y que había enterrado tan profundamente que ni siquiera él mismo las reconocía.

Ese pensamiento se abrió camino hasta alcanzar la superficie, apoderarse de su mente y encender las alarmas que habían sonado con anterioridad sin que se decidiera a prestarles atención. Sus hombros se tensaron bruscamente al darse cuenta de hasta qué punto estaba abriéndose a Fiona. Y eso no podía permitirlo.

La tensión se extendió a su pecho y todos los músculos de su cuerpo, incluido el cuello. Una tensión que escapaba a su control. Se separó de Fiona y su cabeza sufrió varias sacudidas mientras se ponía en pie con movimientos torpes.

Había querido hacer el amor a Fiona. La verdad residía en lo que había pasado hasta ese momento, en la mirada perdida, desconcertada y dolida con la que Fiona lo observaba con sus preciosos ojos azules a la vez que se ponía en pie tras él.

Brent sentía un deseo irresistible de volver a tomarla en sus brazos y estrecharla contra su corazón, porque sólo ella podía librarle de aquella tensión que lo ahogaba. Pero no podía convertirla en su salvadora. Él debía ocuparse de sí mismo y de proteger la parte de sí que Charles MacKay se había esforzado en destrozar.

—Lo siento, Fiona —su voz sonó áspera—. He perdido el control. Te dije que no volvería a pasar. Por tu bien…

—Sí, ya me lo dijiste. Tontamente, he querido creer… —Fiona calló y tomó aire—. Debería haber aprendido la lección la primera vez.

Tomó la corbata del suelo, fue hacia la puerta con paso vacilante y la abrió.

—No sé… —no sabía qué decir. Se mordió el labio inferior y se abrazó a sí misma como si con ello se defendiera del exterior.

Tampoco Brent sabía nada, ni cómo enfrentarse a lo que estaba pasando. Se detuvo junto a Fiona y la miró. Ella le dio la corbata.

—Fiona…

—No pasa nada. Tienes que irte. Los dos necesitamos que te vayas. Esto… —Fiona vaciló—. Creías que me deseabas, pero la verdad es que… Y yo… Sería demasiado. No estoy preparada.

¿Para estar con él? ¿Para aceptar los límites que tan rígidamente él había marcado y que iban mucho más allá que su autismo?

¿Cómo podía esperar Brent que afrontara todo aquello si él mismo no era capaz de hacerlo?

Arrugó la corbata en la mano y liberó su tensión arrugándola una y otra vez. Luego, miró a Fiona por última vez antes de marcharse.

Capítulo 11

Trabajaron juntos y se relacionaron educadamente por el bien de la compañía. Colaboraron en proyectos y aportaron lo mejor de sí mismos.

Llegó el invierno. Hacía frío y llovía. Y Fiona actuaba como una perfecta profesional, intentando convencerse de que no era infeliz, de que no necesitaba ningún otro tipo de relación con Brent.

Había llegado a la conclusión de que lo que se le daba mejor era ser buena amiga, animar y consolar a los suyos cuando tenían penas de amor. Y eso que su vida sentimental era un auténtico desastre.

En cuanto a la relación con su familia, también había tomado algunas decisiones. Siempre le resultaría dolorosa, pero aprendería a protegerse.

Llamó a la puerta del apartamento de Brent y tomó aire. Él no la esperaba; Fiona le llevaba un sobre que había olvidado en su coche cuando habían ido a visitar a una clienta el día anterior. El sobre contenía las fotografías de la propiedad y Brent le había dicho que pensaba dedicar el día a trabajar en ese proyecto desde su casa.

Así que necesitaría el material. Y Fiona no tenía problema en entregárselo. Se lo daría, le desearía un buen día de trabajo y se marcharía. No era culpa suya que no contestara al teléfono. Al menos había podido entrar gracias a que Alex salía cuando ella llegaba. En ese momento oyó que entraba un mensaje en el teléfono.

Quizá Brent no estaba en su casa, pero había dicho que estaría y era habitual en él dejar el móvil desconectado y el inalámbrico sin batería. Su recepcionista siempre le insistía que lo dejara en el cargador.

Fiona creyó oír una puerta abrirse en el interior del apartamento y volvió su atención hacia el móvil. Era de su madre: *He hablado con tu antiguo jefe y dice que puedes volver. Piénsatelo, cariño. ¿No has jugado bastante? Sabes que no llegarás a ninguna parte.*

«Excepto a enamorarme de Brent».

¿De dónde había salido ese pensamiento? Podía haber sido cualquier otro: «Me llevará a donde quiero dentro de mi carrera». O: «Es lo que me gusta hacer». Incluso podía haber sido: «Lo siento, mamá, pero soy así y estoy harta de que no me aceptes tal y como soy».

Todos esos pensamientos habrían sido válidos, y ninguno era tan terrible como el que la llenó de temor: Estaba enamorada de Brent.

Admitirlo fue como recibir una bofetada. Por eso no podía olvidar ni un segundo las escenas que había vivido con él.

—Hola, Fiona. Creía que Alex se había dejado algo y volvía por ello.

Las palabras de Brent le llegaron como de lejos y Fiona alzó la mirada del teléfono con una nueva y devastadora noción que la ahogaba como si una mano invisible la sujetara por la garganta.

Brent llevaba el torso desnudo y el primer botón de los vaqueros desabrochado. Una película de humedad en el pecho indicaba que acababa de ducharse.

Alzó la mirada hacia su rostro, pero el calor que encontró en sus ojos no la ayudó a enfriar sus pensamientos. Los verdes ojos de Brent ardían como llamas que la alcanzaban, quemándola por dentro y dejándola inerme ante el amor y la necesidad que despertaba en ella.

—Alex se ha ido —se limitó a decir.

—¿Querías decirme algo? —preguntó Brent, señalando el teléfono.

Estudió su rostro, observó su cabello recogido en una coleta de caballo, la camiseta clara, los pantalones marrones, y volvió a su cara, a sus labios.

—No es un mensaje para ti. Mi madre dice que puedo volver a mi antiguo puesto de trabajo —evitó añadir que su respuesta había sido que quería sentir los brazos de Brent alrededor de su cintura, y sus labios contra los de ella; entregarse a él en cuerpo y alma.

—No vas a aceptarlo —dijo él en tono de enfado—. Tú trabajo junto a mí es excelente, es el trabajo que necesitas y no hacer de oficinista para ser como el resto de tu familia. No quiero que… —aunque dejó la frase en suspenso, su mirada lo dijo todo. No sólo no quería que su madre dejara de hacerla sufrir. Tampoco podía soportar la idea de dejar de verla.

Fiona se dijo que porque trabajaban bien juntos, no porque la amara ni nada por el estilo. Aun así, dijo:

—No te preocupes. He firmado un contrato para doce meses y espero poder forjarme una carrera a tu lado.

«No quiero dejar de verte, Brent. Ni ahora ni en el futuro. No podría soportarlo».

La conciencia de que lo amaba era demasiado reciente como para pensar en perder la relación con él. ¿Cómo había llegado a aquel punto? ¿Cómo podía haberse enamorado locamente sin intentar evitarlo?

Y por otro lado, ¿qué podía haber hecho para evitarlo? Incluso antes de conocerlo, sus diseños la habían emocionado. Y cuando lo vio por primera vez cara a cara, una parte de ella supo lo que iba a suceder. Eso explicaba que, a pesar de su perplejidad, hubiera aceptado el hecho de que lo amaba sin ni siquiera plantearse otra posibilidad, como si respondiera a una ley de la naturaleza.

Sin embargo, el reconocimiento no la libraba de la inseguridad ni del temor, así que intentó recuperar el dominio de sí misma y recordar la razón que la había llevado hasta allí para así protegerse y evitar que

Brent descubriera sus verdaderos sentimientos hacia él.

Guardó el teléfono en el bolso y le tendió el sobre que sujetaba con fuerza en la mano.

—He venido a traerte esto. Lo dejaste en mi coche y supongo que lo necesitas. Te he llamado por teléfono, pero se ve que estabas duchándote.

Se pasó la mano que tenía libre por el muslo, en un gesto nervioso que no había repetido desde el día que Brent la contrató.

—Gracias —dijo él, asiendo el sobre—. Quiero disculparme por haberte besado. Siento haberte puesto en una situación incómoda.

—No me siento incómoda —los besos la habían dejado desarmada, pero no podía decir que se arrepintiera.

—Me alegro —Brent pareció aliviado.

Tiró del sobre sin que ella lo soltara y de forma natural, Fiona cruzó el umbral de la puerta y Brent la cerró tras ella.

Fiona no pudo evitar quedarse mirando el torso de Brent, musculoso y cubierto por una suave capa de vello oscuro.

«Deja de mirar. Te meterás en un lío».

Brent reaccionó como si sólo entonces fuera consciente de su desnudez.

—Prepárate un café —señaló hacia la cocina—. Enseguida…, enseguida vuelvo —balbuceó. Y desapareció tras la puerta del que debía ser su dormitorio.

Fiona se quedó sola, con el sobre todavía en la mano porque Brent no se lo había quedado.

¿Qué estaba haciendo? ¿Tomarse un café mientras Brent se vestía? ¿Iba a servir de algo que se cubriera?

Fue a la cocina y dejó el sobre en un banco. Luego caminó hacia la puerta con piernas temblorosas, decidida a recuperar la estabilidad aunque para ello tuviera que marcharse antes de cometer alguna imprudencia que la delatara.

Salió al vestíbulo y se chocó contra Brent, que había salido a la vez de su dormitorio.

Instintivamente, Fiona levantó los brazos para protegerse y apoyó los antebrazos en su pecho, que Brent llevaba cubierto con una camisa azul marino.

«Qué estupideces observas mientras dejas que tu mirada le diga lo que quieres ocultar».

—No sé cómo comportarme contigo. Se me da mejor actuar de amiga —dijo. Y las manos de Brent se abrieron y cerraron como hacía automáticamente cuando se debatía entre tocarla o no tocarla, antes de que las cerrara alrededor de sus codos.

Podía haberla separado de sí en ese momento. Quizá eso pretendía. Fiona podía haber aprovechado para recuperar el equilibrio.

Pero los ojos de Brent se oscurecieron y respiró agitadamente.

—Quiero…

—Toma lo que quieras —las palabras escaparon de la boca de Fiona porque también era lo que ella deseaba—. Toma lo que los dos queremos, Brent.

Su corazón habló por ella sin medir las consecuencias.

—¡Dios mío!, Fiona, no puedo volver a contenerme. No puedo.

Cuando sus dedos se clavaron en sus codos, Fiona se inclinó para cobijarse en sus brazos y dejó escapar un suspiro de satisfacción cuando él la abrazó contra su pecho al tiempo que la besaba.

Fiona llevaba días deseándolo, y el corazón le dolía ante la oportunidad de tenerlo. Ese dolor debía haberla advertido de lo que sufriría entregándose por amor cuando para él no se trataba más que deseo. Pero no sirvió de nada, porque no podía dar marcha atrás. Y rogó que Brent tampoco pudiera.

Brent la besó lenta y delicadamente al principio. Acarició sus brazos de arriba abajo, le rodeó la cintura y la pegó a su cuerpo mientras seguía reclamando su boca. Su cuerpo se estremeció y por un instante, se quedó paralizado, con la frente apoyada en la de ella, respirando profundamente.

Ése era uno de los síntomas de su enfermedad, y Fiona le masajeó la espalda, susurrando cuánto le gustaban sus caricias, hasta que Brent se relajó y volvió a besarla una y otra vez.

Fiona sabía que lo había hecho anteriormente con otras mujeres, pero prefirió no pensarlo, de la misma manera que no quería recordar las veces que ella había besado a otros hombres, esperando encontrar una conexión que nunca se producía.

Con Brent, sin embargo, estaba ahí desde el principio. Al menos ella la sentía, y no quería pensar en lo que él pudiera sentir.

—Sabes lo que quieres y lo que puedes conseguir —murmuró ella.

Y al mirarla a los ojos, Brent pareció sentir dudas que se borraron cuando pestañeó, a la misma velocidad que habían surgido.

Sin saber cómo, llegaron al sofá y Brent descubrió que Fiona estaba en sus brazos, que el corazón le latía con fuerza y que al respirar, sus pulmones se llenaban del aroma de Fiona. Ocultó la nariz en su cuello y aspiró con fuerza para perderse en su olor. Ella dejó escapar un suave gemido y se asió a él con fuerza.

Brent se aferró también a ella y las razones que le obligaban a evitar que sucediera lo que estaba sucediendo, se disolvieron como si nunca hubieran existido. ¿Tenía que racionalizar lo que pasaba, comprenderlo y definirlo? ¿No podía disfrutarlo sin más?

—Lo necesito, Fiona. Una vez, si me das permiso.

Si era sólo una vez. Si los dos lo tenían claro…

La forma en que miró a Fiona, hizo saber a ésta que estaba confuso

y se sentía inseguro. Y sobre todo, que lo necesitaba. De haber dicho sólo que lo quería aunque no lo necesitara, quizá Fiona habría adoptado otra actitud.

—Pues tengámoslo, Brent.

Ni siquiera fue una decisión, sino una respuesta instintiva de su corazón al corazón de Brent. Aunque una parte de ella quisiera mucho más, ya estaba acostumbrada a recibir menos en la vida de lo que quería. Disfrutaría del instante, se entregaría a él, lo viviría intensamente. Y lo superaría.

Apartó de sí la parte de tristeza que sentía y se concentró en el hombre que tenía en sus brazos. Quizá, si era muy afortunada y aunque fuera sólo por unos instantes, también poseería sus sentimientos.

Brent la llevó al dormitorio. La necesidad que sentía de estar con ella superaba cualquier duda o inquietud. La abrazó junto a la cama y dejó que sus ojos y sus caricias expresaran todo aquello que encerraba en su interior.

Se quitaron la ropa el uno al otro y la dejaron caer al suelo hasta que se quedaron desnudos en la luz de la tarde que se filtraba por una ranura de las cortinas.

Brent deslizó la mirada por el cuerpo de Fiona y luego sus manos, y la echó sobre la cama donde la tocó por todas partes hasta que ella tomó el preservativo de encima de la mesilla y se lo colocó antes de conducirlo a su interior.

Brent sintió una presión en el centro del pecho al tiempo que se arqueaba contra Fiona y le sacudía una explosión de sensaciones.

La besó ciegamente, perdiendo el control y olvidando cualquier pensamiento que no fuera el de darle placer. Traspasó la línea hacia el puro instinto. Fiona lo arrastró a él con su mirada de aceptación, y Brent le hizo el amor con toda su alma.

Pero no era suficiente, o eso le dijo su mente mientras su cuerpo y sus emociones le decían lo contrario. Brent rectificó. Sus emociones no formaban parte de la ecuación aunque sus manos adoraran el tacto de su piel y sus ojos buscaran en los de ella el consuelo de su alma.

Y entonces Fiona dejó escapar un gemido y Brent perdió todo control sobre sí mismo. Su cuerpo se sacudió y besó los labios y los párpados de Fiona antes de pegar la nariz a su cuello y aspirar profundamente su aroma, a la vez que sus manos recorrían su espalda una y otra vez.

Fiona le rodeó el cuello y lo acarició al tiempo que emitía un ruidito de puro placer.

—Me encanta cómo me acaricias.

Y aunque Brent debía haber analizado lo que acababa de ocurrir como una pérdida total de control a la que debía poner remedio, la

forma en que Fiona lo miró le impidió hacerlo. Y en lugar de actuar, volvió a hacerle el amor.

Sólo entonces sus reacciones comenzaron a molestarle. Sus dedos moviéndose por sí solos como si amasaran, los pulgares recorriendo insistentemente sus clavículas, respirando el olor de su cuello hasta empaparse de él.

—No debería… No esperaba… No quería que experimentaras…

Las idiosincrasias de su enfermedad. Todas las inseguridades que Charles, con sus acciones y sus palabras habían creado en él. Quizá lo mejor era que Fiona lo viera por sí misma y aceptara que nunca sería normal.

Así interpretó que Fiona retirara la mano de su pecho, se incorporara y se envolviera en la sábana que había dejado arrugada al pie de la cama. Con expresión nublada, se puso en pie y empezó a recoger su ropa.

Brent también se levantó y se puso los vaqueros, sintiéndose más vulnerable que mientras hacían el amor.

—Tengo que ir a trabajar —dijo ella, yendo hacia el cuarto de baño.

Brent se vistió y se marchó de la casa porque no sabía ni qué decir ni qué pensar. Seguía siendo el mismo hombre que Charles MacKay había rechazado y seguía sin poder ofrecer nada a una mujer, y menos a Fiona, que se merecía más que ninguna.

Ésa era la única verdad.

Capítulo 12

Habían hecho el amor, y para Fiona se había tratado de la experiencia más hermosa de toda su vida… hasta que Brent se había arrepentido.

Amaba a Brent con toda su alma, pero él no la amaba. Ni siquiera había esperado a hablar con ella cuando volvió del cuarto de baño.

Fiona había tenido que aceptar su silencio y seguir adelante. No podía soportar la idea de que Brent desapareciera de su vida, y estaba dispuesta a permanecer junto a él aunque sus sentimientos no fueran correspondidos.

Había ido de casa de Brent directamente al trabajo, pero al cabo de un rato se había excusado y había ido a la montaña para reflexionar. Pero más tarde o más temprano, tendría que volver y verlo.

¿Por qué Brent no era capaz de admitir que el pasado le seguía haciendo daño? ¿No sería ésa la única manera de que le hiciera un hueco en su vida?

«¡Eres tonta, Fiona! Hacer el amor es una cosa, incluso que Brent pareciera disfrutarlo… Y otra muy distinta, estar enamorado. Ha sido algo excepcional, que no va a repetirse».

Y eso era lo que tenía que asimilar mientras respiraba el frío aire de la montaña y sentía el viento golpearle las mejillas. Estaba fotografiando la flora que quería utilizar como fondo del diseño en el que estaban trabajando. Si se concentraba lo bastante, la excursión sería un éxito profesional y personal, y podría olvidar que había sido una excusa para alejarse de Brent.

La luz cambió y Fiona decidió dar por concluida la sesión. El aire había cesado y había una extraña quietud en el ambiente. Fiona sintió humedad en las mejillas y en los labios. Alzó la mirada y vio que nevaba.

Copos grandes y abundantes cubrieron aceleradamente el camino. Fiona guardó el equipo fotográfico y tomó la dirección de su coche. Había dejado el móvil en el coche, pero no creyó que hubiera motivo de preocupación. De entre la maleza, un papagayo alzó el vuelo y Fiona pensó en Brent.

Por un tiempo, había sido tan ingenua como para creer que él sentía algo por ella, y que quizá con el tiempo, llegaría a destruir sus defensas y confiar en ella plenamente. Pero era evidente que no le había hecho comprender que el mundo no iba a tratarle como lo había hecho su padre, y ella menos que nadie.

La nieve seguía cayendo profusamente y Fiona se inquietó por primera vez. Tenía que llegar al coche antes de perder de vista el camino.

—¿Fiona? ¿Fiona? —Brent gritó una vez más. Y sólo obtuvo el silencio por respuesta.

Recorría el camino a ciegas, con la nieve cubriéndole los hombros y rozándole el rostro.

Hacía frío. Llevaba nevando más de una hora y tenía que encontrar a Fiona. Él conocía aquella zona a la perfección y aun así, le estaba costando permanecer en el sendero. Para alguien que no lo conociera…

Fiona había dejado los planos en el despacho, donde él no había llegado hasta la tarde porque no se había sentido capaz de enfrentarse a sus propios fantasmas. Después de una profunda reflexión, había llegado a algunas conclusiones que necesitaba compartir con ella, pero Fiona estaba perdida.

En primer lugar, necesitaba asegurarse de que estaba a salvo. La idea de que le hubiera sucedido algo le resultaba insoportable.

«Por Dios, Fiona, mantente en el camino hasta que te localice».

Cuando la nieve cubrió completamente el camino, comenzó a gritar su nombre a pleno pulmón. Debería haber llamado a un equipo de rescate en lugar de ir él solo. No debería haberse marchado, dejándola sola en su casa, abandonándola como un cobarde.

«¿Y ahora sí sabes lo que quieres, MacKay, y crees que tienes derecho a conseguirlo?»

No estaba seguro. Quería que Fiona fuera más que una empleada. Quería que fuera su… amante, durara lo que durara.

Por el momento, lo más importante era que no le hubiera pasado nada.

—¡Fiona!

No obtuvo respuesta.

Continuó caminando contra el viento. Si no la encontraba en diez minutos, llamaría a Linc para que organizase un equipo de búsqueda.

Cuando Fiona apareció frente a él, con el rostro pálido y expresión angustiada, Brent olvidó todo lo que había pensando sobre la necesidad de medir sus palabras y llegar a un acuerdo con ella de que ninguno de los dos saliera perjudicado, y, tirando de ella, la estrechó en sus brazos.

—¿Estás bien? Temía que hubieras perdido el camino.

Sus brazos temblaban cuando la sujetó a distancia para verla mejor. Fiona no llevaba sombrero. Su mochila y su cabello estaban cubiertos de nieve. Miró a Brent con labios temblorosos antes de esbozar una sonrisa.

—Estoy bien. Confiaba en no haberme alejado mucho, pero la verdad es que no sabía dónde estaba.

—He tardado una hora en encontrarte.

—Me ha parecido oír tu voz, pero he pensado que eran imaginaciones —Fiona tiritaba.

Brent volvió a abrazarla.

—Estás congelada. Tengo que sacarte de aquí —la cubrió con un abrigo que había llevado para ese propósito, le tomó la mano y comenzó a desandar el camino.

«La tenía y no pensaba dejarla escapar nunca más».

Ya no tenía sentido negarlo. Estaba enamorado de ella de los pies a la cabeza. Como se enamoraba la gente que quería una vida normal para siempre y que creía que eso era posible. Por primera vez, Brent se sentía con derecho a ser normal. ¿Cómo conseguiría aprender a amarla? ¿Cómo podría convertirse en una persona digna de ser amada por ella?

—No me he dado cuenta de que el tiempo cambiaba —dijo ella, castañeteando los dientes.

—Da lo mismo. Lo importante es que te he encontrado —dijo él, frotándole la mano para que entrara en calor.

No podía vivir sin ella. Su seguridad era lo más importante en el mundo para él. Lo que sentía por ella era aún más intenso que lo que sentía por Alex y por Linc, las dos únicas personas con las que había conectado en toda su vida.

Algo lo unía a ella a un nivel muy profundo. La amaba y quería permanecer para siempre junto a ella… pero sabía que no podría ser.

—No gastes energía. Guárdala para salir de aquí.

Fiona asintió al tiempo que se abrazaba a sí misma para darse calor.

Brent se dijo que no debía haberle hecho el amor cuando sabía que su relación era imposible. ¿Cómo podía habérsele pasado por la cabeza que Fiona pudiera aceptarlo tal y como era? Para salir del agujero en el que lo había dejado su padre, había tenido que hacerlo solo, sin otra relación que la de los dos hombres que habían padecido una experiencia similar a la suya.

En cuanto la salvara y se asegurara de que estaba bien, volvería a asumir su papel de jefe y a mantener con ella una relación profesional. Por unos minutos se había dejado llevar por un sueño imposible, pero la realidad siempre acababa por imponerse.

Seguía nevando, pero afortunadamente no tardaron en llegar a una parte del camino de rocas, cuyo trazado era más fácil de seguir aunque fuera con lentitud. Finalmente, subieron los tres escalones que daban acceso al pequeño aparcamiento donde estaban los coches. Brent ignoró el de Fiona, y la hizo subir a su furgoneta, donde encendió la calefacción y la cubrió con una manta. Luego escribió una nota con su propio teléfono de contacto y la dejó en el coche de Fiona. Tomó su bolso y lo dejó a los pies de Fiona.

—Te estoy dando mucho trabajo —Fiona miró hacia su coche—. Debería llevármelo —dijo, articulando las palabras con dificultad.

—He dejado una nota. Ya vendremos por él.

Brent no pensaba dejarla conducir. Además, estaba deseando abrazarla. Tanto, que temió no poder contenerse y decirle todo lo que pensaba y sentía. Pero en lugar de hacerlo, se limitó a ponerle el cinturón de seguridad y a taparla bien con la manta.

—Agárrate bien. Tenemos que salir de aquí.

Tardaron treinta minutos en recorrer un camino que normalmente hubiera llevado diez. En cuanto llegaron a la casa de la montaña, Brent puso la calefacción y fue por toallas. Fiona fue a quitarse la ropa, pero tenía los dedos entumecidos. Brent le apartó las manos y la dejó en ropa interior. Luego la envolvió en una toalla y la llevó al cuarto de baño, donde la ayudó a meterse en la ducha. Poco a poco, Fiona dejó de temblar y entró en calor.

—Tienes las manos frías —dijo—. Tú también debes de estar helado. Déjame salir para que te duches tú.

Brent la miró detenidamente. Sus mejillas habían recuperado algo de color, y se preguntó si se debía a la temperatura o a la intimidad de lo que estaban haciendo, en la que no había reparado hasta ese instante.

—No necesito ducharme. Estaba abrigado —sólo tenía las manos y los pies fríos, pero bastaría con acercarlos a la calefacción—. Sal para que te seque.

Fiona dejó que lo hiciera. Luego se envolvió en la toalla y dijo:

—Espero que tengas un pijama, porque no quiero quedarme con la ropa interior mojada.

Y por primera vez habló con suficiente firmeza como para que Brent sintiera el alivio de saber que estaba a salvo.

—Ahora mismo vengo —volvió con unos pantalones y una camisa de franela, así como dos pares de calcetines—. ¿Necesitas ayuda para vestirte?

—No, Brent. Estoy bien —Fiona le hizo salir del cuarto de baño y cerró la puerta.

Brent sintió la tensión acumularse en la nuca, y en ese momento no se sintió con la capacidad de ejercer ningún control sobre ella. Dejó que su cabeza sufriera varios tics al tiempo que se cambiaba de ropa y se decía que había llegado el momento de dar un paso atrás.

Fiona salió del cuarto de baño cuando Brent recorría por enésima vez la habitación. Al verla, se quedó paralizado. Estaba preciosa con la ropa holgada y la cara lavada; su aspecto era tan saludable que nadie hubiera dudado de su capacidad de recuperación. Además, parecía avergonzada y había algo en su mirada que Brent no supo interpretar.

—Siento que hayas tenido que rescatarme y a la vez me alegro.

Empezaba a tener miedo. He cometido la estupidez de dejar el móvil en el coche.

—¡Cómo ibas a saber que el tiempo iba a cambiar! —protestó él—. Soy yo quien no debería haberse marchado esta mañana. En cuanto he sabido dónde habías ido, he subido a la furgoneta y he ido en tu busca, rezando todo el camino para que te encontraras bien.

—Y luego me has dado una ducha —Fiona bajó la mirada—. No debería haberte dejado. Sé que soy demasiado corpulenta y…

—No es la primera vez que te veo —de hecho, Brent podía recordar cada maravillosa parte de su cuerpo—. No sé por qué…

—Es mejor que nos limitemos a hablar de lo que acaba de suceder. Gracias, Brent —dijo Fiona, alzando la barbilla y sonriendo con tanta convicción como pudo.

Brent no estaba seguro de qué la incomodaba más, si hablar del peligro que acababa de pasar o de su cuerpo. Por un lado, pensó que era mejor dejar el tema, pero por otro, quiso que Fiona comprendiera que tenía un cuerpo espectacular.

—Espero que sepas que eres absolutamente…

—Te he causado muchos problemas —Fiona no parecía querer recordar la razón por la que Brent podía hablar de su cuerpo—. Y todo por no haberme parado a reflexionar.

—No ha sido culpa tuya que el tiempo cambiara —Brent decidió dejar el otro tema por el momento.

Respiró profundamente y se dio cuenta de que llevaba un rato pasando sus dedos una y otra vez por el cordón que tenía en el hombro la camisa que había dejado a Fiona.

Dejó caer la mano y Fiona fue hacia la puerta de la casa.

—Tienes cadenas en el coche y ha parado de nevar. Podríamos volver a Sidney. Me gustaría volver al trabajo.

¿Para olvidarse de los dos? ¿No era ésa la misma conclusión a la que él había llegado? Entonces, ¿por qué le dolía el pecho como si acabara de atravesárselo un puñal?

—Tienes razón —no tenía sentido quedarse. Brent apagó la calefacción—. Llamaremos a la grúa para que se lleve tu coche.

—Muchas gracias —Fiona no protestó. Su coche no podía ser conducido en aquellas condiciones meteorológicas, y quería volver a la ciudad cuanto antes.

Así que se marcharon. Fiona se acomodó en el asiento del copiloto y fingió dormirse.

Brent había intentado hacerle sentir mejor, pero eso no cambiaba el hecho de que ella lo amaba y él no le correspondía.

Pero si había conseguido sobrevivir aquel día, también superaría lo que los días futuros pudieran depararle.

Capítulo 13

—¿Piensas decirme qué te pasa o vas a seguir gruñendo a todo el mundo? —preguntó Linc a Brent mientras Alex preparaba huevos y beicon en la barbacoa.

Brent se pasó las manos por el cabello y comenzó a ordenar meticulosamente las cosas sobre la mesa. Era sábado por la mañana y los tres estaban en el patio de su casa, preparando el desayuno.

Hacía frío y a sus hermanos les había sorprendido que los despertara para que salieran a desayunar con él, pero a Brent no le importaba. Quería estar al aire libre para no sentir que se asfixiaba, y necesitaba la compañía de Alex y de Linc.

A sus hermanos les había bastado mirarlo a la cara para ponerse una chaqueta y salir sin rechistar.

Hasta ese momento. Y Brent se merecía la regañina de Linc.

—Lo siento, Alex —cuándo éste giró la cabeza, Brent lo miró a los ojos y continuó—: Tu compañía es tuya y tú la diriges como quieras. No tengo derecho a intentar imponerte mis dudas y a decir que no sabes lo que haces, cuando es evidente que sí lo sabes. Perdóname.

—Si pensara que lo que te pasa tiene que ver conmigo, no me preocuparía, pero estoy seguro de que tu malhumor se debe a otra cosa —Alex llevó el desayuno a la mesa—. Lo que quiero es que nos digas qué pasa. Si se trata de tu enfermedad…

—Sí, Brent, los dos queremos saber qué pasa —intervino Linc.

Los dos hermanos se quedaron mirando los platos y los cubiertos alineados como soldados de un ejército en el centro de la mesa.

—No habías hecho eso desde aquella vez en el orfanato a los ocho años —Linc sacudió la cabeza—. ¿Se puede saber qué te pasa? ¿Debemos preocuparnos?

Linc no había dejado que Brent sufriera solo el castigo en el orfanato y se había declarado su cómplice. Alex era todavía muy pequeño.

Todos eran muy pequeños para ser abandonados. En el caso de Brent, por un hombre que no merecía ser considerado tal. ¿Qué hombre dejaría a su hijo y no volviera la vista atrás?

—Deberían haber cuidado de nosotros —las palabras escaparon de su boca. Fiona tenía toda la razón—. Me refiero a nuestras familias. Deberían habernos querido tal y como éramos.

Como la de Fiona debería amarla tal y como era. ¿Cómo era posible que Alex hubiera sido abandonado en una bolsa de la compra, Linc hubiera sufrido abusos y él hubiera sido rechazado por un fallo incómodamente perceptible?

La gente vivía con el problema del autismo sin avergonzarse, mientras que él llevaba toda la vida intentando ocultarlo y esconderse

de él.

Había recibido el regalo de tener a Fiona en sus brazos y lo único que le había preocupado era angustiarse por los síntomas de una enfermedad que ni siquiera era peligrosa, que no lo limitaba profesionalmente, que a Fiona incluso le resultaba atractiva… Una enfermedad que ella veía como un don porque lo hacía especial.

¿Qué importancia tenía que fuera distinto? Eso era lo que la familia de Fiona criticaba en ella cuando su diferencia residía en amar más y más profundamente que ellos.

Brent la amaba y sin embargo, había negado ese amor desde el principio. Había cerrado la puerta a Fiona, negándole y negándose la oportunidad de estar juntos.

¿Y si ella también lo quería? ¿Y si lograba convencerla de que lo aceptara? ¿Por qué no intentarlo? Después de todo, él no era Charles MacKay, y éste no podía tener el poder de decidir sobre su vida y su futuro.

Había cometido un monstruoso error. ¿Estaría a tiempo de rectificar? ¿Cómo podría hacerlo? Brent empezó a pensar en las distintas posibilidades…

—¿Qué pasa, Brent? —preguntó Alex.

Linc se inclinó hacia adelante y miró a Brent fijamente.

—Alex tiene razón. Has estado muy nervioso últimamente. Si necesitas un médico…

El tono de preocupación de su hermano hizo que las palabras escaparan de la boca de Brent:

—El único médico que necesito es sentimental —cuando sus hermanos lo miraron perplejos, explicó—: Necesito asesoramiento sobre una relación.

Brent desmanteló el ejército del centro de la mesa y puso las cosas en su sitio.

—Estás enamorado —afirmó más que preguntó Alex.

—Estoy enamorado de Fiona —Brent tomó de la fuente varias lonchas de beicon y un par de huevos y luego apartó el plato de sí.

—Si la amas, deberías intentar conquistarla —dijo Linc—. Nada te lo impide.

—Pero no sé nada sobre las relaciones con mujeres.

—Siempre nos has dicho que si conocíamos a la mujer adecuada, lo lograríamos —señaló Alex—. Tenemos a Rosa. Es una mujer.

—Rosa es fantástica, pero mi relación con ella no me ha preparado para alguien como Fiona.

—Todo el mundo tiene que aprender a amar —las palabras de Linc fueron extrañamente reveladoras—. Nos amamos entre nosotros.

Linc tenía razón y Brent pensó que debía haberse dado cuenta antes. Charles había logrado convencerlo de que, aparte de sus

hermanos, nadie estaría interesado en recibir o darle amor.

Él le había dicho a Fiona que los tres hermanos siempre se protegerían de los demás, pero entre ellos no había defensas, y si era así, también podría serlo con otras personas… Al menos con las más importantes. Aquéllas a las que amaran.

—No debería haberos mantenido al margen de mi autismo. No debería haberme obsesionado por esconderlo. No es un pecado, sino que forma parte de mí.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta —dijo Alex, dándole un apretón en el hombro—. Nosotros siempre lo hemos visto así.

—Lo sé —y él había ignorado sus esfuerzos hasta que ellos se habían dado por vencidos—, pero no he querido darme cuenta. Ahora, con Fiona, tengo que descubrir cómo asumirlo e ir en su busca.

Tenía que ir a hacer una compra urgentemente. Y sabía exactamente qué necesitaba.

Brent se marchó sin despedirse, pero a sus hermanos no pareció importarles.

Mientras pintaba en el salón de su casa, Fiona había recibido la llamada de Brent diciéndole que se encontrara con él en el mirador de la montaña.

Brent había mencionado un nuevo proyecto e imaginó que querría enseñarle la flora local. Sin pensárselo, había ido hasta allí y había respirado aliviada al ver que el cielo estaba azul.

En aquel momento avanzaba decidida hacia el punto de encuentro con el móvil en el bolsillo. ¡Había aprendido bien la lección!

Brent había acudido a rescatarla a aquellas mismas montañas. Había sido amable y cariñoso, pero ella había tenido que huir porque lo amaba demasiado y él no sentía por ella lo mismo.

Dio varios pasos y se planteó dar media vuelta y marcharse. Después de todo era sábado y su jefe no tenía derecho a pedirle que trabajara en su tiempo libre.

Le dolía el corazón. Amaba a su jefe y sabía que no lo dejaría plantado porque le gustaba trabajar con él y porque necesitaba el empleo, y porque era lo que sabía hacer mejor, como hacía bien ejercer de «amiga», dando consejos sentimentales a los demás.

Pero había llegado a la conclusión de que en el fondo no sabía nada de las relaciones y que debía dimitir de ese puesto entre sus amigos. Los abandonaría a su suerte porque ella no estaba cualificada para asesorarlos.

Dio los últimos pasos y vio a Brent en el mirador, apoyado en la barandilla con el rostro vuelto hacia el paisaje. Al oír pisadas, se volvió hacia ella. Tenía una mano en el bolsillo y el cuello de la

camisa torcido, así como una expresión entre concentrada y angustiada.

—No estaba seguro de que fueras a venir —dijo con voz aterciopelada.

—Has dicho que querías hablar de un proyecto —dijo ella, intentado frenar su acelerado corazón.

—En cierto sentido, así es. ¿Estabas haciendo algo cuando te he llamado? —preguntó él, estudiando su rostro.

Fiona se pasó las manos, nerviosa, por los muslos.

—Estaba pintando. Ojalá pudiera captar una belleza como ésta —dijo, señalando la vista.

—Por eso he elegido este lugar. Sabía que a esta hora del día el colorido haría juego con tus ojos y sería tan hermoso como tú, y que habría paz y tranquilidad; la misma que tú me haces sentir en mi interior —Brent calló bruscamente como si no supiera qué quería decir.

Sus palabras emocionaron a Fiona, que se quedó muda.

Un instante después, Brent carraspeó.

—¿Qué estabas dibujando?

—Nada concreto. Intentaba plasmar mis emociones en un lienzo —para liberarlas. Y lo que Brent acababa de decirle había hecho que emergieran de nuevo. Con voz temblorosa, añadió—: ¿Por qué me has pedido que viniera, Brent?

¿Y por qué allí y no a cualquier otro sitio? Había mencionado los colores y otras cosas que no tenían nada que ver con el trabajo.

—Por las mismas razones por las que tú estabas pintando —Brent vaciló y miró intensamente a Fiona—. Para compartir mis emociones contigo con la esperanza de que no sea demasiado tarde y que te guste recibirlas aquí, donde podemos estar solos en medio de la naturaleza, y donde puedo concentrarme en ti, rodeado de plantas y árboles, que me ayuden a mantenerme tranquilo y centrado.

—No comprendo —el corazón de Fiona dio un salto, pero ésa era una parte de su organismo en la que no podía confiar.

Quizá Brent estaba por fin dispuesto a hablar de su relación con su padre. Quizá quería quitarse ese peso del pecho, y aquella cita no tenía nada que ver con ellos dos. Ella estaba dispuesta a escucharlo.

—Charles… hirió a un niño pequeño hasta casi aplastarlo —Brent le tomó las manos y le acarició el dorso reiteradamente con el pulgar—. Tanto que cuando el niño se hizo hombre, se dijo que nunca tendría una relación por culpa de su enfermedad, pero la causa real era el dolor que le había causado ser abandonado.

—Charles te dejó porque era demasiado cobarde como para ser tu padre —dijo Fiona con labios temblorosos. Habría querido abrazarlo y sujetarlo con fuerza contra su pecho—, no porque no soportara tu

enfermedad.

Brent agachó la cabeza.

—Tienes razón.

—No hay ninguna razón por la que no puedas tener… cualquier tipo de relación —Fiona intentó evitar que pareciera que incluía una relación con ella entre las posibles.

Brent miró sus dedos moviéndose nerviosamente, apretó los dientes y detuvo el movimiento. Pero al instante, sacudió la cabeza y comenzó de nuevo, como si no quisiera negarle una caricia que sólo él podía darle.

—Sólo hay una persona con la que me gustaría construir una relación en este momento.

—¿Quién?

—Creo que sabes la respuesta, pero quiero decírtelo de todas formas —su voz se hizo más grave a medida que hablaba. Le soltó la mano y la metió en el bolsillo—. No sé cómo expresar lo que siento o qué sientes tú, pero voy a intentar expresarlo. He comprado una cosa… Tengo la esperanza de que, con el tiempo, llegues a sentir algo por mí, de que si pasamos tiempo juntos pueda llegar a demostrarte cuánto te necesito y cuánto te amo…

—Pero después de hacer el amor, mi cuerpo no te gustó y… —empezó Fiona, no pudiendo dominar una inseguridad tan enraizada en ella.

—Lo que no me gustó fue lo que hice yo y que achaco al autismo; mi manera de acariciarte como si te masajeara, la obsesiva forma en la que aspiraba tu aroma —Brent la tomó por los brazos—. Pero estabas tan… hermosa. Sabes que eso es lo que pensé y lo que sentí. Tienes que saberlo.

Fiona lo miró fijamente a los ojos queriendo creerlo.

—Soy muy corpulenta. Mi madre siempre…

—Tu madre debería limitarse a decirte que eres maravillosa por dentro y por fuera —Brent chasqueó la lengua—. No quiero que te sigan haciendo daño. Tiene que haber alguna manera…

—La he encontrado —también ella había estado pensando en su familia—. He convocado una reunión familiar para decirles que si no pueden darme lo que necesito, estoy dispuesta a distanciarme de ellos. Ya he dejado que me hagan suficiente daño.

—Quiero ir a esa reunión contigo —Brent habría preferido evitarle ese trance, pero comprendía que necesitara hacerlo—. Y después, iremos a ver a Alex y a Linc. Te van a adorar, Fiona. ¿Podrás formar parte de nuestra familia? ¿Me dejarás amarte con toda mi alma?

Brent se dio cuenta de que hablaba desordenadamente e intentó explicarse mejor.

—Quiero compartirlo todo contigo, que seamos una familia.

Cuando hicimos el amor, no fui consciente de lo que sentía por ti, de todo el amor y los sentimientos que albergaba en mi interior esperando a ser despertados —hizo una pausa y sacudió la cabeza—. El autismo me hizo perder el control, y asumí que no podrías soportar mi extraña manera de acariciar ni mi obsesión por olerte —suspiró profundamente—. Y aun cuando llegué a pensar que quizá no me rechazarías, me asaltó el recuerdo de Charles y con él me volvió la rabia y el rencor, todos esos sentimientos que creía olvidados, pero que permanecían latentes en mí.

—También tú deberías hacer algo respecto a Charles —sugirió Fiona con expresión comprensiva y, aunque Brent no quería hacerse ilusiones, rebosante de amor.

—No puede haber una reconciliación —dijo—, pero sí debo poner las cosas en perspectiva. No tenía derecho a abandonarme. Hay un servicio estatal para las familias separadas con la que pienso concertar una cita. Necesito poder decirle…

—Yo iré contigo —Fiona dijo sin pensárselo—. Y después, volverás conmigo a casa. Yo también te amo, Brent, con todo mi corazón, con toda mi alma. Llevo toda la vida buscándote. Creo que me enamoré de ti la primera vez que vi uno de tus proyectos; subconscientemente, supe que había encontrado mi alma gemela.

Brent le apretó el brazo con dedos temblorosos.

—Te amo, Fiona. Quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Sacó la mano del bolsillo y en el mirador, con las montañas de fondo, rodeados de árboles y con el canto de los pájaros como música de fondo, Brent se arrodilló ante ella. Ente los dedos sostenía una sortija con un diamante. Fiona contuvo el aliento.

—He ido a una joyería —Brent apretó el anillo y el verde de sus ojos adquirió una nueva intensidad—. El día que quedaste con tu madre y tus hermanas y yo te esperé fuera de la cafetería, lo vi en el escaparate y me dije que quedaría precioso en tu mano. Está tallado para que adopte una forma parecida a…

—Una margarita —concluyó Fiona por él—, como la que vimos aquí mismo la primera vez que recorrimos este paseo juntos.

—Quería una joya que me hiciera pensar en ti y que me ayudara a expresarte lo que siento —la mirada de Brent se dulcificó—. Para mí tú eres como una de esas margaritas, delicada y hermosa, pero también fuerte y estable. Y yo quiero entregarte con este anillo mi amor imperecedero.

—¡Yo también te amo, Brent, con todo mi ser!

—Eres para mí una amiga y una persona maravillosa —Brent le tomó la mano—, por dentro y por fuera. Eres perfecta.

Por primera vez, Fiona creyó plenamente lo que oía y una oleada de calor le envolvió el corazón.

—Yo adoro cómo me haces el amor y cómo me tocas. Adoro todo lo que te hace excepcional.

—Entonces —Brent la miró fijamente al tiempo que le apretaba la mano—, ¿te casarás conmigo y vivirás conmigo para siempre? ¿Llevarás esta sortija y una alianza de matrimonio como símbolo de nuestro amor? No sé si sabré hacerlo, pero sí sé que te amo y que contigo puedo aprender cualquier cosa.

—¡Oh, Brent! —Fiona se quedó muy quieta mientras Brent, sin dejar de mirarla, deslizaba la sortija en su dedo.

Ella alzó los brazos para rodearle el cuello y él la estrechó contra sí por la cintura.

—Claro que me casaré contigo. Y los dos aprenderemos juntos.

El sol arrancó destellos dorados al diamante y Fiona tuvo la seguridad de que aquel amor era para siempre.

Fin